

M. C. BEATON

AGATHA RAISIN

A stylized illustration of Agatha Raisin's face. The top part of her face is in a dark teal oval, containing the title 'AGATHA RAISIN' in large, white, stylized letters. To the right of the title is a small white silhouette of a woman in a dress holding a magnifying glass. The rest of her face is in a light beige color, with large black eyes, a black nose, and a black mouth with white teeth. A magnifying glass is positioned over her right eye. The background is a solid red color.

y el mago de Evesham

arroba **books**®

Índice

PORTADA
PORTADILLA
AGRADECIMIENTOS
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
EPÍLOGO
NOTA
CRÉDITOS

M.C. BEATON



*y el mago
de Evesham*

Traducción de
Vicente Campos

La autora quiere expresar su agradecimiento a Marie Steele, de Thomas Oliver, la verdadera maga de Evesham, por su ayuda en este libro.

UNO

En Inglaterra, concretamente en Evesham, en la región de los Cotswolds, hacía un tiempo tropical. Agatha Raisin condujo hasta el aparcamiento de Merstow Green, apagó el aire acondicionado y el motor, y se dispuso a afrontar el calor bochornoso que, bien lo sabía, la recibiría tan pronto pusiera un pie fuera del coche.

Como muchos, había llegado a la conclusión de que todos los temores sobre el efecto invernadero no eran más que mentiras inventadas y propaladas por ecoterroristas. Pero ese mes de agosto se habían sucedido demasiados días de calor húmedo y pegajoso seguidos de tormentas monzónicas nocturnas. Lo cual cabía calificar de sumamente extraño.

Agatha gruñó al apearse del coche y se acercó hasta la máquina expendedora de tiques del aparcamiento. ¡Menudo día había elegido para teñirse el pelo!

Volvió al coche, puso el tique en la ventanilla y luego se inclinó para mirarse con los ojos entornados en el retrovisor. Su pelo todavía era castaño oscuro, aunque ahora con mechones púrpuras.

Agatha había sufrido una leve depresión tras su «último caso». La señora Raisin se tenía por una detective a la altura de personajes de ficción como Poirot y lord Peter Wimsey. Era una mujer regordeta de mediana edad, con piernas bonitas, cara rellena y diminutos ojos redondos que contemplaban con suspicacia el mundo que la rodeaba. Siempre se había enorgullecido de su pelo, tupido, castaño y lustroso.

Pero esa misma semana había descubierto canas de un desagradable tono grisáceo que asomaban por todas partes. Se había comprado un baño de color, pero solo había conseguido teñir el gris de púrpura. «Vaya a Mr. John's

–le aconsejó la señora Bloxby, la esposa del vicario–. Se encuentra en High Street de Evesham. Según parece es muy bueno. Dicen que el tal Mr. John es un mago tiñendo el pelo.»

Así que Agatha había pedido hora y ahí estaba, en Evesham, una localidad a poco más de quince kilómetros de Carsely, el pueblo donde vivía.

Los cínicos dicen que Evesham es famosa por el paro y los espárragos. Ubicada a orillas del río Avon en el Valle de Evesham, el Jardín de Inglaterra, famosa por sus viveros, huertos y, claro, por sus espárragos, aun así, Evesham puede aparecer a ojos del turista que acude a visitar sus edificios históricos como una ciudad dejada de la mano de Dios. Pese a su creciente población, las tiendas cierran una tras otra y los tabloneros que cubren los escaparates están decorados con escenas del antiguo Evesham pintadas por artistas locales, de manera que a veces parece un pueblo de pinturas y tiendas baratas de artículos de segunda mano. Mujeres tremendamente fértiles empujan carritos con niños pequeños. La moda imperante consta de unas mallas coronadas por un blusón. Como ya dijo la columnista y famosa tertuliana televisiva Ann Robinson, daba la impresión de que las mallas venían incluidas en el mismo paquete que los carritos y los bebés.

Agatha era de la opinión de que muchas de las tiendas de ropa cerraban porque los dueños no cuidaban sus escaparates y no se fijaban en las tallas de la población femenina; por eso solo tenían existencias hasta la talla 44 en lugar de hasta la 50.

Caminó hasta High Street, sin detenerse siquiera a contemplar la imponente mole de las iglesias antiguas. A Agatha no le interesaba la historia tanto como a James Lacey, el amor de su vida, su vecino, que había partido de nuevo de viaje, dejando su *cottage* vacío y a Agatha deprimida y con cada vez más pelos grises en la cabeza.

La peluquería se llamaba Mr. John's. La esposa del vicario había apremiado a Agatha para que se asegurase de que la atendiera el propietario en persona.

Y ahí estaba, resplandeciente bajo el calor de High Street, un local de discreta fachada con el rótulo de MR. JOHN'S en letras de latón con filigranas sobre la puerta.

Agatha la abrió y entró. Ni rastro de aire acondicionado, faltaría más. Esto era Inglaterra y la memoria aún guardaba recuerdos muy recientes de veranos fríos para que los dueños de los locales se decidieran a instalar aire acondicionado.

Una recepcionista tachó el nombre de Agatha en el cuaderno y llamó a una chica delgada y con acné para que la acompañara al salón. Agatha empezó a arrepentirse de haber venido. Se dirigió con desgana hasta una sala del fondo y la chica le dijo que iba a buscar Mr. John.

Agatha contempló con mal humor su reflejo en el espejo. Se sentía vieja y ajada.

Entonces, de repente, detrás de ella, en el reflejo del espejo, apareció una visión y una voz agradable dijo:

–Buenas tardes, señora Raisin, soy Mr. John.

Agatha parpadeó. El tal Mr. John era alto y muy, pero que muy apuesto. Tenía un pelo rubio tupido y unos ojos azules muy brillantes, deslumbrantemente azules, tan azules como el ala de un martín pescador. La cara estaba levemente bronceada.

–A ver qué tenemos aquí –dijo él.

–Tenemos un pelo púrpura –soltó Agatha, que se sentía poca cosa ante la aparición de alguien tan atractivo.

–Eso tiene fácil remedio. ¿Quiere que también le arregle el peinado?

Agatha, que acostumbraba a llevar el pelo corto, se lo había dejado crecer bastante. Se encogió de hombros. «De perdidos al río», se dijo.

–¿Por qué no?

–Usted no es de por aquí, ¿me equivoco?

Mr. John agitó el tinte de pelo con manos fuertes y bien cuidadas.

–No, soy de Londres. –Agatha no tenía la menor intención de contarle ni a él ni a nadie su infancia en una barriada de Birmingham–. Tenía mi propia empresa de relaciones públicas, la vendí, me jubilé anticipadamente y me instalé en Carsely.

–Bonito pueblo.

–Sí, un sitio muy agradable.

–¿Y a su marido le gusta?

–Mi marido falleció.

Las manos del peluquero se quedaron suspendidas sobre la cabeza de Agatha.

–Raisin. ¿Raisin? Ese apellido me suena de algo.

–Es muy posible. Lo asesinaron.

–Ah, sí, ya me acuerdo. Qué terrible debió de ser para usted.

–Ya lo he superado. Además, cuando ocurrió, hacía años que no veía a mi marido.

–Bueno, una dama atractiva como usted no seguirá soltera por mucho tiempo.

–Estoy segura de que lo ha dicho con buena intención, y también de que se lo diré a todas sus clientas aburridas –comentó Agatha con irritación–, pero sé muy bien cuál es mi aspecto.

–Oh, eso lo dice porque aún no se ha hecho un peinado especial. Cuando haya terminado, tendrá que quitarse de encima a los moscones.

De repente, Agatha se rio.

–Está muy seguro de sus habilidades.

–Tengo motivos de sobra para estarlo.

–Entonces, si es tan bueno, ¿qué hace en Evesham?

–¿Y por qué no? Me gusta Evesham. La gente es agradable. Aquí soy el rey. En Londres estaría perdido entre tanta competencia. Bien, ya está lista. Pondré el temporizador en marcha. Sharon, trae un café y unas revistas a la señora Raisin.

Había entrado una mujer y se había sentado en la silla al lado de Agatha.

–¿Preparada para un tinte nuevo, Maggie? –la saludó Mr. John.

–Si lo crees conveniente –dijo Maggie levantando la mirada hacia él con ojos embelesados.

–¿Le gustó a tu marido el nuevo peinado?

–A él no le gusta nada de mí. –La voz de Maggie había adoptado un tono quejumbroso–. No para de insultarme, de la mañana a la noche. Te lo aseguro, John, si no fuera por lo que tú me animas, me quitaría de en medio.

–Vamos, mujer. Ya verás como te sientes mejor en cuanto haya terminado contigo.

Mientras Agatha esperaba a que el tinte actuara, Mr. John y un par de sus ayudantes se mantuvieron ocupados con el resto de las clientas. Ella no pudo evitar sorprenderse de las intimidades que llegaban a oídos de los peluqueros.

Agatha lo miraba a hurtadillas mientras trabajaba, admirando su cuerpo atlético, su pelo rubio y, sobre todo, oh, aquellos ojos azules, azulísimos.

Agatha se sintió viva por primera vez desde hacía semanas.

El temporizador pitó y la condujeron a un lavabo donde le quitaron los restos de tinte. Luego volvió a ponerse en manos de Mr. John, que le colocó unos cuantos rulos.

–Creía que sería tan solo lavar y secar.

–Voy a darle volumen al pelo... Agatha. Su nombre de pila es Agatha, ¿no?

Un peluquero menos atractivo que ese habría recibido una brusca respuesta de que no, que ella era la señora Raisin. Agatha asintió.

–Le encantará.

–Nunca he llevado un peinado así. Siempre lo he llevado corto.

Él chasqueó la lengua.

–Las señoras que no se dan la importancia que merecen siempre llevan el pelo corto. Muéstreme a una mujer con el pelo al cero y la tomaré como ejemplo de baja autoestima. A ver qué le parece: si no le gusta cómo le queda, se lo corto.

Agatha dio su aprobación con reticencia, aunque empezó a notar que sudaba. ¿Cómo era capaz él de mantenerse tan frío?

Le dio la impresión de que llevaba horas bajo el secador de aire caliente cuando la rescataron y la llevaron de nuevo con Mr. John.

Mientras él se concentraba en su cabello, Agatha observaba encantada cómo emergía su nuevo aspecto. Su pelo volvía a ser castaño y brillante, pero ahora se alzaba en un moño francés que luego se distribuía alrededor de su cara rellena de modo que la hacía parecer más delgada. Se olvidó del calor. Le sonrió sinceramente agradecida.

Cuando volvía caminando por High Street, contemplando admirada su propio reflejo en los escaparates, se dio cuenta de que no había pedido una nueva cita. Pero es que Agatha casi nunca iba a la peluquería, solamente se

acercaba a Londres a que le cortaran el pelo cuando lo llevaba demasiado largo.

Al llegar a casa, abrió todas las puertas y ventanas para que entrara aire fresco. Sus dos gatos se precipitaron al jardín y se tumbaron en la hierba, aletargándose al sol.

Miró el teléfono, que permanecía mudo. Para empeorar su depresión, era como si se hubiera propuesto no sonar nunca más. Su amigo, el sargento detective Bill Wong, estaba de vacaciones; sir Charles Fraith, con quien había estado implicada en un par de casos, andaba por el extranjero; solo Dios sabía dónde estaría James Lacey, y ni siquiera Roy Silver, su antiguo empleado, se tomaba la molestia de llamarla.

Entonces se acordó de que esa noche había reunión de la Carsely Ladies Society. Una ocasión pintiparada para lucir su nuevo peinado.

La señora Bloxby celebraba las reuniones de la sociedad en la vicaría, pero, a causa del sofocante calor, había sacado las sillas y las mesas al jardín.

El peinado de Agatha fue muy elogiado.

—¿Dónde se lo ha hecho? —preguntó la señora Friendly, un mujer regordeta y jovial que normalmente hacía honor a su *amigable* apellido.¹ Se había mudado hacía relativamente poco a Carsely y servía de antídoto a otra de las recién llegadas, la señora Darry, que mordisqueaba un trozo de pastel con la concentración de un conejo.

—En Mr. John's, en Evesham —dijo Agatha.

Para su sorpresa, la expresión de la señora Friendly se arrugó como la de un niño dolido.

—Yo nunca iría ahí —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

Agatha miró descaradamente el pelo de la señora Friendly, que era de un castaño desvaído y le caía en mechones húmedos alrededor de la cara.

—Por nada —murmuró la señora Friendly—, una oye cosas.

—¿Sobre el peluquero?

—Sí.

—¿Qué tipo de cosas?

—Tengo que hablar con la señora Bloxby.

La señora Friendly se ausentó.

Agatha la miró fijamente y a continuación se encogió de hombros. Se le acercó la señorita Simms, la madre soltera de Carsely y secretaria de la sociedad.

–Está espléndida, señora Raisin. –Hacía mucho que Agatha había renunciado a seguir pidiendo a los miembros de la sociedad que la llamaran por su nombre de pila. A todas parecía gustarles la anticuada formalidad de los apellidos. La señorita Simms llevaba unos pantalones muy cortos con una camiseta sin mangas y sus habituales tacones de aguja–. ¿Dónde la han peinado?

–En Mr. John's, en Evesham.

–Oh, una vez me peinaron allí. Fui la dama de honor en la boda de mi hermana Glad. Me hizo un peinado precioso, pero él no me cayó bien.

–¿Por qué?

–Se lo tenía muy creído. Babeaba con las clientas más ricas.

Agatha se encogió de hombros.

–En realidad, no importa mucho cómo sea un peluquero, ¿no?

–Para mí sí. Quiero decir que... no me hace gracia que me toque alguien que no me gusta.

Se dio aviso del inicio de la reunión. Iba a dar comienzo uno de los conciertos de la sociedad en Ancombe. A Agatha se le cayó el alma a los pies. Los conciertos de la Ladies Society eran un auténtico espanto, veladas interminables de canciones estridentes y actuaciones penosas.

La señora Darry abrió la boca para hablar, los ojos le centelleaban en su cara de hurón. Vestía blusa y falda y chaqueta de *tweed*, pero no parecía notar el calor.

–¿Por qué la señora Raisin nunca se ofrece voluntaria para nada?

–¿Y por qué no se ofrece usted? –le espetó Agatha.

–Porque yo me encargo del té.

–No tengo talento –dijo Agatha.

La señora Darry rio con estridencia.

–Tampoco lo tienen las otras, pero eso no les impide actuar.

–Ese ha sido un comentario desagradable –se quejó la señora Bloxby.

La señorita Simms, que se había ofrecido a hacer su imitación de Cher, fulminó a la señora Darry con la mirada.

–Foca celosa –espetó.

–Me están entrando ganas de dejar que se preparen el té ustedes solas – comentó la señora Darry.

Se hizo el silencio. Entonces, Agatha dijo:

–Ya lo haré yo.

–Buena idea –contestó la señorita Simms.

La señora Darry se puso en pie.

–En ese caso, dado que no necesitan mis servicios, me voy a mi casa. –Y salió ofendida del jardín.

Agatha se mordió el labio. No quería tener que molestarse preparando el *catering* para un grupo de mujeres, y menos con el calor que hacía.

La depresión que se había disipado en cierta medida con la visita al peluquero volvió a abatirse sobre ella como una nube oscura. «Así es tu vida, Agatha Raisin. Atrapada en un pueblo de los Cotswolds, alejada de cualquier emoción, alejada de las aventuras, preparando té para un montón de mujeres aburridas.»

Acabada la reunión, volvió a casa andando cansinamente. No parecía correr ni una pizca de aire.

Abrió todas las ventanas. Miró el teléfono mudo. ¿Habría llamado alguien mientras estaba fuera? Marcó el 1571 para escuchar el buzón de llamadas. «Tiene un mensaje», dijo una voz con una dicción de ordenador. «¿Quiere escucharlo?»

–Por supuesto que quiero, zorra estúpida –gruñó Agatha.

Siguió un silencio, y luego la voz dijo con delicadeza:

–No he entendido bien. ¿Quiere escuchar su mensaje?

–¡SÍ!

Sonó un clic y luego se oyó el tono de voz perfectamente modulado de sir Charles Fraith:

–Qué hay, Aggie. ¿Te apetece cenar conmigo mañana?

Agatha se animó al oír la propuesta. Aunque había sido cauta con respecto a Charles a causa de una relación de una noche durante una estancia de ambos en Chipre –una noche de sexo a la que, todo hay que decirlo, él pareció darle muy poca importancia–, la idea de salir a cenar y lucir su nuevo peinado la atraía bastante.

Marcó su número y saltó el buzón de llamadas, así que dejó un mensaje diciéndole que pasara a recogerla a las ocho de la tarde del día siguiente.

Su depresión volvió a atenuarse, se dirigió al piso de arriba, se dio un baño y se acostó. Se había dejado el peinado intacto, recogido con horquillas, pero al recostarse en la almohada, estas se le clavaban en la cabeza. Finalmente tuvo que levantarse, se quitó todas las horquillas y volvió a acostarse. Se pasó la noche dando vueltas y removiéndose a causa del agobiante calor. Tronó y empezó a llover a las dos de la madrugada, pero no bastó para refrescar el ambiente.

Cuando se levantó por la mañana, descubrió que tenía el pelo hecho un desastre, húmedo por el calor, y el peinado desarreglado debido a todas las vueltas que había dado.

En cuanto supo que la peluquería estaría abierta, llamó a la recepcionista de Mr. John para ver si podía darle hora para ese mismo día.

–Lo lamento, señora Raisin –dijo la recepcionista en un tono bastante engreído–. Mr John tiene todas las horas reservadas.

–Pásemelo.

–Perdón, ¿cómo ha dicho?

–Ha dicho que me lo pase... ¡ya!

–Oh, muy bien.

–¡Agatha! –la saludó Mr. John como si fueran viejos amigos.

–Tengo una cena y mi peinado está hecho un auténtico desastre. ¿Podría encontrarme un hueco?

–Me encantaría ayudarla, querida. Déjeme ver. Dame la agenda, Josie.

Escuchó el leve crujido de las hojas al pasarlas y al poco volvió al teléfono.

–Ayer le lavamos el pelo, así que lo que podría hacer es ponerle unos rulos y ahuecárselo, pero tendría que ser a las cinco en punto.

Agatha pensó rápidamente. Tendría tiempo de sobra para que la peinara, volver a casa, arreglarse y cambiarse para su cita con Charles.

–Perfecto –dijo–. Ahí estaré.

Subió al dormitorio y abrió de par en par las puertas del armario. ¿Qué iba a ponerse? Tenía todavía aquel pequeño vestido negro que no se había puesto desde Chipre. A él le había gustado. Se lo probó. Le quedaba holgado.

Agatha pensó en lo extraño que era que la depresión consiguiera con tanta eficacia lo que todas las dietas y el ejercicio no habían logrado. Había adelgazado.

Decidió acercarse en coche a Mircester y buscar algo nuevo.

El volante casi le quemó las manos y llegó a las afueras del pueblo, acelerando por la Fosse Way, antes de que el aire acondicionado empezara a notarse.

Mircester titilaba bajo el calor sofocante. Encontró plaza de aparcamiento sin dificultad. Parecía que mucha gente había optado por no salir de casa. Agatha se puso las gafas de sol y alzó la mirada entornando los ojos hacia el cielo. Ni una sola nube a la vista. Se dirigió a Harris Street, junto a la plaza principal, que presumía de una serie de boutiques caras.

Entró y salió de una tienda tras otra, todas asfixiantes, hasta que se vio incapaz de probarse una prenda más. Tal vez sería mejor decidirse por uno de sus viejos vestidos. Le quedaría un poco holgado, pero mejor así, porque seguro que el restaurante al que fueran no tendría aire acondicionado.

Agatha había decidido olvidarse ya del asunto de la ropa cuando, al pasar por delante de una callejuela, junto a Harris Street y la abadía, reparó en que había mercadillo semanal y estaba lleno de gente. Decidió comprar algo fresco para prepararse una ensalada. Al llegar al mercadillo, y mientras se dirigía a los puestos de verdura, se fijó en que varios tenderetes estaban repletos de ropa de colores brillantes. En uno de ellos, le llamó la atención un vestido de algodón escarlata con un estampado de lotos blancos. Tenía un estilo elegante y natural. Agatha lo toqueteó. Un vendedor indio apareció junto a su codo.

–Bonito vestido –dijo.

Agatha dudó antes de preguntar:

–¿Cuánto?

–Catorce libras.

Una vez más, Agatha dudó. Era muy barato. Podría arrugarse o incluso descoserse. Había ido a Mircester dispuesta a gastarse unas doscientas libras.

–Haremos una cosa –dijo él con desgana–, puede quedárselo por doce.

–Muy bien, me lo llevo.

El vendedor metió el vestido en una vieja bolsa de plástico.

–Hace mucho calor, ¿verdad? –Agatha le dio el dinero.

–No me diga que debería estar acostumbrado –contestó él con muy malas pulgas–. Nací en Birmingham.

Agatha estuvo a punto de decir «Yo también», pero se calló. Le avergonzaban sus orígenes.

Se probó el vestido en cuanto llegó a casa. Era muy bonito y, una vez se hubiera puesto un grueso collar dorado, incluso parecería caro.

Y ahora, a Mr. John's.

En Evesham parecía hacer aún más calor que en Mircester. De repente, Agatha sintió nostalgia de su anticuado y sencillo corte de pelo, que podía lavar y arreglárselo sin ayuda de nadie.

Pero ahí estaba Mr. John, más elegante y apuesto que nunca.

–¿Tiene una cita? –le preguntó.

–Sí.

–¿Alguien especial?

Agatha no se resistió a alardear.

–Con un baronet.

–Vaya, qué categoría. ¿Qué baronet?

–Sir Charles Fraith.

–¿Cómo le conoció?

Agatha estuvo a punto de decir «En un caso», pero no le gustaba que interpretara que Agatha Raisin, como tal, no podía conocer a nadie con un título nobiliario, así que dijo sin darse importancia:

–Pertenece a mi círculo de amistades.

«Y espero que eso te baste para callarte la boca», pensó.

–Una lástima –dijo él.

–¿Qué es una lástima?

–Lo considerará un descaro por mi parte, pero tenía intención de pedirle una cita.

–¿Y eso por qué? –preguntó Agatha sorprendida.

–Es usted una mujer muy atractiva.

«Y rica», pensó Agatha con cinismo. No obstante, Mr. John era realmente muy apuesto, con esos ojos tan azules y ese pelo rubio. Si James volvía y los veía saliendo juntos, tal vez se pondría celoso y se sintiera

impelido a decir con su voz ronca: «Siempre te he amado, Agatha».

–Lástima.

Mr. John clavó una horquilla en el recogido de Agatha y su sueño de color rosa explotó como una pompa de jabón de brillantes colores.

–Tal vez, alguna noche –dijo Agatha con cautela–. Déjeme pensarlo.

La invitación le había producido una agradable sensación de calidez. Él era un mago en su profesión y, desde luego, peinaba con elegancia.

Al salir, Agatha se dirigió al coche que había aparcado en una doble línea amarilla.

–¡Fíjese dónde han aparcado ese coche! –le siseó una mujer al oído.

Agatha se dio la vuelta. Una mujer regordeta y desaliñada con gafas gruesas la estaba fulminando con la mirada. Agatha se encogió de hombros, fue hasta el coche y abrió la puerta.

–¡Es suyo! –exclamó la mujer–. ¿Es que no sabe que está prohibido aparcar ahí?

Agatha se dio la vuelta y se encaró con ella.

–No obstruyo el tráfico ni estorbo a nadie –dijo sin alterarse–. Y tampoco soy responsable de la descabellada disposición de los aparcamientos en Evesham ni del estúpido sistema de sentido único. Pero me pregunto si alguien como usted, con el calor que hace, no tendrá nada mejor que hacer que meterse con los conductores. Váyase a casa, tómese un té y siéntese con los pies en alto. ¡Y deje de incordiar!

Y sorda a los insultos que empezaban a llenarle los oídos, se subió al coche y se fue.

Charles llegó puntualmente a las ocho. Le dio un casto beso en la mejilla.

–Me gusta tu peinado, Aggie. Y el vestido. De hecho, esta tarde he comprado uno igual en el mercadillo de Mircester para mi tía. No hacía más que quejarse de que no tenía nada elegante que ponerse.

–Pues mira por dónde, yo este lo compré en Harrods –mintió Agatha–; el del mercadillo debe de ser una burda imitación. –La satisfacción que sentía por su aspecto menguó–. ¿Dónde vamos a cenar?

–Había pensado que podíamos ir al Little Chef.

Little Chef era una cadena de restaurantes, un poco como los Howard Johnson's estadounidenses, establecimientos de fiar, pero no precisamente elegantes.

–No permitiré que me invites a cenar a un Little Chef. Eres un tacaño, Charles.

–Me gusta su comida –respondió él a la defensiva–. Supongo que tú prefieres bazofia extranjera. Anda, sírveme un whisky mientras pienso en una alternativa.

Agatha le sirvió el whisky y él se acomodó en una silla, meciendo la copa entre sus manos pequeñas y bien cuidadas. Era un hombre menudo y rubio. Agatha no había descubierto qué edad tenía. Dados sus rasgos suaves y delicados, al principio ella le había echado treinta y muchos. Pero luego concluyó que debía de mediar la cuarentena. Llevaba la camisa desabotonada y había colgado la chaqueta en una silla.

–Ya sé –dijo–. El Jolly Roger de Ancombe, ese pub nuevo.

–No he estado, y no me gusta como suena el nombre.

–Un amigo mío estuvo allí la semana pasada. Me dijo que se come bien. Además, tienen un jardín con mesas. A propósito, vi a ese detective amigo tuyo en Mircester; ¿cómo se llama, el chino ese?

–Bill Wong. ¡Pero está de vacaciones!

–Pues supongo que las pasará en casa. Llevaba una chica del brazo.

«Y no me ha llamado», pensó Agatha. Bill había sido su primer amigo; la curtida Agatha del pasado, impulsada por su ambición y su carrera, nunca había tenido tiempo para hacer amigos. Notó como la depresión volvía a traspasar el horizonte de su mente.

Se dirigieron a Ancombe y aparcaron delante del Jolly Roger, antiguamente llamado Green Man. Una vez dentro, a Agatha le pareció que todo delataba que la comida era mala: redes de pesca, murales de piratas y camareros vestidos con camisetas a rayas y pantalones pirata con hebillas de «plata». Charles la llevó hasta el jardín donde al menos se estaba más fresco que dentro. Un pícaro camarero que se presentó como Henry les dio dos enormes cartas de colores chillones.

–Oh, mierda –gruñó Agatha–. Escucha esto: Deliciosa salsa de patatas del Capitán Hook. Y ¿qué me dices del Pollo de la Costa de los Bárbaros con buñuelos de maíz crepitante de Long John?

Henry el camarero merodeaba escuchándolos.

–¿Se acuerda de cuando las llamaban gallinas y los pollos eran esas cosas pequeñas con plumas amarillas? –preguntó Agatha.

–Y ahora todo el cordero añejo va de tierna ovejita, querida –dijo Henry riéndose entre dientes.

Agatha le miró con desagrado.

–¿Por qué no se larga y deja de retorcerse y sonreír? Ya le llamaremos cuando sepamos qué queremos.

–Vaya, de verdad, no pretendía... –Henry agachó la cabeza.

–No tengo la culpa de que aún no haya perdido la virginidad. Váyase.

–Has herido sus sentimientos –repuso Charles con calma.

–Me da igual –murmuró Agatha. Bill ni siquiera se había molestado en telefonarle–. ¿Qué vas a pedir?

–Tomaré el «desayuno de todo el día». El Especial Dick la Vigota, y espero que lo sirvan con un montón de patatas fritas.

–¿Sin ningún entrante? Bueno, yo pediré una ensalada de jamón.

–No pueden tener nada que se ajuste a una descripción tan simple como ensalada de jamón.

–Aquí lo llaman Cerdo Asado de los Mares del Sur, troceado y en un lecho de ensalada crujiente con picatostes de Galleta Marinera.

–Oh. ¿Vino?

–¿Por qué no?

Charles le hizo un gesto al camarero, pidió lo que querían y una jarra de vino de la casa.

–¿Ninguna botella con unos cuantos años para mí? –preguntó Agatha.

–Permíteme que no corra el riesgo en un local como este.

–Entonces ¿por qué me has traído aquí?

–Dios, sí que estás avinagrada esta noche, Agatha. ¿Es porque James no está?

–Pues no, no está; anda por ahí.

–Y seguro que ni siquiera se despidió cuando se fue, ¿no es así? Ya, te lo veo en la cara.

–Los hombres son tan inmaduros...

–Eso es lo que siempre nos echáis en cara.

–Bueno, pues será verdad.

–Es una parte necesaria de la forma de ser masculina. Nos permite soñar a lo grande y cumplir nuestros sueños. ¿Te has preguntado alguna vez por qué todos los inventores son hombres?

–Porque las mujeres nunca han tenido oportunidades.

–Respuesta equivocada. Las mujeres son pragmáticas. Tienen que serlo para criar a los hijos. Ilustraré mi teoría con una historia. –Apoyó la barbilla en las manos y miró a Agatha con expresión distraída–. Un hombre va a estudiar a Cambridge. Las universitarias le aterran y, además, solo están interesadas en musculitos que juegan al rugby y él es un joven estudioso. Así que se enamora de una camarera, la deja embarazada y se casa con ella. Él saca matrícula de honor en Física, pero tiene que alimentar a su nueva familia, por lo que empieza a trabajar en una agencia de seguros y ahí lo tenemos: hundido hasta el cuello por los pagos de la hipoteca y el coche, y, además, su mujer da a luz a gemelas. Pasan los años y él se encierra los fines de semana en el cobertizo del jardín. Su mujer se queja y protesta: «No te vemos nunca. Sharon y Tracey echan de menos a su padre. ¿Qué haces?». Al final, él se lo cuenta. Está construyendo una máquina del tiempo. Entonces, ella estalla. «¿Pagaré eso las facturas?», le grita iracunda. Los Jones, los vecinos, tienen un nuevo congelador. ¿Cuándo se lo comprarán ellos? Etcétera. Así que él vuelve a encerrarse en el cobertizo y empieza a dar martillazos para no oírla mientras ella sigue gritando.

»El caso es que él construye su máquina del tiempo, se convierte en multimillonario y se fuga con una amiguita de la oficina, que es la única mujer que de verdad le entiende y le ha apoyado, y lo ha hecho, claro, sin tener ni idea de lo que él le hablaba, solo por lo emocionante que le resultaba liarse con un hombre casado. Se divorcia de su esposa y se casa con la chica de la oficina; a ella el dinero se le sube a la cabeza, se relaciona con el pijerío

europeo y se fuga con un piloto de carreras y todos viven infelices por más perdices que coman. Moraleja: los hombres y las mujeres son diferentes y deberían empezar a aceptarlo.

Agatha rio.

–¿Y él no podría haberse fugado en su máquina del tiempo?

–Por supuesto que no. Le dieron millones por destruirla. No podían permitir que le gente fuera por ahí saltando de siglo en siglo y cambiando la historia.

–Nunca sé si eres un cerdo machista o si solo eres gracioso y estás bromeando.

–Yo nunca bromeo. Mírame las arrugas de la frente, Aggie. Son fruto de mis pensamientos profundos. ¿Y tú qué me cuentas? ¿Ningún asesinato interesante y jugoso entre manos?

–Nada de nada. Soy una detective jubilada.

–Creía que tus experiencias en Chipre te habrían empachado de muertes y crímenes de por vida.

Chipre. Donde había pasado una noche con Charles, y, tras enterarse James, nada volvió a ser ya igual. Agatha nunca reconocería que su relación con James no funcionaba desde mucho antes de aquella aventura con el baronet.

Al ver que se le ensombrecía la mirada, Charles comentó con dulzura:

–No habría salido bien, ya lo sabes. James es solo una persona al veinte por ciento.

–No te entiendo.

–A ver si me explico. Tú eres una persona al ochenta y cinco por ciento, pero James solo da el veinte por ciento de sí mismo. No es una cuestión de querer o no, sino de poder o no. Muchos hombres son así, pero las mujeres no lo entenderán nunca. Ellas siguen dando. E imaginan que, si se acuestan con un hombre de veinte por ciento, y ellas entregan su último quince por ciento más íntimo, a la mañana siguiente se despertarán milagrosamente al lado de un hombre que a su vez se entregará al cien por cien. Craso error. Y eso en el caso de que se despierten a su lado, porque lo más probable es que se encuentren una nota en la almohada que ponga: «Me he ido a casa a dar de comer al perro», o algo por el estilo.

Agatha recordó noches con James seguidas de mañanas en las que él siempre se levantaba antes que ella y nunca mencionaba la noche que habían pasado juntos, ni la abrazaba ni la besaba.

–Tal vez simplemente fui la mujer equivocada –admitió.

–Hazme caso, querida. Para James, cualquier mujer es la mujer equivocada.

–A lo mejor me habría conformado con el veinte por ciento.

–Mentirosa. Ah, aquí está nuestra comida.

Para sorpresa de Agatha, el jamón estaba delicioso y la ensalada, fresca y crujiente.

–Y entonces ¿qué? ¿Ya no vamos a hacer más de detectives? –preguntó Charles mientras le echaba ketchup a las patatas.

–No puedo ir por ahí buscando cadáveres para que me animen la vida.

–¿Ni tampoco algún trabajo de relaciones públicas?

–Nada. Todos mis esfuerzos se concentran en preparar té y pastas para las señoras de Ancombe.

–Ya se te ocurrirá algo, Aggie. ¿Y no hay hombres a la vista?

–Uno muy atractivo.

–¿Quién?

–Mi peluquero.

–Ah, el responsable de tu renovada elegancia.

–El mismo.

–Los peluqueros son veleidosos. Me acuerdo de... Da igual, olvídalo.

–¿Y qué me cuentas de tu vida amorosa, querido Charles?

–Nada por el momento.

Se pasaron el resto de la cena recordando sus aventuras en Chipre y luego él la llevó a casa.

–¿Voy a pasar la noche contigo? –preguntó Charles ante la puerta de Agatha.

–No, Charles, no me va el sexo sin compromiso.

–¿Y quién dice que sería sin compromiso?

–Charles, en Chipre ya demostraste que no soy más que una diversión pasajera para ti. ¿No has pensado nunca que también tú puedes ser uno de esos del veinte por ciento de los que tanto hablas?

–¡Buf! Ten en cuenta, Aggie, que cualquier mujer que ofrezca un ochenta y cinco por ciento y salga con hombres que den el veinte por ciento es porque ella misma también teme el compromiso.

Charles se despidió con un gesto de la mano y se encaminó hacia su coche.

Agatha entró en casa, alicaída. No tenía mensajes telefónicos. ¿Y en qué pensaba Bill Wong para no llamarla?

Lo sensato habría sido que ella lo telefoneara, pero a Agatha le asustaba la posibilidad de descubrir que había perdido el afecto de su primer amigo.

La vida seguía. Y ella también tenía que seguir adelante. Tal vez, después de todo, aceptara la invitación de Mr. John.

DOS

Las temperaturas volvieron a subir. Se llegó a los treinta y dos grados en Pershore, en el condado de Worcester. Las peleas de tráfico se multiplicaron, el alquitrán se fundía en las carreteras y Agatha Raisin echaba de menos su antiguo peinado.

Se dio cuenta de que la razón de que no se atreviera a pedir que se lo cortaran era que temía que la acusaran de tener baja autoestima. Tras llegar a esa conclusión, que Agatha juzgó totalmente ridícula, pidió otra cita en Mr. John's. Así que regresó a Evesham, donde las mujeres habían cambiado las mallas por pantalones cortos y, como consecuencia de ello, grandes porciones de carne blanquecina y pecosa brillaban a la luz del sol.

El establecimiento estaba tan lleno como siempre. Mr. John tenía dos ayudantes masculinos y una chica, además de un par de aprendices. Agatha preguntó si podía ir al baño. La ventana del fondo del lavabo se encontraba abierta y daba a un pequeño jardín de malas hierbas.

Agatha oyó a una mujer susurrar con angustia:

–No puedo seguir así. Tienes que dejarme en paz.

Acto seguido oyó la respuesta pronunciada en un murmullo de una voz masculina.

–¡Te mataré! –gritó inesperadamente la mujer con violencia.

Agatha asomó la cabeza por la ventana, pero no pudo distinguir de dónde procedían las voces.

Volvió al salón, le lavaron el pelo y luego reunió el valor necesario para pedirle a Mr. John que se lo cortara. Se vio sumida en la angustia de la escritura de un guion de «Primero le diré esto y luego él dirá...». Tenía el síndrome del cortacésped.

El señor Jones sale al jardín de su casa para cortar el césped, pero descubre que la máquina se ha estropeado.

–¿Por qué no le pides al amable señor Smith, el vecino, que te deje la suya? –le sugiere su mujer.

–No puedo –se queja el señor Jones–. Sería una molestia para él.

–No seas bobo –dice la mujer–. Estás siendo infantil. El señor Smith es un hombre muy amable.

El señor Jones se pasa toda la tarde dándole vueltas. Le pedirá al señor Smith que le deje su cortacésped y este dirá: «Lo siento, amigo mío, pero lo estoy usando yo», o: «No me gusta dejar mis cosas». También puede que el señor Smith mienta, lo mire con suspicacia y diga: «A decir verdad, el mío también está averiado».

Al final, atosigado por su mujer, el señor Jones llama a la puerta del señor Smith.

Cuando este le abre, el señor Jones grita de malos modos:

–Váyanse a la mierda usted y su cortacésped –y se va.

Así que cuando Agatha le chilló a Mr. John que quería el pelo corto, se ruborizó y se sintió ridícula cuando él le respondió con voz tranquila:

–No hace falta que grite, Agatha.

Él se dedicó a dar tijeretazos afanosamente. Agatha contempló el bullicioso salón. Estaba decorado según la imagen que tiene un americano de un burdel parisino. Espejos dorados, cortinas de burbujas para separar las salas, carteles de Toulouse-Lautrec. Mr. John vestía una bata blanca, como un dentista americano. Sus ayudantes llevaban delantales rosas.

–He oído algo raro cuando estaba en el baño –empezó a decir Agatha.

–Eso suena como el principio de un chiste verde.

–No, en realidad, no. Oí a una mujer diciendo algo como «No puedo seguir así, tiene que dejarme en paz». Le respondió un hombre y luego ella dijo: «Te mataré».

–Seguramente serían la pareja de la tienda de al lado –dijo él–. Siempre están peleándose. Su trastienda está pegada a nuestro patio trasero y se oye todo.

–Oh –dijo Agatha un poco decepcionada al ver que lo que había parecido un misterio enigmático se redujera a una discusión conyugal–. ¿Está usted casado?

–Lo estuve, una vez. –Aquellos ojos suyos increíblemente azules relumbraron con gracia–. No duró mucho. Ahora estoy libre para disfrutar de la compañía de bellas mujeres. Y a propósito, ¿cuándo accederá a cenar conmigo?

–Esta noche –dijo convencida de que él estaría ocupado y no podría.

–Esta noche me va bien –dijo él–. Deme su dirección y pasaré a recogerla a las ocho.

Dejó las tijeras y cogió un cuaderno. Agatha le dijo dónde vivía y él lo anotó. Empezó a sentirse tan nerviosa como una adolescente. ¿Esperaría él que se acostaran esa misma noche? Miró a hurtadillas su reloj de pulsera. Estaría en casa antes de que cerrara la peluquería. Siempre podía telefonar y excusarse con que le había surgido un imprevisto.

Cuando la pasaron al secador y vio el corte de pelo que le acababa de hacer, sintió una oleada de gratitud hacia su mago.

Al llegar a casa y percibir el silencio, la soledad del *cottage* a su alrededor, tan asfixiante como el bochornoso calor, decidió que no estaría en sus cabales si rechazaba la ocasión de cenar con un hombre tan apuesto.

Si el clima había cambiado, pensó Agatha, y los veranos calurosos iban a ser la norma, tendría que plantearse poner aire acondicionado en casa. Había leído que la instalación costaba veinte mil libras. Y una unidad portátil, unas dos mil. La última vez que había viajado a Estados Unidos, se había fijado en los aires acondicionados que sobresalían de las ventanas de casas corrientes. Seguramente, una familia norteamericana de clase media no podría permitirse pagar, pongamos, treinta mil dólares por el aire acondicionado o ni siquiera tres mil por una unidad portátil.

Sus gatos estaban tumbados en el suelo de la cocina, aletargados por el calor. Se sentó en el suelo, a su lado, y les acarició el cálido pelaje. ¿Dónde estaba James Lacey, volvería algún día?

Se sintió tan abrumada por la melancolía que se le escapó un leve gemido. La depresión volvió a abatirse sobre ella una vez más.

Se quedó ahí sentada, sintiéndose desdichada, hasta que una mirada al reloj la avisó de que tendría que darse prisa si quería estar lista a tiempo.

Mr. John la llevó a un restaurante francés en Blockley, a tan solo unos kilómetros de Carsely.

–No acabo de entender por qué un profesional de su valía se ha instalado en un pueblo como Evesham –dijo Agatha–. Es lo bastante bueno para competir con los mejores de Londres.

–¿Qué tiene Evesham de malo? –se burló–. Es la cuna de la democracia.

–¿A qué se refiere?

–Simon de Montfort.

Agatha puso cara de no entender nada.

–¡No me diga que no sabe quién es Simon de Montfort, conde de Leicester!

–Pues no –respondió Agatha con la irritación que se siente cuando uno queda como un ignorante de hechos históricos o, bien mirado, de cualquier tipo de hechos.

–¿Ha oído hablar del rey Juan sin Tierra y la Carta Magna?

–Sí, eso lo aprendí en la escuela.

–La intención era restringir el poder del rey. No salió bien. Tanto Juan como su hijo Enrique III incumplían la Carta siempre que podían y solo la aceptaban cuando los barones se quejaban y los amenazaban. Así que estos tuvieron que idear un medio de que el rey cumpliera su palabra. En 1258, el rey Enrique aceptó las Provisiones de Oxford, que establecieron un consejo permanente para supervisar sus actos.

»En cualquier caso, Enrique hizo tan poco caso a las Provisiones de Oxford como Juan se lo hacía a la Carta Magna. En 1264, estalló una guerra civil. El ejército del rey fue derrotado en Lewes, en el condado de Sussex. Enrique cayó prisionero junto a su hijo, Eduardo.

»Simon convocó un parlamento de urgencia formado no solo por barones sino también por obispos y abades, dos caballeros de cada condado y burgueses de varias ciudades. Su esperanza era convertir ese parlamento en una institución duradera.

Hizo una pausa para comer un bocado de lubina.

–¿Qué ocurrió entonces? –preguntó Agatha.

La historia había logrado lo imposibles: quitarle a James Lacey de la cabeza.

–El apoyo a Simon empezó a hacer aguas. Los señores de las Marcas Galesas se alzaron en armas contra él y se les unió Gilbert de Clare, el joven y poderoso conde de Gloucester. Simon se puso al frente de un ejército y se dirigió al río Severn, llevando al rey y al príncipe Eduardo consigo, como rehenes, pero el príncipe logró escapar en Hereford para encabezar la rebelión monárquica.

»Ambos ejércitos convergieron en Evesham cuando Simon se disponía a entrar en la ciudad. Las tropas de Simon de Montfort fueron masacradas. A él lo decapitaron y le enviaron la cabeza a su viuda. Los brazos, las piernas y, esto... sus partes íntimas, fueron cercenados. Lo único que quedó fue el torso, que enterraron en la abadía de Evesham.

–Qué interesante –dijo Agatha–. ¿Está su tumba en el cementerio de la iglesia?

–Lo único que queda es una lápida, nada más. Nadie sabe qué fue de los restos. Mire, la gente empezó a peregrinar a su tumba para presentar sus respetos al «buen conde Simon». Los rumores cuentan que los restos fueron desenterrados, quemados y las cenizas esparcidas para evitar el culto a tan peligroso demócrata. El conservador de la Almonry, el museo de Evesham, cree que el responsable fue Enrique VIII, porque muchas de las reliquias de la abadía de Evesham se destruyeron durante la disolución de los monasterios. ¿La aburro?

–No, no sabía nada de eso. Más vale que estudie con más atención Evesham.

–Bueno, hábleme de usted y de su vida amorosa.

Habían bebido una botella de vino y él había pedido otra. Agatha, que ya estaba un poco achispada, se lo contó todo acerca de James y de su breve relación con Charles. Pero evitó contar que James sabía lo de Charles.

–¿Y dónde está James ahora?

–No lo sé –dijo Agatha con tristeza–. En el extranjero, por ahí.

–Usted es una mujer atractiva.

Alargó el brazo por encima de la mesa y le cogió la mano.

Agatha rio y se soltó.

–Usted hace que las mujeres se sientan atractivas.

–Cuénteme más cosas de usted.

Agatha siguió hablando, pero básicamente sobre su trayectoria profesional como relaciones públicas. De algún modo, el hecho de que Bill Wong no la hubiera telefoneado le dolía, así que no alardeó de sus habilidades como detective, ni siquiera mencionó su nombre.

Mientras hablaba empezó a preguntarse si querría pasar la noche con ella y si ella lo permitiría. Después de cenar, le invadió una languidez achispada y jugueteó con la idea de invitarle a entrar cuando la acompañara a su *cottage*.

Al salir del restaurante, que estaba junto al Crown Inn, Agatha vio a la señora Friendly salir del bar.

–Señora Friendly –la llamó Agatha.

La mujer se quedó totalmente inmóvil. Abrió los ojos de par en par, presa del pánico, y se quedó blanca como el papel al ver a Mr. John. Emitió un sonido incomprensible y se apresuró a volver al bar, abriéndose paso entre la gente hasta que se perdió de vista.

Una vez fuera, Agatha dijo:

–La ha asustado.

–¿A quién?

–A la señora Friendly.

–¿Y quién es? Parece una carta del Juego de las Familias. La señorita Bollo, que es hija del panadero; la señora Friendly, que es la amable esposa de...

–No, no, estaba asustada de verdad. La mujer que le miró fijamente cuando salíamos.

–No he visto a nadie conocido. El restaurante estaba lleno, Agatha. Seguramente vio a alguien que estaba detrás de nosotros.

Achispada como iba, una pequeña campanilla de alarma empezó a repicar en el cerebro de Agatha. Había hablado mucho de sí misma, pero apenas sabía nada de ese peluquero, aparte de que era un buen conocedor de la historia de Evesham.

–¿Va a conducir? –preguntó ella–. Hemos bebido bastante.

–Tengo la cabeza dura. No se preocupe.

–Si está tan seguro... Pero el hecho de que yo conozca a muchos policías no nos servirá de nada si nos pillan.

Él se había adelantado para encaminarse al coche y no la oyó.

Cuando llegaron a su *cottage* y bajaron del automóvil, Agatha se volvió hacia él y dijo con voz firme:

–Muchas gracias por esta espléndida velada.

–¿No me va a pedir que pase?

–Esta noche no. He bebido demasiado. La próxima cena corre de mi cuenta.

–Le tomo la palabra.

Se inclinó para besarla. El rostro atemorizado de la señora Friendly apareció en la mente de Agatha y ladeó la cara para que el beso acabara en la mejilla.

–Buenas noches –dijo ella precipitadamente y lo dejó junto al coche, mirándola.

El día siguiente, Agatha estuvo dando vueltas por casa. Había llovido por la noche, pero por la mañana el tiempo era más caluroso y agobiante que antes. Los periódicos informaban de que se trataba del agosto más caluroso en Inglaterra del que se tuvieran registros. Parecía haber una plaga de mosquitos y las arañas de los Cotswolds se multiplicaban por todas partes. A Agatha no le gustaba matar arañas, así que las recogía con papel de cocina y las arrojaba al jardín. En ese preciso momento, una araña descendía desde el techo de la cocina delante de sus ojos. La miró con rabia y el insecto se apresuró a retirarse hacia las alturas, casi como si trepara por una cuerda.

Ella llevaba puesto un caftán descolorido que se había comprado hacía años, sin nada debajo. En el suelo de la cocina, todavía en su caja, había un ventilador eléctrico que había adquirido en Evesham. Suspiró. Rompió la caja y lo sacó. Venía desmontado. ¿Es que ya no hacían nada de una pieza? Leyó atentamente las instrucciones, pero fue incapaz de desatornillar una pieza para engarzar el ventilador. Estaba a punto de darle una patada al exasperante aparato cuando llamaron al timbre.

¿Dejaría alguna vez de ir a abrir la puerta sin esperar con toda su alma que fuera James Lacey el que apareciera en el umbral?

Pero era Charles quien estaba allí, elegante y perfectamente afeitado.

–Pasa –dijo Agatha con un tono de voz brusco debido a la decepción–. ¿Qué te trae por aquí?

–Me aburría.

La siguió hasta la cocina.

–Pues puedes hacer algo útil. No sé montar este ventilador.

–Prepara café y yo me encargo.

Charles se puso a trabajar en el gran soporte del ventilador.

–¿Tienes uno de esos destornilladores con una cruz en la punta, Aggie?

–En esa caja que está encima de la mesa de la cocina. ¿Cómo quieres el café?

–Como siempre. Con leche y sin azúcar. Si me quisieras, Aggie, te acordarías.

–Ahí te lo dejo, Charles. Subo a vestirme.

Agatha se dirigió a la planta superior, se dio una ducha rápida, se secó con la toalla y se puso unos pantalones cortos y un top de algodón.

Cuando volvió a la cocina, el ventilador giraba vigorosamente.

–Estás hecho todo un manitas, Charles –dijo Agatha–. ¡Menudo alivio! ¿Cómo conseguiste sacar ese tornillo tan grande?

–Los tornillos se desenroscan en el sentido de las agujas del reloj.

–¿Y cómo quieres que sepa eso? –Agatha se sentó a la mesa de la cocina–. Es posible que me haya topado con un nuevo misterio.

–¿Has tropezado con un cuerpo ensangrentado?

–No hay cadáver. –Le contó que, mientras estaba en el baño de la peluquería, había escuchado a hurtadillas a una mujer que suplicaba–. Luego tuve una cita con Mr. John, fuimos a cenar y, cuando salíamos del restaurante, nos cruzamos con la señora Friendly.

–¿Quién es?

–Una recién llegada a Carsely. Se mudó el pasado invierno. Tiene uno de los pequeños *cottages* que hay frente a la iglesia. Mr. John dijo que ella debía de estar mirando a alguien que se encontraba justo detrás de nosotros, pero yo juraría que se sobresaltó al verlo a él.

–¿Está casada?

–Sí, con un contratista de obras.

–¿Crees que el peluquero podría haberse acostado con ella o tal vez está dándose el gusto de chantajearla?

Los ojos de Agatha brillaron.

–Yo diría que se trata de un chantaje. ¡Lo que les cuentan las mujeres a sus peluqueros! Tendrías que oírlas.

–Vayamos a hacer una visita a esa señora Friendly.

Agatha se removi6 inc6moda.

–¿C6mo? ¿Ahora?

–¿Por qu6 no? No te andes por las ramas, pregúntale directamente por qu6 estaba tan asustada.

–¿No debería telefonarla?

–D6mosle una sorpresa.

–Muy bien –dijo Agatha con reticencia–. Sacaré los gatos al jard6n y cerrar6.

El *cottage* de dos plantas de la se6ora Friendly era peque6o y pulcro, y no ten6a jard6n delantero.

Llamaron al timbre. Un hombre muy velludo abri6 la puerta. Llevaba una camiseta sin mangas y pantalones cortos, y ten6a el cuerpo cubierto de un vello canoso, tan abundante que le sal6a de las orejas y la nariz. Unos ojos sorprendentemente apagados y p6lidos contemplaron a Agatha y Charles a trav6s de su velluda virilidad. Deb6a de rondar los sesenta y a ella su aspecto le pareci6 muy desagradable.

Agatha se present6 e hizo lo propio con Charles. Dijo que hab6an ido a ver a la se6ora Friendly.

–¿Por qu6? –Su voz era d6bil y aguda.

–Soy de la sociedad femenina.

–Pasen –dijo reacio.

El peque6o *cottage* era oscuro y hac6a un calor sofocante. Conservaba las ventanas emplomadas originales, que resultaban muy pintorescas y preciosas desde el exterior, pero dejaban pasar poca luz al interior. El se6or Friendly les condujo a un sal6n caluroso y en penumbra.

–Avisar6 a Liza.

–No sab6a que estuviera jubilado –susurr6 Agatha–. O eso parece, al menos.

Unos murmullos irritados les llegaron desde abajo, y entonces resonó la voz del señor Friendly, cortante e iracunda:

–Deshazte de ellos.

–Ay, Dios –musitó Agatha.

Liza Friendly entró. Tenía una cara redondeada y agradable, bonita incluso en la mediana edad.

–¿Viene por el concierto? –preguntó.

–Bueno, en realidad, no –dijo Agatha–. Anoche estaba en el restaurante francés de Blockley con Mr. John y usted nos vio y me dio la impresión de que se asustó.

Durante un fugaz instante, Liza pareció tan asustada como la noche previa, pero al momento dijo animadamente:

–Oh, debo de haberle parecido rara. Era por el calor. Tenía que salir de allí. Creí que me iba a desmayar. ¿Algo más?

–Bueno, no –dijo Agatha.

Liza no se había sentado. Dirigió sus pasos hacia la puerta.

–En ese caso, no los entretendré.

No podían hacer otra cosa que marcharse.

–No le he presentado a mi amigo –dijo Agatha–, sir Charles Fraith.

Liza ya había llegado a la puerta principal y la mantenía abierta.

–Adiós –dijo con seriedad–. Ha sido muy amable por su parte al venir hasta aquí.

–Vaya, un fiasco con todas las de la ley –comentó Charles–. Volvamos a tu casa a comentar la jugada.

Regresaron a la cocina del *cottage* de Agatha. Esta puso en marcha el ventilador y sirvió dos tazas más de café.

–A ver –dijo Charles–, si él es un chantajista hay una forma de averiguarlo.

–¿Cómo?

–Invéntate un secreto terrible, Aggie, después lo invitas a cenar y te echas a llorar sobre su hombro al contárselo. Luego, esperamos a ver cuál es su reacción.

–Podría hacerlo –dijo Agatha despacio–. Pero también podríamos estar imaginándonos cosas que no han pasado. A lo mejor, de quien ella está asustada es del peludo de su marido. Espera un momento. En la reunión de la sociedad femenina, yo dije que iba a Mr. John's en Evesham y ella dijo algo así como «yo nunca iría ahí». Oh, y algo más. Le pregunté al peluquero sobre aquellas voces que había oído cuando estaba en el baño, y él me dijo que se trataba de una pareja casada, los dueños de la tienda de al lado, que siempre estaban discutiendo. ¿No tendríamos que vigilar el *cottage* de la señora Friendly para comprobar cuándo sale su marido?

–Creo que será mejor que primero probemos a mi modo –contestó Charles–. Vayamos a algún sitio a comer y luego echemos una mirada a esa peluquería de Evesham. Podrías pedir otra cita. El peinado te favorece.

–Gracias. ¿Dónde comemos?

–Tú eliges.

–No suelo comer en Evesham, pero seguro que encontraremos algún sitio.

Subieron al coche de Charles y condujeron a través de la calurosa campiña hasta la carretera A-44.

–Más vale que salgas al llegar a lo alto de Fish Hill y vayas por Willersley –dijo Agatha.

–¿Por qué?

–Por la nueva circunvalación que están construyendo. Hay semáforos en la falda de Fish Hill y las retenciones pueden durar siglos.

–Tienes razón.

En Evesham, y tras seguir las indicaciones de Agatha, Charles aparcó en la planta superior de un estacionamiento de varios pisos junto al río Avon. Se apearon y caminaron hasta Bridge Street.

–Ese no tiene mala pinta.

Agatha señaló un restaurante llamado The Lantern.

–Espero que hagan bien las patatas fritas –dijo Charles al abrirle la puerta–. Me encantan.

Las patatas fritas no eran congeladas y estaban buenas.

–Y bien ¿qué voy a contarle a Mr. John? –preguntó Agatha.

–No te precipites. Espera a invitarlo a cenar. Estoy seguro de que ya le habrás hablado de James.

Agatha se ruborizó al sentirse culpable.

–Me lo imaginaba. Veamos. Ya sé, le has contado que James va a volver, pero tienes una aventura conmigo.

Agatha clavó la mirada en la mesa.

–Ajá, menuda charlatana estás hecha. También le has hablado de mí. Tiene buena mano para sonsacarte secretos.

–No le conté que James se había enterado de lo nuestro –masculló Agatha.

–Ahí lo tienes. Tú quieres casarte con James. Es un hombre espantosamente celoso. Te ha escrito declarándote su amor. Te aterra la posibilidad de que se entere de lo nuestro porque yo soy un tipo violento y celoso.

–Eso podría colar –dijo Agatha–. Normalmente no soy tan cotilla. Pero me parece que bebí bastante.

–¿Intentó acostarse contigo?

–Él esperaba que yo se lo pidiera. Y no, Charles. Yo no soy una amoral como tú. Le diré que me mantengo pura para James.

–Buena chica.

Acabaron de comer, recorrieron Bridge Street y llegaron a High Street.

–Mira esa preciosa casa –dijo Charles señalando al otro lado de la calle.

–Es un restaurante chino –dijo Agatha–. El Evesham Diner. Bastante bueno.

–Me da igual que sea bueno o malo. ¿Qué clase de bárbaros viven en esta ciudad para no conservar como es debido ese espléndido edificio? Mira, un kiosco. Voy a comprar una guía.

Agatha suspiró. El sol caía con fuerza y la humedad le había derretido el maquillaje.

Charles compró una guía pequeña.

–Aquí está. Dresden House. Construida en 1692..., a ver, tenía razón sobre William y Mary, por un vecino de Worcester, Robert Cookes.

–¿Por qué Dresde?

–Al parecer, uno de los dueños de la casa, el doctor William Baylies, tuvo problemas económicos y se fue a vivir a Dresde, donde llegó a ser médico de Federico el Grande de Prusia.

–Olvídate de la historia. Ahí está la peluquería. ¡Oh, mierda!

–¿Qué pasa?

–Me olvidé de que hoy es miércoles. Solo trabajan medio día. Está cerrada y yo ya me había entusiasmado con mi historia.

–Vamos, Aggie... ¿No pretenderías entrar, pedir hora y luego soltar: «Ah, a propósito, James vuelve a casa y tengo un lío con Charles, aquí presente»?

–Me refería solo a que me había animado a invitarle a cenar.

–Daremos una vuelta. ¿No hay una abadía? A ver qué dice la guía. Ah, había una construida el año 700, pero Enrique VIII se deshizo de ella. Hay un museo en la antigua Almonry.

–Eres tan pesado como el peluquero –refunfuñó Agatha–. Me dio una clase magistral sobre Simon de Montfort.

–Entonces, sedúcele con tus conocimientos.

La Almonry, donde el limosnero, que era algo así como el médico y el trabajador social de la época, ayudaba a los menos afortunados del pueblo, era un laberíntico edificio del siglo XIV.

Agatha y Charles entraron. Agatha pagó la entrada porque Charles siempre tardaba mucho en encontrar la cartera... deliberadamente, en opinión de Agatha. Evesham estaba hermanada con la ciudad francesa de Dreux, lugar de nacimiento de Simon de Montfort. Leyeron atentamente la declaración que recogía ese hecho.

–¿Has oído hablar de Stow-in-the-Wold? –preguntó Charles.

–No, ¿qué es?

–Un pueblecito precioso en el Loira quiso hermanarse con Stow, así que el consejo parroquial lo puso a votación de los vecinos y el resultado fue un contundente NO.

–¿Por qué?

–No querían saber nada de los franceses. ¿No te parece increíble? Ahí todavía deben de seguir librando la batalla de Waterloo.

–¿Y con quién se hermanaron?

–Con nadie. En lugar de eso han decidido poner una fuente. Vaya, mira este mapa del mundo, Aggie, es de 1392, ¿no te parece increíble?

Agatha suspiró. El calor era sofocante y ella se moría de ganas por fumar.

–Evesham también está hermanada con Melsungen en Alemania y Evesham, en Nueva Jersey.

–Qué pesadez –dijo Agatha–. ¿No puedo sentarme en el jardín a esperarte?

–No, hay más que ver en la planta de arriba.

De repente, Agatha se sintió fascinada por dos vestidos victorianos. Por lo general, en los museos, los zapatos femeninos eran diminutos, pero aquellas damas de Evesham tenían unos pies de un tamaño considerable.

Siguieron adelante. Agatha empezó a inquietarse cuando reconoció objetos domésticos que recordaba de su juventud.

Se sintió aliviada cuando acabó la visita. Pero entonces Charles quiso ver las dos iglesias: St. Lawrence y All Saints. Ella lo siguió a rastras, preguntándose cómo un hombre tan frívolo podía emocionarse tanto con un arco normando. Luego pasaron bajo el oscuro arco del antiguo campanario, erigido entre 1529 y 1539, según la cháchara de Charles, y a continuación descendieron por un trecho de césped hacia el río Avon. Ante el río había una piscina infantil que se estremecía con los chillidos de niños.

–Ahí es donde pescaban los monjes –dijo Charles.

–Sentémonos un momento –pidió Agatha con voz cansina.

Se sentaron juntos en un banco. Era un escenario soleado y tranquilo. Una banda tocaba canciones de *My Fair Lady*. Había familias esparcidas por el césped. Parecía tan seguro, tan inglés, tan alejado de la violencia de los barrios marginales... Agatha se relajó. Evesham tenía un encanto sosegado.

–Demos un paseo en barca –dijo Charles.

–¿Vas a remar?

–Hace demasiado calor. Me refería a una de esas barcas para turistas.

Retrocedieron hasta Bridge Street, pasaron por el estacionamiento de varios pisos y bajaron al embarcadero, donde había una barca a punto de zarpar.

La barca pasó bajo el Workman Bridge, luego dio la vuelta cuando llegaron a una presa, para regresar de nuevo bajo el puente pasando lentamente al lado de los llamados Jardines de la Abadía.

–¿Sabes que la abadía de Evesham era más grande que la catedral de Gloucester? –dijo Charles.

–Ah –respondió Agatha, distraída.

–¿Y sabes que...? ¿Qué pasa?

Agatha le había aferrado con fuerza el brazo.

–Allí. Mr. John –siseó Agatha.

La barca turística se deslizaba lentamente delante de una terraza.

–¿El rubio?

–Sí.

Agatha volvió la cabeza hacia atrás cuando la barca hubo pasado de largo.

–No sé. Oh, sí. Creo que es una de sus clientas, una tal Maggie. En la peluquería nos llama a todas por el nombre de pila.

–No parecía muy contenta.

–De regreso, volveremos a pasar por aquí, ¿no?

–Y dentro de poco, diría. Las travesías apenas duran media hora, así que en cualquier momento daremos la vuelta.

Como era de esperar, la barca no tardó en trazar un círculo.

–Prepárate –dijo Agatha–. Listo para echarles un buen vistazo esta vez.

Pero cuando la barca pasó por delante de la terraza, la mesa a la que habían estado sentados Mr. John y su acompañante estaba vacía.

–Una lástima –dijo Agatha–. Ella se quejaba de que su marido no la valoraba. ¿De verdad crees que él se dedica a chantajear a clientas? Puede que no sea más que un mujeriego.

–En ese caso, ¿por qué estaba tan asustada la señora Friendly?

–Me había olvidado de ella. Le preguntaré a la señora Bloxby, la esposa del vicario. Puede que sepa algo. ¿Quieres acompañarme?

Charles miró su reloj.

–No puedo. Tengo que estar pronto en casa. Esta noche salgo.

–¿Adónde vas?

–Llevo a una chica a ver *Macbeth* en Stratford.

–Oh –exclamó Agatha en voz baja.

Se sintió desilusionada, pero al instante recordó que Charles era un soltero con vida propia.

Cuando desembarcaron y mientras se dirigían hacia el estacionamiento, el calor era asfixiante.

–Esta noche habrá tormenta –pronosticó Charles cuando salían de Evesham.

Agatha miró hacia delante. Unas nubes púrpuras se acumulaban sobre Fish Hill.

–Hay tormenta casi todas las noches –dijo–, pero el día siguiente es tan caluroso y húmedo como el anterior.

Charles refunfuñó a modo de respuesta. Parecía ensimismado en sus propios pensamientos. Agatha volvía a sentir la amenaza de la depresión en su cerebro. Iría a ver a la señora Bloxby. Tal vez así lograra ocupar parte de la solitaria velada que tenía por delante.

Cuando Charles la dejó en casa, no mencionó la posibilidad de volver a verla. Agatha tenía la sensación de que el misterio del peluquero se había convertido en una pesadez. Se despidió de él con voz apagada y entró en su *cottage* en el instante en que las primeras gruesas gotas de lluvia caían sobre la paja de su tejado.

Corrió a poner a resguardo a los gatos y luego les abrió una lata de comida. *Hodge* y *Boswell*, aunque ronroneaban alrededor de sus tobillos, parecían autosuficientes y apenas echaban en falta la compañía de Agatha Raisin.

El centelleo cegador de un relámpago iluminó la cocina, seguido del restallido de un trueno que pareció remover el viejo *cottage* hasta los cimientos. Agatha encendió la luz de la cocina y descubrió que Carsely sufría uno de sus demasiado habituales cortes de luz.

Subió al dormitorio y se acostó sin desvestirse, se echó la sábana por encima y se quedó escuchando la furia de la tormenta. Se sumió en un sueño inquieto, y se despertó a las siete de la tarde, acalorada y nerviosa. Los últimos rayos del sol entraban por las ventanas.

Se levantó y miró por la ventana. En el jardín, todo resplandecía a la luz del sol. Se asomó. El aire seguía siendo igual de caluroso y pegajoso que antes.

Se duchó, se cambió y luego dirigió sus pasos hacia la vicaría.

En el umbral dudó al oír la voz irritada del vicario:

–¿Es que a esa mujer nunca se le ocurre llamar antes?

Estaba a punto de darse la vuelta: ese era el problema con los verdaderos cristianos como la señora Bloxby, uno nunca piensa que tengan vida propia.

Pero entonces se abrió la puerta y la señora Bloxby la saludó con una sonrisa, apartándose un mechón de cabello gris de los ojos.

–La he visto acercarse por la calle –dijo–. Pase.

–Y también me ha visto su marido –dijo Agatha arrepentida–. Y tiene razón. Debería haber telefonado antes.

–No se preocupe por él. El calor nos pone irritables y esta tarde tiene un servicio.

–En ese caso...

Agatha dejó que la llevara dentro mientras la puerta trasera se cerraba de un golpe destemplado y al momento vio al vicario alejándose a largas zancadas por el patio de la iglesia.

–El problema es –dijo Agatha mientras se acomodaba en el acogedor salón– que cuando algo me preocupa, simplemente vengo a verla sin pensar que usted podría estar ocupada.

–Pero eso también lo hago yo –dijo la señora Bloxby con tranquilidad–, nunca me he molestado en llamarla antes de ir a verla. Prepararé un poco de té y lo tomaremos en el jardín, a ver si nos da un poco el aire.

«Esta mujer nunca se queja», pensó Agatha con envidia, mientras miraba por la ventana a la señora Bloxby secar las gotas de lluvia de la mesa y las sillas. Luego se metió en la cocina antes de reunirse con Agatha en el jardín.

–Mire eso –dijo Agatha–. En el cementerio. Las lápidas están humeando por el calor. Parece una película de Drácula.

–Falta poco para que acabe el mes. No tardará en refrescar –dijo la señora Bloxby sirviendo el té–. Y ahora cuénteme, ¿qué ocurre? ¿Se trata de James?

–No, es mi peluquero.

Agatha le contó sus sospechas y la idea de Charles de tenderle una trampa.

–Podría resultar peligroso para usted. –Los grandes ojos grises de la señora Bloxby delataron su preocupación–. Seguramente, el tal Mr. John está al tanto de su reputación como detective.

–Se acuerda del asesinato de mi marido. Pero en la prensa nunca se me ha atribuido la resolución de ningún caso –dijo Agatha–. La fama siempre ha sido para la policía. Hábleme de los Friendly.

–No llevan mucho tiempo en Carsely, ya lo sabe. Hace unas semanas montaron una escena después del servicio matinal. Me lo contó mi marido. Alf había dado un sermón sobre que nuestras mentes deberían estar por encima de las cosas materiales y después, en el porche de la iglesia, el señor Friendly dijo que esperaba que su esposa hubiera prestado atención al sermón porque el dinero se le escurría entre las manos como si fuera agua. La señora Friendly replicó que solo se había comprado unas cuantas prendas de ropa y su marido dijo algo así como: «¿Qué ropa? Ni me he fijado».

–¿Le parece que debería olvidarme de este asunto?

–Por una parte, creo que sí. Por otro lado, sería espantoso que resultara ser un chantajista. ¡Piense en la desdicha que causaría! Pero ¿por qué no se lo explica a su amigo, Bill Wong?

–No puedo –dijo Agatha–. Bill está de vacaciones.

Todavía seguía dolida porque Bill no la hubiera llamado y no le apetecía explicarle a la señora Bloxby que él estaba veraneando en casa.

–¿Y qué me dice de su jefe, Wilkes?

–Cree que soy una entrometida. No, necesitaría pruebas. Y no hago ningún daño intentando encontrarlas. En el peor de los casos, va a chantajearme, no a asesinarme.

–¿Y qué tiene pensado hacer?

–Pretendía invitarle a salir, pero creo que le pediré hora en la peluquería y esta vez observaré y escucharé con atención. Veré si puedo averiguar si hay otra clienta a la que él esté intentando extorsionar.

–Vaya con cuidado. Y ahora, hablemos del concierto en Ancombe. Es todo un detalle por su parte ocuparse del *catering*. ¿Quiere que la ayude?

–No, ya me las apañaré.

Agatha ya había decidido contratar a una empresa de *catering* para que preparara pastas y entremeses. Pagaba con gusto cada penique que gastaba con tal de zafarse de la señora Darry.

–Mire, empiezo a arrepentirme de haberle recomendado que fuera a Mr. John's. Pero tiene muy buena reputación. La señora Jessie Black, de Ancombe, la presidenta de la sociedad femenina, solía llevar una espantosa permanente rizada teñida de un tono rojizo imposible y él le tiñó el pelo de castaño y le hizo un peinado liso precioso.

–Veré si me da cita –dijo Agatha–. Probaré mañana.

Agatha fue a Evesham. Los viejos edificios del pueblo centelleaban bajo el insoportable calor. Aunque hubiera preferido buscar un sitio delante de la peluquería, dejó el coche en el aparcamiento. No le apetecía otro enfrentamiento con alguna vecina amargada.

Atenta en esta ocasión a los detalles, Agatha reparó que la recepcionista, una insulsa rubia que lucía una bata rosa con su nombre, Josie, en una insignia sobre el pecho izquierdo, le clavó una mirada celosa y resentida.

–Tuve mucha suerte de que hubiera una cancelación –dijo Agatha alegremente.

–Sí –contestó Josie mientras ponía un peinador rosa alrededor de los hombros de Agatha–. Mr. John es muy popular entre las mujeres mayores.

–¿Ese comentario malicioso no se referirá a mí? –preguntó Agatha volviéndose hacia ella con cara de pocos amigos.

–Oh, no, señora. –Josie se desdijo aturullada–. Iré a buscar a Yvette para que le lave el pelo.

Alterada, Agatha se sentó en el lavacabezas y miró a su alrededor. En una sección contigua, una mujer se estaba quejando a voz en grito.

–Ya no sé qué puedo hacer con ella. Le dije «Eso te matará», y ella va y me contesta: «La heroína es mi amiga». ¡Mi propia hija enganchada a las drogas! Qué vergüenza. Mi vecina dice que cree que mi Betty trafica.

–¿Y tu marido no puede hablar con ella? –preguntó el peluquero.

–¿Jim? ¡Ese! Ni siquiera sabe que se droga y no me creería si se lo dijera. Betty siempre ha sabido manipularlo como ha querido. La niña de sus ojos. Siempre lo ha sido.

Llegó Yvette y puso una toalla alrededor del cuello de Agatha. El borboteo posterior del agua ahogó el resto de la conversación entre Mr. John y su clienta.

«El salón de una peluquería es como el sofá del psiquiatra», reflexionó Agatha. Había que ver de qué cosas se hablaba allí. ¿Es que aquella mujer no se había dado cuenta de que otras clientas podrían oírla y denunciar a su hija a la policía? Pero no. Las peluquerías y los salones de belleza eran como el confesionario. El único susceptible de aprovecharse de todas esas confidencias era el propio peluquero.

Tras secarle el pelo, la acompañaron hasta donde estaba Mr. John, que le lanzó una sonrisa fugaz. Josie le llevó a su jefe un café en un vaso de poliestireno y el peluquero le echó dos pastillas de un edulcorante artificial llamado Slimtex.

–Hago que me traigan el café del local de enfrente –dijo–. De esa cafetería de ahí. Un poco cutre, pero hacen un café espléndido. Bueno, Agatha, vamos a recomponerla de nuevo.

Agatha suspiró.

–No creo que pueda hacer gran cosa con este calor. Es peor que la lluvia.

–Probemos a ver.

Le apoyó las manos en los hombros y se los presionó levemente.

–Le debo una cena –dijo Agatha.

–Así es, y voy a encargarme de que no se olvide.

Agatha respiró hondo.

–¿Está libre esta noche?

–Pues, a decir verdad, sí.

–Oh. Oh, bueno, ¿qué le parece si paso a recogerle?

–No, iré a buscarla a las ocho. Josie, ¿qué haces ahí con la boca abierta? Está sonando el teléfono.

Josie se fue corriendo. Mr. John se encogió de hombros.

–Las jóvenes de hoy en día... –murmuró él.

El pelo de Agatha recuperó un lustroso y suave brillo. Cuando salió de la peluquería, se dirigió rápidamente al aparcamiento, con la esperanza de no sudar demasiado y arruinar el peinado.

Al llegar a casa, dudó si debía telefonar a Charles. Pero se puso de mal humor. Él no había mencionado la posibilidad de volver a verla. Charles parecía entrar y salir de su vida cuando le venía en gana, esperando que ella estuviera siempre disponible.

Se vistió con cuidado, pero por desgracia no para sentirse cómoda. En algún lugar había leído que se habían vuelto a poner de moda los tacones de aguja y se había comprado un par de zapatos dorados con el talón descubierto. Se enorgullecía de tener aún unos tobillos lo bastante fuertes para lucir esos tacones. Pero el calor le había hinchado los pies y las cintas entrecruzadas de la parte superior de los zapatos se le clavaban en la carne.

Llegó a la conclusión de que, dado que estaría sentada en el coche y luego en el restaurante al que fueran, podría soportarlo. Justo antes de que él llegara metió una pequeña grabadora en el bolso.

La señora Darry estaba paseando su pequeño y ruidoso perrito por Lilac Lane cuando Mr. John acompañó a Agatha hasta el coche. Agatha le lanzó una mirada triunfal, encantada de que la zorra del pueblo la viera saliendo por la noche con un hombre tan apuesto. Pero en lugar de detenerse y mirarla con grosería como tenía por costumbre, la señora Darry se dio la vuelta rápidamente y se escabulló a toda prisa por la calle, arrastrando a su incordio de perro tras de sí.

–¿Adónde vamos? –preguntó Agatha.

–Al Marsh Goose, en Moreton.

–Bonito –dijo Agatha, aunque recordó con pena que no dejaban fumar salvo en la cafetería.

Era raro que la gente que no bebía nunca dijera: «No beba delante de mí»; en cambio, a los fumadores siempre se les hacía sentirse culpables. Tres científicos habían publicado recientemente un informe según el cual se corría

más peligro de desarrollar cáncer por comer productos lácteos que por ser fumador pasivo, porque los lácteos eran unos auténticos asesinos, pero el fumar despertaba la bestia puritana que la gente lleva dentro.

Cuando llegaron al restaurante, se moría de ganas por fumar, pero no se atrevió a decirlo.

Se puso el bolso en el regazo, lo abrió y encendió la grabadora sin que nadie la viera. Luego volvió a apagarla. Había un ruidoso grupo de gente de fiesta en la mesa de al lado, lo que convertía en casi imposible la conversación entre el peluquero y ella.

Para su alivio, el grupo juerguista se marchó. Agatha puso en marcha la grabadora de nuevo y miró con inocencia a Mr. John.

–Disfrutar de una cena tranquila con usted representa un descanso a mis problemas.

–¿Qué problemas, Agatha?

Él alargó el brazo por encima de la mesa y le tocó la mano.

–Se trata de James –dijo Agatha.

Para su horror, se le llenaron los ojos de lágrimas.

El pulgar de Mr. John le acarició la palma de la mano.

–Cuénteme.

–Vuelve a casa, y le he echado mucho de menos. Pero mientras estaba fuera he tenido una aventura con Charles.

–¿El baronet?

–Sí. Charles es terriblemente celoso. Intenté cortar con él, pero dice que no piensa dejarlo. Me da miedo que James llegue a enterarse. Haría cualquier cosa, lo que fuera, por evitar que lo supiera.

Mr. John le hizo más preguntas, y cuanto más definía Agatha la imagen de un Charles violento y celoso, más se la creía ella misma.

Pero mientras iban al salón para tomar café, Agatha se dio cuenta de que solo había hablado ella. Sacó una cajetilla de cigarrillos.

–Es un hábito repugnante, Agatha. ¿Le molesta si le pido que no fume?

–Sí, me molesta, y mucho –le espetó Agatha.

–Se está suicidando.

–Y también todos los que, como usted, conducen un coche que va soltando agentes cancerígenos al medio ambiente.

Agatha cerró entonces apresuradamente el bolso, que había abierto de par en par para buscar los cigarrillos. Esperaba que él no hubiera visto la grabadora. En cualquier caso, seguramente no la chantajearía esa noche.

Mr. John empezó a hablar tranquilamente de lo bien que le iba el negocio en Evesham, hasta el punto de que estaba planteándose abrir otro salón.

–Dedicarse a la peluquería es como ir a la guerra –dijo riéndose–. Es como el teatro. Nunca creería las rivalidades y los celos que hay. Estoy pensando en abrir un salón de belleza.

Agatha rebuscó en su bolso y apagó la grabadora. Se sentía pesada y triste. Y los pies la estaban matando.

Finalmente dijo:

–Ha sido agradable. ¿Le importa si nos retiramos? –Hizo un gesto al camarero y pidió la cuenta–. Invito yo, ¿recuerda?

–Parece cansada –dijo él con sus ojos azules llenos de preocupación.

Llevó a Agatha a casa en silencio. La ayudó a bajar del coche y entonces dijo:

–Me gustaría ver cómo es su *cottage*.

Agatha estaba pensando desganadamente en qué excusas educadas darle cuando una voz iracunda a sus espaldas la sobresaltó.

–¡Y quién coño es este, Aggie!

TRES

Ahí estaba Charles, con los puños fuertemente apretados a los costados. Agatha se quedó tan atónita que le costó percatarse de que Charles estaba actuando.

–He salido a cenar con John –dijo–. Charles, si me permites presentarte, este es...

–No quiero conocer a semejante escoria.

Charles la agarró del brazo y tiró de ella hacia sí. Su bolso de mano salió disparado y el contenido se esparció por la calle, a la vista de todos bajo las farolas de seguridad que se habían encendido delante del *cottage* de Agatha. La pequeña grabadora negra voló sobre la superficie adoquinada de la calle y fue a parar a los pies del peluquero.

Este la recogió. Charles se quedó paralizado, con la mano en el brazo de Agatha.

–Es suya, me parece.

Mr. John tendió la grabadora a Agatha, quien la cogió con torpeza. Los ojos de él centelleaban divertidos, con malicia.

Se despidió con la mano, subió al coche y se alejó en el ruidoso vehículo.

Agatha se volvió contra Charles.

–¿A qué coño te creías que estabas jugando?

Se agachó y empezó a recoger el contenido del bolso.

–Solo estaba interpretando mi papel –dijo Charles tímidamente–. Fui al Red Lion y me enteré de que habías salido con ese tipo. Así que decidí quedarme por aquí hasta que volvieras y fingir que era el celoso acosador.

–¿Por qué no me lo contaste?

–No podía. No sabía qué ibas a hacer. ¿Por qué no me telefoneaste? Creía que estábamos juntos en esto.

–Oh, entra en casa. Estoy harta. Ha visto la grabadora, así que nos ha descubierto.

Charles la siguió hasta la cocina.

–Puede que no sea así.

–¿Por qué no? –preguntó Agatha enchufando con rabia el hervidor–. Vi perfectamente la expresión de sus ojos cuando me devolvió la grabadora.

–Bueno, sabe que te dedicabas a la publicidad. Mucha gente lleva esas pequeñas grabadoras encima. Yo mismo llevo una a veces para recordar las citas y los recados pendientes.

–Un chantajista no piensa en eso –se mofó Agatha.

–No sabemos si es un chantajista. Prepárame un café mientras pienso. Y dame un cigarrillo.

–Si tú no fumas.

–Solo fumo cuando el tabaco no es mío. Es un gesto caritativo. Reduce la cantidad de humo que aspiran.

–Y evita que te gastes el dinero. ¡Tacaño! Oh, cógelo tú mismo. Tengo una cajetilla en el bolso.

Agatha preparó dos tazas de café instantáneo. Había dejado de preparar café molido y había vuelto a calentar la mayoría de sus comidas en el microondas. Las viejas costumbres se resistían a morir. Estaba cansada de intentar ser «una vecina del pueblo».

–Y ahora ¿qué vamos a hacer? –preguntó sentándose a la mesa.

–Estoy pensando. Supongamos que, en efecto, es un chantajista. ¿Qué le lleva a uno convertirse en chantajista?

–¿El poder?

–Pero el dinero también debe ser un motivo a tener en cuenta. El dinero y la avaricia. Piensa en este caso. Imagina que le haces un regalo caro. Olvídate de la historia de James. Deslúmbrale. Que se crea el elegido.

–¿Qué regalo? –preguntó Agatha con suspicacia.

–Un detalle de una tienda de calidad como la joyería Asprey. ¿Fuma?

–No, ni siquiera de mis cigarrillos.

–¿Qué te parecen un elegante par de gemelos de oro macizo en una cajita pija de Asprey?

–¿Qué te parece gastar mil libras? ¿Es que piensas contribuir?

Él ladeó la mirada y cerró instintivamente la mano en gesto protector sobre la pechera de su chaqueta. «El extranjero se toca el corazón –pensó Agatha con cinismo–, pero el verdadero inglés de sangre azul se aprieta la cartera para asegurarse de que está a buen recaudo.»

–¿Por qué iba a gastarme un montón de dinero en un peluquero provinciano? –preguntó Agatha.

–Porque –respondió Charles con paciencia– así el juego sigue, y la razón para seguir jugando es que estás aburrida.

–Y tú también –replicó Agatha con astucia.

–Pero no tan aburrido ni tan deprimido como tú, ni tampoco soy tan desgraciado en el amor, luz de mi vida.

–Me lo pensaré.

–Hazlo. Verás como se derrite como la mantequilla y te tendrá en mejor estima.

–Si te has terminado el café, te acompañaré hasta la puerta.

–Estoy cansado, ¿no puedo quedarme?

–No, largo.

–Vale... –Se puso en pie–. Ya me contarás cómo va.

–No he dicho que vaya a hacerlo.

–Piénsatelo, Aggie. Piensa en ello.

Charles tenía razón. Agatha no podía soportar abandonar a esas alturas lo que ya estaba empezando a considerar «su caso».

Al día siguiente condujo por la mañana temprano hasta la estación de Moreton-in-Marsh y se mezcló en el andén con la gente que iba a trabajar a Londres hasta que la taquillera salió y gritó:

–No habrá trenes debido a la escasez de maquinistas.

Agatha maldijo y volvió por el puente de hierro hasta el aparcamiento. Se subió al coche y fue a Oxford, desde donde cogió un tren hasta la estación de Paddington. De ahí, cogió un taxi a Asprey, que estaba en Bond Street. En el silencio casi religioso de la gran joyería, examinó varias bandejas de gemelos y acabó escogiendo un par de oro macizo por los que tuvo que pagar un precio que la dejó sin aliento.

Se dirigió a la City para ver a su agente de Bolsa y tranquilizarse comprobando que sus valores y acciones seguían siendo rentables. Ya que estaba en la City, se acercó a Pedmans para ver a Roy Silver, un relaciones públicas que había trabajado para ella antes de que vendiera su empresa.

–Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ti –dijo Agatha, pensando que Roy tenía el mismo aspecto poco saludable y débil de siempre.

No obstante, no había duda de que le iban bien las cosas. La mirada experta de Agatha reparó en que llevaba un traje de Armani.

–He estado muy ocupado, cariño. ¿Cómo va la vida por Villa-Muermo?

–Creía que te gustaba el campo. No paras de repetir la suerte que tengo.

–Una aberración pasajera. La gente sofisticada como yo languidecería en el campo.

–Estás de broma, claro.

–En absoluto. ¿A qué te dedicas ahora? ¿A montar fiestas de pueblo?

–No, a algo mucho más emocionante que eso –dijo Agatha, pero se acordó de que tenía que organizar el té para Ancombe y que más valía que volviera y llamara a una empresa de *catering*.

–¿Un asesinato?

Agatha quería alardear.

–Estoy persiguiendo a un chantajista.

–Cuéntame.

Y Agatha se lo contó.

Roy estaba intrigado.

–Te diré qué haré: este fin de semana iré a echarle una mano.

Él no se había molestado en llamarla desde hacía mucho, así que Agatha respondió con brusquedad:

–No. Este fin de semana estoy ocupada. Cuando llegó a casa, telefoneó a la peluquería y pidió cita para dos días después. El día siguiente era el concierto en Ancombe. Luego llamó a la principal empresa de *catering* de Mircester y encargó sándwiches, pastas y entremeses calientes para que se los entregaran por la mañana temprano. Agatha tenía la intención de llevar los bocados en persona y presentarlos como si los hubiera preparado ella.

A la mañana siguiente, traspasó todo lo que le había servido la empresa de *catering* a sus propias cajas, las metió en el maletero del coche y condujo hasta Ancombe.

Con la razonable excusa de que no podía asistir al concierto porque estaría demasiado ocupada preparando el té, se escabulló a un salón contiguo donde habían mandado a tres escolares para ayudarla a disponer las mesas y las sillas. El salón olía como todos los salones de iglesia: a polvo, a fragancias de descomposición rancia y a sudor. Aquel salón no solo lo utilizaban los Scouts, sino también los asistentes a una clase de aerobio.

Reconoció la voz de la señorita Simms alzándose en una estridente canción. Si se suponía que imitaba a Cher, debía de ser una Cher a la que estaban practicando una liposucción.

Agatha calentó unas bandejas de entremeses en el horno y repartió las pastas y los sándwiches en platos. Parecía todo un banquete.

Por fin oyó los compases de «God Save the Queen» –las damas de Ancombe eran tradicionalistas– cuando empezaron a cantarla. Siguieron los chirridos de las sillas y luego todas entraron en el salón, entre exclamaciones de alegría ante la exhibición desplegada ante ellas.

Pero la señora Darry no se hallaba entre las presentes. «Qué montón de dinero dilapido en mezquindades», pensó Agatha con una extraña punzada de remordimientos.

Tampoco había asistido la señora Friendly, así que ni siquiera podía proseguir con su investigación.

Al final de la celebración, se sentía cansada y sudorosa. La señora Bloxby se quedó para ayudar a Agatha a cargar y apilar bandejas de papel de aluminio vacías en su coche.

–Ha hecho que nos sintamos orgullosas, señora Raisin –dijo la señora Bloxby–. Si alguna vez piensa en volver a trabajar, podría ser una proveedora de *catering* profesional.

Agatha le lanzó una mirada penetrante y la esposa del vicario la miró con inocencia. Pero Agatha sabía que la había descubierto y se sintió como una tonta.

Por primera vez en su vida, empezaba a sentir que estar sola suponía un esfuerzo. No es que antes hubiera vivido con nadie, aparte de una breve temporada con James. Si viviera con alguien, charlaría con ella mientras se decidía en si lavar las bandejas o no. Después de que la empresa de *catering* hubiera pasado a recoger las suyas, se recordó que la principal ventaja de las bandejas de aluminio es que eran desechables, así que las tiró todas a una bolsa de basura.

Hacía un calor asfixiante. Salió al jardín. Había perdido todo interés por la jardinería y había contratado a un vecino del pueblo para que se encargara de él. La señora Simpson le limpiaba la casa. Era una pena que no pudiera contratar a alguien para que viviera con ella. El jardinero no tenía que pasarse hasta al cabo de dos días, y pese a las lluvias recientes, las flores empezaban a marchitarse con aquel calor.

Sacó la manguera con la intención de engancharla en el grifo, pero antes se sentó en una silla de jardín. La depresión contra la que llevaba combatiendo todo el día por fin se impuso y la inmovilizó.

Se quedó ahí sentada mientras el sol se ponía lentamente y los árboles del extremo del jardín proyectaban largas sombras sobre la hierba. Conseguir dinero y éxito había sido lo más importante, lo único importante en realidad para ella en su vida. Tener dinero significaba los mejores restaurantes, seguridad, la mejor atención médica en caso de caer enferma, y, al final de su vida, una buena residencia de ancianos donde cuidaran de verdad de los pacientes. Ahora se sentía como si la marea de su vida hubiera bajado, dejándola embarrancada en un banco de arena de dinero.

–No me hundiré por esto –murmuró para sí.

Sintiéndose vieja, se levantó de la silla, fue al jardín y sacó su bicicleta. A los pocos minutos, pedaleaba por los caminos de la campiña, rápida, como una poseída, corriendo para dejar tras de sí ese fracaso que había sido la Agatha del pasado.

Pedaleó mientras la oscuridad se cernía sobre el campo y se encendían las luces en las ventanas de los *cottages*. Cuando por fin dio la vuelta para regresar y se dejó llevar por la inercia colina abajo hacia Carsely bajo los túneles arqueados que formaban los árboles a ambos lados de la carretera, se sentía tranquila y exhausta.

Dejó que los gatos entraran desde el jardín, cerró la puerta y se preparó un sándwich de jamón, luego se dio una ducha, se acostó y se sumió en un sueño profundo.

Cuando se despertó por la mañana tenía agujetas y estaba dolorida por el ejercicio, pero lista para el día que tenía por delante. Metió la cajita de Asprey en su bolso y fue en coche a la peluquería. A ambos lados de Broadway alzó la mirada al cielo. Unos cirros se deslizaban por el azul del firmamento. El tiempo debía de estar a punto de cambiar.

Cuando entró en Evesham, el cielo empezaba a encapotarse. Para su alegría, había una plaza de aparcamiento legal justo delante de la peluquería.

Con una punzada de aprensión, abrió la puerta y entró. Con aire triunfal, la recepcionista la informó de que el señor Garry se encargaría de su peinado.

—¿Y quién demonios es el señor Garry? —le espetó Agatha—. Y deje de sonreír como una boba mientras me habla.

—El señor Garry es el ayudante de Mr. John —dijo la recepcionista, Josie.

Agatha estuvo a punto de cancelar la cita, pero se atisbó en uno de los muchos espejos del establecimiento. El pelo se le había quedado lacio y húmedo de sudor.

Yvette le lavó la cabeza y luego la dejó en manos del tal Garry, que resultó ser un joven que no paraba de hablar de los programas que había visto en televisión. Agatha interrumpió la chachara preguntando:

—¿Qué le pasa a Mr. John?

—Llamó para decir que no se encontraba bien. No especificó de qué se trababa.

—¿Vive en Evesham?

—Sí, en una de esas villas de Cheltenham Road.

El pelo de Agatha emergió tan lustroso y saludable como venía siendo habitual últimamente, pero no le satisfizo el peinado, a su juicio un tanto rígido. En circunstancias normales, se habría quejado y habría exigido que la volviera a peinar, pero estaba harta de perder el tiempo sentada en la peluquería. Mientras pagaba, vio un certificado enmarcado detrás del mostrador... Así que Mr. John se apellidaba Shawpart.

Fue a Correos, pidió una guía telefónica y solo encontró un Shawpart. Tomó nota del número de Cheltenham Road y, volviendo sobre sus pasos entre el tráfico, condujo en esa dirección. Al cruzar el puente sobre el río Avon, se fijó en que el agua era de un tono oscuro y verdoso y estaba en calma bajo el cielo encapotado.

Colina arriba, dejó atrás el garaje, el hospital y siguió hacia la circunvalación hasta que dio con la casa del peluquero, una villa moderna bastante grande. Aparcó delante, recorrió a pie el corto camino de entrada y llamó al timbre.

Siguió un prolongado silencio, interrumpido únicamente por el zumbido del tráfico que pasaba por la carretera a su espalda. El cielo estaba cada vez más oscuro. Entonces oyó el apenas perceptible sonido de unos pasos cansinos, como los de un anciano.

De repente, deseó no haber ido. La puerta se abrió con la cadena echada.
–Oh, es usted –dijo Mr. John–. Pase.

Quitó la cadena y se apartó. El recibidor estaba a oscuras. La condujo a un salón, encendió una lámpara y se dio la vuelta.

Agatha soltó un grito de exclamación. Tenía la cara ennegrecida por moretones.

–Pero ¿qué le ha pasado? –preguntó–. ¿Ha tenido un accidente de coche?

–Sí, anoche. Un joven borracho se me echó encima y me golpeé contra el parabrisas.

–¿No tenía airbag? ¿No llevaba puesto el cinturón de seguridad?

–Mi coche no tiene airbag. Y acababa de arrancar, así que aún no me había puesto el cinturón.

–¿Qué dijo la policía?

–No me molesté en denunciarlo. Me refiero a que ¿qué iban a hacer? No vi la matrícula del otro coche.

–¡Pero tiene que denunciarlo! El seguro...

–Oh, déjelo. No quiero hablar del asunto. ¿Qué quiere?

Agatha había planeado coquetear un poco, pero ante esa cara azulada y ennegrecida no sabía por dónde empezar.

–Me enteré de que se encontraba mal –dijo por fin–, y estaba preocupada.

–Muy amable por su parte. –Él se recompuso con visible esfuerzo–. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un té? ¿Algo más fuerte?

–No, no se moleste. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

–¿Por qué?

Agatha parpadeó.

–Solo por curiosidad. Tenga. –Rebuscó en su bolso–. No es más que un detalle que le he traído.

Le dio la cajita de Asprey. Él la abrió y miró fijamente los pesados gemelos de oro recostados en su pequeño lecho de terciopelo.

De repente su expresión y modales se transformaron.

–Son preciosos. Y tremendamente generoso por su parte. No sé qué decir.

Él se le acercó, se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

–Y ahora bebamos algo para celebrarlo. Por favor, insisto.

Salió y volvió al poco con una botella de champán y dos copas. Descorchó la botella con mano experta, llenó las dos copas y le ofreció una a Agatha.

Esta la levantó.

–Por la amistad –brindó.

–Oh, brindo por eso. Y, la verdad, sí que me hace falta un amigo.

Su voz sonó sincera por primera vez. «No sé si me habré equivocado con este hombre», pensó Agatha.

Él se sentó y sostuvo la copa en forma de tulipán en su esbelta mano.

–Me ha preguntado cuánto tiempo llevo viviendo aquí. Un año, más o menos. Había estado trabajando en Portsmouth y quería cambiar de escenario. En el *Hairdresser's Journal* vi que estaba en venta este negocio de Evesham. La primera vez que vine aquí, recorrí la ciudad curioseando. No parecía ni próspera ni sofisticada. Pero algo en la completa indolencia de Evesham me cautivó. Y supe que había muchos ricos en los pueblos de los alrededores. Bueno, el negocio fue bien casi desde el principio. Aunque ahora me estoy planteando un cambio de aires. Suelo impacientarme después de pasar un tiempo en el mismo sitio.

Agatha miró a su alrededor, el pesado mobiliario y el papel pintado oscuro decorado con mortecinas escenas de los Cotswolds, las típicas escenas acartonadas pintadas por artistas locales como si hubieran copiado meticulosamente unas fotografías.

–¿Compró la casa amueblada?

–No la compré, la alquilé, y sí, con los muebles. No es que sean de mi gusto. Y cuénteme, ¿cómo va su desordenada vida amorosa, Agatha?

Ella simuló el encogimiento de hombros propio de quien está de vuelta de todo.

–El numerito con Charles fue la gota que colmó el vaso. Y estoy harta de James. –Miró al suelo y deseó tener la capacidad de ruborizarse a su antojo–. Pero no dejo de pensar en usted.

–Yo también he estado pensando en usted –dijo él–. Podríamos formar un gran equipo.

Ella le miró, sorprendida.

Él dejó la copa en la mesa y se inclinó ligeramente hacia delante.

–Usted se preguntaba por qué no me mudé a Londres. Bueno, lo cierto es que me lo he estado planteando. Una de mis clientas me contó lo bien que lo organiza usted todo y su éxito como relaciones públicas. Oh, ya sé que usted me lo había contado, pero se me ocurrió más tarde. Dispongo de suficiente dinero ahorrado para alquilar un local en el centro de la ciudad, en Knightsbridge, Sloane Street, en algún sitio cerca de Harrods. Con mis habilidades como peluquero y las tuyas como relaciones públicas, podría convertirme en el nuevo Vidal Sassoon.

«Si estuviera segura de que no es un chantajista... –pensó Agatha con rapidez–. Pero, da igual, síguele la corriente.»

–¿Sabe qué le digo?, podría ser muy emocionante. Echo de menos Londres. Y me sacaría del lío en que me he metido por aquí. ¿Cuándo empezamos?

–Me llevará un tiempo atar todos los cabos sueltos en Evesham. Podríamos pensar en empezar el próximo año.

Él no parecía haberle dado ninguna importancia a la grabadora. Agatha se puso en pie.

–Tengo que irme. Lamento mucho lo de su accidente. ¿Cuándo volverá a trabajar?

–Dentro de un par de días.

–Pediré hora cuando sepa que está de vuelta.

Él la miró con atención.

–Garry le hizo eso, ¿me equivoco? –Ella asintió–. Ahí lo tiene, ese es el problema. Es muy difícil encontrar ayudantes con un mínimo de clase. Los peluqueros buenos nacen, no se hacen.

La acompañó hasta la puerta.

–Cuando vaya a la peluquería la próxima vez, quedaremos para cenar. – Le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí con fuerza–. Vamos a formar una sociedad espléndida. Se me da bien reunir dinero, así que los fondos no serán ningún problema.

–Yo tengo algún dinero. Podría ayudarle.

La abrazó con fuerza y le dio un beso apasionado.

–¿Qué he hecho yo en mi vida antes de conocerla? –preguntó con voz ronca.

«Vaya, vaya –pensó Agatha estremecida mientras se dirigía a su coche–. Tal vez estaba confundida de verdad con él. Este hombre es un bombón.»

Optó por volver a Evesham y comprar algo de comida por si Charles quería ir a casa a cenar. Estaba harta de comer fuera. La villa estaba en la esquina de una calle lateral.

Se metió en la callejuela para hacer un cambio de sentido en tres maniobras y volver a la ciudad. En ese momento reparó en el coche del peluquero estacionado a un lado de la casa, resplandeciente, sin una sola marca.

Estaba claro que no podía haberlo llevado a reparar en tan poco tiempo. ¿Le habría dado una paliza un marido celoso?, ¿o alguien al que había estado chantajeando?

Pero aquel beso aún ardía en los labios de Agatha y se dio cuenta de que se sentía inclinada a pensar que no había nada raro en aquel hombre, salvo, tal vez, que fuera un poco mujeriego.

Tras volver a la ciudad y entrar en un supermercado Tesco, empezó a sentir la primera oleada de emoción ante la idea de abrir un salón de belleza en Londres. Era una empresaria lo suficientemente astuta para garantizar que prosperaría. Y él tenía talento, mucho más que los peluqueros de Londres a los que Agatha había acudido. Ella tan solo había mencionado lo de invertir dinero en el negocio para que él mordiera el anzuelo y atenuar sus sospechas de que podría querer averiguar algo de él.

Pero ¿y si era sincero? Ella podría irse de Carsely y volver a llevar una vida emocionante y atareada. James regresaría y descubriría que se había marchado. Con trabajo que la mantuviera ocupada, no tendría tiempo para pensar en él.

Vagó por el supermercado preguntándose qué comprar para cenar. Entonces pensó que era una tontería gastar dinero en comida cara para alguien como Charles, que seguramente se contentaría con unas salchichas, huevos y patatas fritas.

Hizo cola y pagó la comida, sin dejar de pensar en el proyecto de la peluquería como posible vía de escape.

Solo cuando finalmente volvió a su *cottage* y empezó a sacar la comida de las bolsas Agatha recuperó el sentido común. Mr. John seguramente conquistaba a las mujeres mostrándose encantador con ellas. Y pese a todo..., pese a todo... Si él tenía motivos para sospechar que lo estaba investigando, ¿por qué iba a proponerle un negocio en el que estaría más cerca de él? No le había pedido dinero, había sido ella quien se lo había ofrecido. Telefoneó a Charles y le propuso que se pasara a cenar, que ya le pondría al corriente de todo cuando llegara.

La triste verdad es que Agatha se había hecho adicta a sentirse enamorada y estaba demasiado dispuesta a transferir ese amor a alguien, a cualquiera salvo a James Lacey.

Charles llegó en el preciso instante en que el primer restallido de un relámpago escindió el cielo.

–Esperemos que el tiempo cambie de una vez –dijo.

–¿Te importa si cenamos en la cocina? –preguntó Agatha.

–En absoluto. ¿Qué exquisiteces vas a calentar en el microondas para mí?

–Salchichas, huevos y patatas, todo frito.

–Estupendo. Y, ya puestos, también me gustarían unas tostadas.

–Muy bien. Prepárate algo de beber y tráeme un *gin-tonic* mientras cocino. Te lo contaré todo mientras cenamos.

Agatha se volvió hacia la cocina. Hubo otro ruidoso trueno y luego se quedaron sin luz.

–¡Joder! –le gritó a Charles, que estaba junto al carrito de las bebidas en el salón–. Encenderé unas velas. Vigila con tropezar.

Rebuscó en el cajón de la cocina las velas que tenía preparadas para afrontar los numerosos cortes de luz de Carsely. Charles entró con un candelabro que había cogido de la mesa del salón.

–Si estás bien, volveré y traeré las bebidas.

–Espera un momento. Tengo una linterna grande en el armario que hay debajo del fregadero.

Agatha la encontró y se la dio. Charles dejó sus velas con el resto en la mesa de la cocina y se fue con la linterna.

–Gracias a Dios que la cocina es de gas –murmuró Agatha.

Cuando la cena estuvo lista, se sentaron a cenar a la luz de las velas.

–Y, ahora, cuéntame –dijo Charles–. ¿Qué ha pasado?

Agatha le puso al corriente de su visita, la cara magullada del peluquero, la propuesta de negocio y que había descubierto su coche, sin un rasguño, a un lado de la casa.

–Así que parece como si alguien le hubiera dado una buena paliza. Pues muy bien –comentó Charles.

–Me pregunto si no estaremos equivocados... –dijo Agatha– con respecto al chantaje, me refiero. A lo mejor solo es un donjuán.

–Y uno con éxito, me atrevería a decir por la expresión de tus ojos. Agatha, va detrás de tu dinero.

–Se lo ofrecí yo. Él lo único que hizo fue proponerme un negocio.

–Que por supuesto a ti ni se te habrá pasado por la cabeza aceptar...

–Podría ser una buena idea. Seamos honestos, aquí, en Carsely, me estoy pudriendo.

–Cuando hablabas de tu vida en Londres, siempre me daba la impresión de que era allí donde te estabas pudriendo, y sin darte cuenta. Aquí tienes amigos. Siempre te pasan cosas.

–Podría probar por un tiempo. Ver cómo va. No vendería esto hasta estar segura.

–Aggie, veo que te ha pillado, oh, mi pobre y tonta viejecita.

Agatha hizo una mueca al oír lo de «viejecita», pero dijo a la defensiva:

–En cualquier caso, voy a seguirle la corriente. Es una buena forma de conocerlo mejor. Solo entonces estaré segura.

–Pues a mí me parece una vía muy peligrosa.

–¿Por qué? Si intenta chantajearme iré directa a la policía.

–Aggie, los chantajistas generan violencia. ¿Acaso has perdido el juicio?

Agatha había empezado a soñar con volver a trabajar en Londres. ¿Por qué no en Bond Street?

Empezar a lo grande. Una fiesta. Con todos los famosos. Casi olía ya la gasolina de los coches de Bond Street, el aroma del mostrador de perfumes de Fenwick's, los cuadros brillantes de las galerías de arte, las rutilantes joyas del escaparate de Asprey.

Y tal vez, solo tal vez, si volvía a besarla como esa tarde, la imagen de James se desvanecería y se apagaría por completo.

–Si no quieres saber nada más... –empezó a decir en un tono malhumorado.

–Oh, sí quiero. Tengo la sensación de que pronto vas a necesitar mi ayuda. Escucha la tormenta, Aggie. Esta noche no me mandarás de vuelta a casa, ¿verdad que no?

–Puedes quedarte a dormir aquí..., en el cuarto de invitados.

Sonó el teléfono. Agatha lo cogió en la extensión de la cocina. Era Mr. John, con voz cálida y de preocupación.

–Solo quería saber si estaba bien.

–Esta tormenta es espantosa. Han caído árboles por todas partes. ¿Tiene electricidad?

–No, pero tengo cocina de gas y velas.

–Estoy muy emocionado con nuestro proyecto y me gustaría que habláramos un poco más sobre ello. ¿Por qué no se pasa por aquí mañana por la tarde, a eso de las tres?

–Claro, me gustaría. ¡Quita!

Charles se había acercado sigilosamente por detrás y la había besado en la nuca.

–¿Qué pasa? –preguntó el peluquero con voz cortante–. ¿Quién está ahí?

–Nadie –dijo Agatha–. Un mosquito. Le veo mañana, adiós.

Se volvió para encarar a Charles.

–¿Por qué has hecho eso? Era John.

–Eso supuse. Estás pisando arenas movedizas, Aggie.

–No es verdad –se quejó irritada. Sacó una tarta de manzana de Sara Lee del congelador y la puso en el horno–. Tendría que haberla metido antes –dijo–. Sentémonos y tranquilicémonos.

Cuando entraban en el salón, volvieron a encenderse las luces.

–Estupendo –dijo Charles–, podemos ver la tele.

La encendió y fue pasando canales hasta que dio con una reposición de *Canción triste de Hill Street* y se acomodó encantado de verla.

–Ni siquiera me has preguntado si quería ver eso –le azuzó Agatha enfadada–. Y es mi televisor.

–Chiss.

Así que vieron *Canción triste de Hill Street* y luego emitieron una película de Barbra Streisand, y Charles era un fan de Barbra Streisand. Mientras él veía la película, Agatha dejó que los sueños de una nueva vida pulularan por su cerebro como las volutas de humo que empezaban a salir por debajo de la puerta. Se había olvidado de la tarta de manzana y solo cuando el humo empezó a alzarse entre ellos y el televisor se percató de lo que había pasado y soltó un chillido de alarma. Corrió a la cocina, apagó el horno y abrió puertas y ventanas. Entró un aire agradablemente fresco. Salió al jardín. Había dejado de llover y una luna un tanto fría se deslizaba entre las nubes irregulares. Se quedó respirando el aire fresco hasta que el humo se disipó en la cocina. Cuando la sacó del horno, la tarta no era más que una masa ennegrecida. La tiró a la basura y empezó a limpiar con esmero todas las superficies de la cocina.

Cuando acabó de limpiar, la película había terminado y Charles estaba viendo *Star Trek. La nueva generación*, uno de los primeros episodios a juzgar por el aspecto lampiño y la cara infantil del comandante Riker.

–Charles –dijo irritada–. Es tarde y ha dejado de llover. Puedes irte a casa.

–En casa no tengo Sky Television y no he visto este episodio.

–A casa, Charles.

Se marchó refunfuñando.

–Te telefonaré mañana –dijo–. Pero no te mereces mi interés.

El día siguiente refrescó y los vecinos de Carsely, como el resto de los habitantes de las Islas británicas, que habían estado despotricando durante semanas del calor, empezaron a despotricar del frío.

Agatha se vistió con esmero, con un traje entallado y una blusa de seda, y se dirigió a Evesham. Sus sueños del día anterior se habían desvanecido y así habrían seguido si John no la hubiera cogido inmediatamente en sus brazos en cuanto llegó y no le hubiera dado otro de sus cálidos y apasionados besos en la boca.

Sintió que las piernas le flaqueaban al sentarse. Las magulladuras de John parecían atenuarse rápidamente y sus ojos eran tan azules, tan intensamente azules, como antes.

–¿Has pensado en mi propuesta de negocio? –preguntó.

Agatha exhibió su músculo como relaciones públicas. Describió cómo creía que debían ir a lo grande desde el primer momento, abrir un local en Bond Street, por ejemplo. Esbozó cómo se encargaría de despertar el interés para que apareciera en el mayor número de periódicos posible.

–¿Y sabes cómo lo llamaremos?

–Había pensado en Mr. John's.

–No, lo llamaremos El Mago de Evesham.

Él la miró pensativo y empezó a reírse.

–Me gusta. Es pegadizo. Me gusta mucho.

Se pasaron la tarde hablando sin parar. Luego él pidió comida china. Antes de cenar, abrió un frasco de pastillas y se echó dos a la boca.

–¿Son tus medicamentos? –preguntó Agatha.

–No, vitaminas, Lifex, un compuesto multivitamínico. Le tengo una fe absoluta. Me lo guardan en la tienda. Deberías probarlo.

Agatha cogió el frasco, lo agitó y sacó una pastilla.

–No se me da muy bien lo de tragar píldoras –dijo mirando la voluminosa cápsula de gelatina marrón que tenía en la mano–. Me atragantaría con algo de este tamaño. ¿Para qué te sirven?

–Me dan mucha energía. Ahora cenemos.

Siguieron hablando sin parar mientras comían, intercambiando ideas para su nueva empresa. Finalmente, y un poco a regañadientes, Agatha dijo que tenía que irse a casa.

Si le hubiera pedido que se quedara, Agatha seguramente habría sucumbido, pero él se limitó a abrazarla al despedirse y, una vez más, consiguió que sus sentidos giraran vertiginosos con uno de aquellos besos, llevando el lado irremediablemente romántico de Agatha al punto de ebullición.

Mientras conducía de vuelta a casa, ebria de ensoñaciones, llegó a la conclusión de que todas las sospechas que albergaba sobre él habían sido infundadas. Después de todo, ¿en qué se basaban? Una mujer de pueblo asustada que probablemente se había encaprichado de él, y que seguramente le había escrito una insulsa carta de amor o algo parecido, que su malhumorado marido había descubierto.

Tenía un mensaje de Charles en su buzón de llamadas, pero no le apetecía hablar con él, no quería que nadie reventara la burbuja rosa en la que ahora mismo flotaba. Mr. John –no, John a secas, tenía que dejar de llamarlo con ese estúpido nombre de peluquero– había dicho que se había tomado la libertad de hacerle un hueco para el día siguiente. Así que no tardaría en volver a verlo.

Una Agatha enamorada era sinónimo de una mujer que no sabía qué ponerse. Aunque empezó a prepararse temprano al día siguiente, al final tuvo que salir de prisa y corriendo, con una chaqueta por encima de un suéter y una falda, tras descartar conjuntos más elegantes para no dar la impresión de que se había esforzado demasiado en mejorar su aspecto.

Tendría que llevar a John a un buen decorador de interiores, pensó mirando alrededor del salón como si fuera su propietaria, y no tendría una recepcionista como la espantosa Josie, aunque tampoco una demasiado glamurosa.

Le lavaron la cabeza y con una sensación titubeante de expectación la llevaron ante John.

–Agatha –la saludó dedicándole una cálida sonrisa. La agarró por los hombros y la asió con fuerza.

Ella contempló, asombrada, el reflejo de él en el espejo. Por debajo de los moretones, su cara tenía un enfermizo tono rojizo.

–Discúlpame –murmuró él, que corrió al lavabo.

En la pletina sonaba una selección de pop de los años sesenta. Los Beatles cantaban «She’s Got a Ticket to Ride», llenando el salón de ruido. Al término de la canción, Agatha y el resto de las clientas y empleados pudieron oír el sonido de arcadas que procedía del lavabo.

Agatha se acercó, llamó a la puerta y dijo:

–¿Qué ocurre?

Otra sucesión de desagradables arcadas fue la respuesta. Entonces llegó Garry, el ayudante.

–Parece que no se encuentra nada bien –dijo Agatha, que intentó abrir el pomo de la puerta.

–¡John! ¡John! Déjame entrar.

Se oyó un gruñido desgarrador por toda respuesta. Y luego ruidos de objetos al romperse.

–¡Echa la puerta abajo! –le gritó ella a Garry.

El delgado Garry se lanzó contra la puerta, pero solo consiguió lastimarse el hombro.

Se acercaron las demás clientas. Agatha se fijó en que Maggie estaba entre ellas.

–Dadme un destornillador o un cincel –apremió Agatha–. ¡Deprisa! Josie, llama a una ambulancia.

Garry fue al interior del salón y volvió con una caja de herramientas. Agatha cogió un cincel, lo metió en la jamba de la puerta junto a la cerradura e hizo palanca. Se escuchó un ruido de madera astillada y crujidos cuando la

endeble cerradura cedió.

John yacía en el suelo, inmóvil, con la mirada fija en el techo. Tenía los ojos grises. Dios, incluso los ojos le habían cambiado de color, pensó Agatha presa de los nervios.

Se arrodilló, le buscó el pulso y apenas encontró un débil palpar. A lo lejos oyó el ulular de la sirena de la ambulancia. Gracias a Dios, el hospital quedaba cerca.

El olor le produjo náuseas. Había vómito por todas partes.

–¡La ambulancia está aquí! –gritó Josie.

Todos salvo Agatha corrieron a la puerta. Ella miró con impotencia a John, deseando saber cómo aplicar los primeros auxilios. Entonces vio que las llaves de John se le habían caído del bolsillo. Las recogió y se las metió en un bolsillo de la falda.

Entraron los paramédicos y pidieron a todo el mundo que se apartara. Tras lo que a Agatha le pareció una interminable espera, por fin lo trasladaron a la ambulancia, con un gotero en el brazo y una máscara de oxígeno cubriéndole la cara.

Llegó la policía y tomó notas.

–Por la pinta, parece una intoxicación alimentaria –dijo uno.

–¿Ya puedo irme a casa? –preguntó Maggie, que se había quedado lívida–. Estoy conmocionada.

–Supongo que sí –dijo un agente–. Pero antes tomaremos nota de sus nombres y direcciones, luego podrán irse.

Hubo exclamaciones de consternación de algunas de las clientas que, aunque estaban a medio teñir y con los rulos de la permanente, querían salir de allí lo antes posible. Maggie se sentó y se echó a llorar.

Agatha sentía que las llaves le quemaban en el bolsillo. ¿Por qué las había cogido?

«Porque –discurrió su mente agudizada por el miedo–, tal vez sí es un chantajista, tal vez he sido tan tonta como me cree Charles.» Si fuera un chantajista, es muy posible que tuviera en su casa algo contra la señora Friendly. La pobre señora Friendly. ¿Por qué tenía que sufrir más? Agatha no

se daba cuenta de que se había convertido en una genuina mujer de pueblo: aunque la señora Friendly no fuera más que una conocida, sentía que debía protegerla, aunque eso implicara infringir la ley.

Le dio su nombre y dirección a uno de los policías. Tenía el pelo todavía húmedo, pero no le importaba. Quería averiguar qué había en aquella casa y luego volvería con alguna excusa al salón y escondería las llaves en algún rincón. Además, cuando John se recuperase de la intoxicación alimentaria, que era lo que al parecer había sufrido, ella ya sabría con seguridad si era un villano o sencillamente un peluquero muy bueno sin nada siniestro que debiera preocuparla. Le vino a la cabeza la idea de un asesinato. ¿Podría tratarse de un intento de asesinato? La policía no registraría su casa si finalmente solo era un caso de intoxicación alimentaria.

Oh, sí, pensó repentinamente. Querrían revisarlo todo para averiguar qué había comido. ¡La comida china! Esperaba que no fuera eso. Pero él había manifestado los síntomas de intoxicación antes de comer y, si hubiera sido eso, también ella se habría encontrado mal.

Sintiéndose desnuda y expuesta, aparcó en una de las calles de detrás de Cheltenham Road y se encaminó a la villa. Los vecinos podían estar mirando y, aunque no la vieran, siempre podrían recordar el modelo y la matrícula de un automóvil aparcado delante de la vivienda. El día era oscuro y tranquilo. Mientras se aproximaba con cautela a la villa por una calle lateral, no dejaba de mirar con nerviosismo a derecha e izquierda, pero no vio ninguna cara que la observara desde una ventana y tampoco había nadie trabajando en los jardines.

Tras ponerse un par de guantes y probar con varias llaves, dio con la correcta y entró.

¿Cuántos ojos la habrían estado mirando desde la casa de enfrente? Siempre podía decir que él le había dado las llaves antes de sufrir el ataque. Oh, Dios, el personal afirmaría que eso no era cierto. Pero como ya estaba ahí, más valía que acabara de una vez.

Caminó por las habitaciones silenciosas, oscuras y recargadas de muebles. No vio ninguna mesa de trabajo ni archivadores. Se dirigió a la planta de arriba. Vio dos dormitorios sin signos de que los hubieran ocupado

recientemente y luego un gran dormitorio doble, que obviamente era el suyo. Registró la mesita de noche y luego los bolsillos de las chaquetas en el armario.

Reacia a abandonar la búsqueda, volvió a bajar despacio. Y entonces, al final de la escalera, vio una puerta que antes se le había pasado por alto. Estaba cerrada con un candado. ¿Daba a un sótano?

Probó todas las llaves hasta que dio con la buena. Los truenos resonaban a lo lejos.

Encendió la luz al otro lado de la puerta y bajó unos empinados escalones hasta el sótano. Estaba alargando la mano hacia el interruptor para iluminar el sótano cuando oyó un ruido por encima de la cabeza. Apagó la luz de la escalera y se quedó a oscuras, jadeando como un animal perseguido. Debía de haber llegado la policía.

Agatha llevaba una pequeña linterna en el bolso. ¡Si hubiera otra salida por el sótano! Su corazón ralentizó su ritmo desbocado. Ladeó la cabeza y escuchó con atención. Oía ruidos furtivos arriba. Frunció el ceño. Sin duda, la policía haría más ruido. Entonces le llegó un siniestro sonido de borboteo. Había cerrado la puerta de entrada al sótano tras de sí al bajar, pero el candado había quedado colgando y suelto al otro lado de la puerta.

Entonces hubo un tremendo siseo y oyó cerrarse la puerta de la calle.

En una horrorosa fracción de segundo supo lo que había pasado. ¡Alguien había prendido fuego a la casa!

Encendió la luz del sótano. Un espacio polvoriento con máquinas de gimnasia y pesas, y una mesa en un rincón, una mesa que estaba bajo una ventana sucia.

Más tarde, Agatha llegaría a la conclusión de que una detective con un temple más frío habría recogido los documentos que hubiera en aquella mesa, pero en aquel momento ella no podía pensar en otra cosa que en el horror de morir abrasada.

Se subió a la mesa y tiró de la ventana. Estaba firmemente cerrada. Se bajó, levantó una de las pesas más grandes y la arrojó contra el cristal, que se resquebrajó dejando un agujero mellado. Rompió los restos de cristal alrededor del orificio y, con las manos enguantadas, se alzó y salió a un trecho de tierra cubierto de malas hierbas que se extendía por fuera.

Se encontraba en el jardín lateral de la casa, entre el edificio y el garaje.

Se agazapó a gatas tras un arbusto. ¿Cómo iba a salir de allí sin que nadie la viera? Sacó las llaves del bolsillo y las arrojó dentro a través de la ventana rota.

En el cielo restalló un fragoroso trueno y empezó a llover con tanta fuerza que el agua ocultaba las casas de alrededor.

Una mujer pasó corriendo por la calle. Agatha tenía una excusa por si la veían correr.

Se apresuró por el torrente de agua sin detenerse hasta llegar a su coche.

Jadeando y sollozando de miedo, se alejó de allí. Estuvo a punto de chocar con otro coche en el Polígono Industrial Four Pools y entonces se dio cuenta de que no había puesto en marcha el limpiaparabrisas.

Giró para entrar en la circunvalación y, ya más despacio, se dirigió a casa, pasando por Broadway, subió Fish Hill y continuó por la escarpadura de la carretera de Chipping Camden, hasta que giró a la izquierda y atravesó las arcadas de árboles que llevaban a Carsely.

Entró en su casa cuando la lluvia empezaba a remitir. Cerró la puerta de golpe tras de sí, se dejó caer en el suelo del recibidor y apoyó el teléfono en el regazo. Llamó a Charles y dijo con voz temblorosa:

–Ven. Ha pasado algo espantoso.

Se dio cuenta de que todavía llevaba los guantes puestos. Se los quitó y los llevó al salón. Echó un paquete entero de pastillas de encendido en la chimenea, luego un manojo de leña para prender y lo encendió. Cuando las llamas subían crepitando por la chimenea, arrojó los guantes al fuego. ¡Los zapatos! Si quedaba algo en pie de la casa, la policía examinaría las alfombras y descubriría sus huellas. Se los quitó y los arrojó también al fuego y luego se sentó ante las llamas, abrazándose y balanceándose.

Cuando llamaron al timbre, respiró aliviada y fue a abrir. Ahí estaba Charles, tan pulcro e inmaculado como siempre. Agatha se dejó caer en sus brazos y se echó a llorar.

–A ver, a ver –dijo él, empujándola dentro–, ¿qué has hecho? ¿Qué huele tan mal? ¿Has estado quemando botas viejas?

La llevó al salón.

–Siéntate. Serviré un brandi. Hueles a humo y a no sé qué mas y estás empapada.

Sirvió dos brandis y le ofreció uno a Agatha.

–Ahora bebe y cuéntale al tío Charlie qué ha pasado. ¿Te ha violado? No, en ese caso estarías sonriendo.

–¡No seas bestia! ¿Eres uno de esos que cree que a las mujeres les gusta que las violen?

–Ay, Dios, pobrecita. Así que te ha violado. Mira, Agatha, ya no vivimos en la Edad Media. Ahora mismo llamamos a la policía y...

–¡NO ME HA VIOLADO! –chilló Agatha.

–Bueno, entonces ¿qué ha pasado?

–Siéntate y escucha. Te lo contaré. No puedo creerme que haya sido tan estúpida.

Charles era todo oídos mientras Agatha le contaba el ataque que había sufrido John, cómo ella le había robado las llaves y que alguien había incendiado la casa.

–Dios, pues es verdad, eres idiota, Aggie –comentó–. Es probable que te viera alguien. Podría haberte salido bien si no le hubieran prendido fuego a la casa. Policía, forenses, expertos de la compañía de seguros. Dios, rastrearán lo que haya quedado hasta el último centímetro.

–¿Qué voy a hacer? –lloriqueó Agatha.

–Rezar.

–Hablo en serio, ¿qué voy a hacer?

–Bueno, si él estaba tan enfermo que sufrió un ataque y luego alguien incendió su casa, no sé, me da la impresión de que han intentado matarlo. Como lo llevaron al hospital, seguramente se pondrá bien, y, cuando se recupere tal vez le cuente a la policía quién cree que lo hizo.

–Ahora eres tú el estúpido –dijo Agatha–. Si es un chantajista, no querrá dar a la policía el nombre de ningún sospechoso por si a alguna de sus víctimas le da por irse de la lengua y contarlo todo.

–Ya sé, podríamos visitarlo, o, mejor, tú podrías visitarle y decirle que te llevaste sus llaves. Pídele perdón.

–Pensaré que he prendido fuego a la casa.

–Seguramente ya sabe quién lo hizo.

–Pero ¿y si no es un chantajista, y si solo es un ingenuo mujeriego?

–Tengo el presentimiento de que ese hombre es un delincuente. Creo que deberíamos ir al hospital a hacerle una visita.

Cuando llegaron al hospital de Evesham, se enteraron de que lo habían trasladado al Hospital General de Mircester.

–Bueno, pues iremos hasta allí –propuso Charles.

Hicieron el trayecto en silencio.

–¿Cómo se apellida? –preguntó Charles cuando aparcó delante del hospital.

–Shawpart.

–Bien, manos a la obra.

Se apearon del coche.

–Oh, Aggie.

–¿Qué?

–Somos unos estúpidos. Has estado en su casa en dos ocasiones, con toda normalidad, así que eso bastará para explicar todas las huellas dactilares y de pisadas o el pelo que puedan encontrar. Además, la policía no tiene tus huellas.

–Me las tomaron en casos anteriores.

–Aun así, si lo piensas con detenimiento, la situación no es tan mala como crees. Si encuentran las llaves, creerán que el pirómano las dejó allí. Espera, aun así hay algo raro en todo este asunto.

–¿El qué?

–Oíste entrar a alguien. Pero no escuchaste forzar la entrada.

Agatha lo miró asombrada.

–Es verdad.

–Así que, a no ser que te viera alguno de los vecinos, no deberían relacionarte con lo sucedido de ningún modo. Y si se trata de una intoxicación alimentaria, no habrá escándalo alguno. Probablemente ya lo hayan dejado incorporarse en la cama, y se esté poniendo las lentillas.

–No sabía que llevara lentillas.

–Aggie, esos ojos de un azul tan poco natural...

–Así que esa es la razón de que cuando lo encontré desplomado en el lavabo sus ojos se hubieran vuelto grises.

–Eso es. –Charles la cogió del brazo–. Estoy a un paso de ser mejor detective que tú.

CUATRO

Entraron juntos en el hospital y se dirigieron al mostrador de recepción.

–Quisiéramos ver a John Shawpart –dijo Charles.

La recepcionista comprobó los registros.

–Está en la unidad de cuidados intensivos. ¿Son familiares suyos?

–Soy su hermana –respondió Agatha, y Charles refunfunó para sus adentros.

–Diríjase a la planta de cuidados intensivos y pregunte allí.

–¿Cómo se te ha ocurrido decir eso? –le espetó en voz baja Charles cuando se alejaban de la recepción.

–No pienso salir de aquí sin saber qué le ha pasado.

Había una enfermera sentada a una mesa delante de la unidad de cuidados intensivos.

–Hemos venido a ver al señor Shawpart –dijo Agatha.

–¿Y usted es...?

–Su hermana.

–Pero ¿la policía no le ha informado de que...? No sabe cuánto lo siento. El señor Shawpart murió hace dos horas. Envenenado. No obstante, hasta que no se le practique la autopsia no se sabrá la causa real de la muerte.

–Se lo agradezco –contestó Agatha agarrándose al brazo de Charles y dándose la vuelta para marcharse.

–Aguarden un momento –dijo la enfermera en tono cortante–. Tienen que darme sus nombres.

–Estoy conmocionada –farfulló Agatha y se escabulló con Charles.

Cuando estuvieron fuera, él la reconvino:

–Pareces empeñada en meterte en líos. Le darán una descripción tuya a la policía.

–No te preocupes por eso. Alguien tuvo que envenenarlo.

–Podría tratarse de una intoxicación alimentaria. La gente muere de cosas así. Tal vez padecía del corazón. Tendremos que esperar a conocer los resultados.

–Pasemos en coche por delante de su casa a ver cuánto ha quedado en pie –propuso Agatha.

–Empiezo a estar harto de todo este asunto –gruñó Charles–. De acuerdo, vamos.

Agatha se acomodó en el asiento del pasajero, sin dejar de pensar en lo sucedido mientras él conducía. Recordó las palabras de James en Chipre cuando le dijo que ella solo resolvía los casos cometiendo un error tras otro hasta que el asesino se traicionaba, y eso le había dolido. Tal vez tenía razón. Pero no podía ser un asesinato, no debía serlo.

Cuando llegaron a Cheltenham Road en Evesham, vieron la cinta de la policía que acordonaba la estructura ennegrecida del edificio. Pasaron despacio por delante. Un policía de guardia miró al coche con suspicacia y Charles aceleró.

–No ha quedado gran cosa en pie –dijo–. Ese ruido que oíste, el borboteo, debía de ser gasolina.

–Eso parece –coincidió Agatha con tono cansino.

–Arriba ese ánimo, Aggie. Apenas habrán quedado huellas.

–Ni de a quién chantajeaba, si es que chantajeaba a alguien.

–Lo único que podemos hacer es esperar y ver.

Agatha esperó durante todo el día siguiente, pero no se presentó ningún policía. Al final del segundo día, cuando ya empezaba a relajarse y a pensar que se había tratado de un simple caso de intoxicación alimentaria, la sobresaltó una llamada a la puerta.

Abrió. El sargento Bill Wong la saludó con una expresión de seriedad en su rostro redondeado. Le acompañaba una mujer policía.

–¿Le importa si entramos, señora Raisin?

Señora Raisin, no Agatha.

Agatha dio un paso atrás y los dejó pasar.

–Me alegro de verte, Bill –dijo ella despreocupadamente–. Prepararé unos cafés.

–Nada de café. Venimos por trabajo.

Los condujo hasta el salón. Se sentaron en un sofá, uno junto al otro. Agatha se apresuró a poner la pantalla antichispas delante de los restos chamuscados en la rejilla de la chimenea, que se había olvidado de limpiar.

Se sentó nerviosa en una silla ante ellos.

–¿Conocía al señor John Shawpart? –preguntó Bill.

–Sí, era mi peluquero.

–¿No tenía otro tipo de relación más íntima aparte de esa?

–Sí, éramos amigos. Comimos un par de veces juntos.

Los ojos de Bill la miraban con severidad.

–Empecemos por el principio. Hemos revisado su agenda, y usted estaba presente cuando él empezó a sentirse indispuerto.

–Sí.

–Y una mujer que se ajusta a su descripción se presentó en el pabellón de cuidados intensivos del Hospital General de Mircester, afirmando ser su hermana.

Agatha se planteó por un instante la posibilidad de mentir, pero optó por no hacerlo.

–Sí, lo admito. Quería averiguar qué había pasado. ¿Por qué llevas este caso, Bill? Creía que estaba a cargo del Departamento de Investigación Criminal de Worcester.

–Nos han pedido colaboración y, como usted vive en Gloucestershire, debo interrogarla. Puede haberse metido en un buen lío por simular ser un miembro de la familia.

–¿Qué ocurre? –preguntó Agatha con el rostro cada vez más enrojecido de rabia–. ¿Cuál es la causa de la muerte? Creía que se trataba de una intoxicación alimentaria.

–Ricina.

–¿Y eso qué es?

–Un veneno que se extrae de las semillas del ricino. John Shawpart fue asesinado. Y si no contáramos con un patólogo experto que había realizado un estudio del envenenamiento con ricina, aún seguiríamos buscando. Así

que póngase cómoda y cuéntenos todo lo que sepa.

Agatha decidió contar la mayor parte de la verdad, pero omitió que se hallaba en la vivienda cuando la habían incendiado.

–Pues el caso es que –dijo– me llegó el rumor de que era un chantajista y quise conocerle mejor y averiguarlo por mí misma.

–¿Y qué le hizo pensar que era un chantajista?

–Un presentimiento. Las clientas hablaban mucho con él en la peluquería sobre sus vidas privadas y lo vi con un par de mujeres; las dos parecían angustiadas y asustadas.

–¿Nombres?

Agatha pensó con rapidez. No podía delatar a la señora Friendly después de haber hecho tanto por protegerla.

–Reconocí a una de ellas de la peluquería. Creo que se llama Maggie. Allí todas se conocen por sus nombres de pila.

–¿Descripción?

–Pelo castaño, aspecto ordinario, ojos saltones. Estaba allí la primera vez que fui. Se quejaba de que su marido no la entendía o algo parecido, y luego, cuando iba de paseo por el río con un amigo, la vi sentada con John en la terraza de la tetería que hay delante del puente. Parecía inquieta.

–Eso sigue sin explicar por qué cree usted que era un chantajista o, si pensaba que lo era, por qué decidió montar un negocio con él.

Agatha se ruborizó.

–¿Cómo lo sabes?

–Se lo explicó a su ayudante Garry.

–Le seguía la corriente para sonsacarle. Quería que se delatara.

–Eso tampoco explica qué le hizo llegar a la conclusión de que era un chantajista.

–Fue una intuición –dijo Agatha a la desesperada–. Mira, una noche estaba cenando con él en un restaurante y, cuando nos íbamos, una mujer le miró fijamente y su cara se transformó en una máscara de pánico.

–¿Qué mujer?

–No sé quién era –mintió Agatha.

–Descripción.

–Pequeña, con aspecto de comadreja, pelo negro, gafas –contestó Agatha angustiada.

–Humm... ¿Y quién era el hombre que la acompañaba en el hospital?

–Charles. Sir Charles Fraith.

Bill sacó un móvil.

–¿Número de teléfono?

–No me acuerdo de memoria.

–Entonces tráigame la guía telefónica.

Agatha quería hablar con Charles antes de que Bill se pusiera en contacto con él. Fue al recibidor y cogió la guía. La puerta estaba abierta. Tiró la guía por encima del seto y regresó a la estancia.

–No la encuentro.

Bill la miró con cinismo. Marcó el número de consultas telefónicas, consiguió el número de Charles y llamó mientras Agatha suplicaba para sí que el baronet no estuviera en casa. Pero el alma se le cayó a los pies cuando escuchó decir a Bill:

–Sir Charles, estamos con la señora Raisin. Me preguntaba si sería tan amable de venir. Nos gustaría hacerle unas preguntas. Muy bien. Hasta ahora.

Se oyeron unos arañazos de pezuñas y la señora Darry entró en el salón. En una mano agarraba una guía telefónica.

–Señora Raisin –dijo–, si quiere deshacerse de su guía, debería tirarla al cubo de la basura.

–No sé de qué me habla –respondió Agatha.

–Casi le da a mi perrito. La tiró por encima del seto.

Agatha le arrebató la guía de las manos.

–¿Le importaría irse? Estoy ocupada.

Los ojos de la señora Darry centellearon con curiosidad.

Bill se levantó y dijo:

–Sí, esto es un asunto privado, así que, si no le importa...

La señora Darry se fue, y al darse la vuelta, sus hombros delgados parecieron irradiar curiosidad frustrada.

–Bien, volvamos al día que John Shawpart fue asesinado –prosiguió Bill–. Háblenos de él.

Momentáneamente aliviada por dejar a un lado la cuestión del chantaje, Agatha describió el mal aspecto que tenía el peluquero, que había ido al baño, que ella y todos los presentes en el local habían oído las espantosas arcadas, y ella había cogido la caja de herramientas y roto la cerradura de la puerta del lavabo y había encontrado al hombre desplomado en el suelo.

–Pensé que se trataba de una intoxicación alimentaria –dijo–. ¿Cómo iba a imaginar otra cosa? La noche anterior habíamos cenado chino en su casa...

–Así que estuvo con él la noche anterior a su muerte. ¿Sabe cómo se hizo las magulladuras de la cara?

–Oh, eso... En la peluquería me dijeron que se encontraba mal, así que busqué su dirección y fui a su casa para hacerle una visita. Me conmocionó el estado de su cara. Me dijo que había sufrido un accidente de coche, pero que no se había molestado en presentar una denuncia. Dijo que no llevaba el cinturón puesto y que se había golpeado contra el parabrisas, pero al salir de su casa reparé en que su vehículo, que estaba estacionado a un lado de la casa, no tenía ni un rasguño, así que pensé que tal vez algún marido celoso le habría dado una paliza.

–¿Y qué le llevó a pensar algo así?

–Bueno, al verlo con aquella clienta, Maggie, y luego la forma en que me abordó. Supongo que tenía la costumbre de seducir a mujeres.

–¿Sabe que su casa se incendió el día del asesinato?

–Sí, alguien me lo comentó –mintió Agatha–. No recuerdo quién.

–Fue un incendio intencionado. Alguien echó gasolina por toda la vivienda y le prendió fuego.

–¿Hay testigos?

–La mayoría de la gente que vive en las villas de alrededor trabaja, por desgracia, y los pocos que en ese momento estaban en sus casas no vieron nada.

Agatha contuvo el suspiro de alivio que había estado a punto de escapársele.

Bill la miró fijamente.

–¿Tuvo algo que ver con el incendio o sabe algo más al respecto?

«Cuántas mentiras», pensó Agatha un poco harta.

–No –dijo.

–Dejaremos eso por el momento. Volvamos a lo que sucedió en la peluquería.

Agatha describió de nuevo con detalle cuanto había sucedido. Luego oyó un coche que frenaba. ¡Charles! ¿Qué les contaría?

Charles entró como si no pasara nada.

–¿Qué hay, Bill? ¿Qué tenemos aquí?, ¿un tercer grado?

–Siéntese, sir Charles.

–Visita formal, ¿eh? Muy bien, entonces debe de tratarse de ese maldito peluquero. Lo asesinaron, ¿no?

–Sí.

–¿Cómo?

–Envenenamiento con ricina.

–¿Ricina? Sí que es exótico. Con eso mataron a aquel desertor búlgaro que trabajaba para la BBC en Londres en los años setenta. Markov, se llamaba. Carne de novela de espías, Aggie. Le pincharon en la pierna con un paraguas y así le inyectaron la ricina en la pierna. Eh, recuerdo que explicaron que la ricina es una sustancia casi imposible de detectar y que no había antídoto. ¿Cómo la han encontrado?

–Casualmente, el patólogo estaba fascinado con el caso de Markov y había leído todo lo que se había publicado en medicina al respecto. La diminuta esfera, de solo 1,77 milímetros de diámetro, que había sido perforada con dos orificios casi invisibles de 0,35 milímetros para introducir la ricina, se conserva actualmente en el Black Museum de Scotland Yard.

–¿Fue eso lo que le hicieron al peluquero?

–No, parece que ingirió la ricina. Había restos de gelatina. Creemos que pudieron inoculársela en algún tipo de píldoras.

–Lifex –dijo Agatha de repente.

–¿Qué es eso? –preguntó Bill.

–Píldoras de vitaminas. Me enseñó un frasco. Dijo que eran unos comprimidos multivitamínicos y que guardaba otro frasco en el salón. Eran grandes y estaban recubiertas de gelatina.

–Bien, ahora sí que parece que tenemos algo –dijo Bill con entusiasmo–. Llamaré para informar.

Fue al recibidor con su teléfono móvil. Agatha se moría de ganas de advertir a Charles de que no hablara demasiado, pero la mujer policía, corpulenta e impasible, se quedó sentada mirándolos como si ambos pertenecieran a una rara especie animal.

Bill volvió y se sentó.

–A la vista de lo que usted sabe, el inspector John Brudge de Worcester vendrá a interrogarla también.

Agatha refunfuñó.

–Ya te he contado todo lo que sé.

Bill no le hizo caso y se centró en Charles.

–Veamos, sir Charles, ¿qué pinta usted en todo esto? ¿También tenía la impresión de que John Shawpart era un chantajista?

–La idea me la dio Aggie, aquí presente. Y me pareció que sería divertido comprobarlo, así que la alenté. La convencí para que saliera con él a cenar y le contara que James Lacey iba a volver y que estaba aterrada de que se enterara de lo nuestro. De ese modo ella podría grabarlo todo y comprobar si le pedía dinero a cambio de su silencio, pero todo salió mal.

–¿Qué pasó?

–Para dar mayor realismo al cuento de Aggie, me presenté aquí y esperé a que volvieran del restaurante para interpretar el papel de amante celoso. Por desgracia, actué demasiado bien. Agarré a Aggie del brazo, su bolso voló por los aires, la grabadora se cayó y él la vio.

–¿Dijo algo?

–Déjame pensar... sí, dijo algo como: «Es suya, creo». Me dio la impresión de que el incidente le divirtió, pero era un hombre desagradable; aunque, como le dije a Aggie después, mucha gente lleva una grabadora encima.

–Pero le pidió a la señora Raisin que montaran un negocio juntos, así que no podía pensar que sospecharan de él.

–Bueno –intervino Agatha con reticencia–, eso fue porque yo le hice creer que me había enamorado de él.

Bill se recostó en la silla.

–Tengo que preguntárselo de nuevo: ¿qué les hizo a ambos seguir creyendo que era un chantajista?

–Le he contado a Bill que John y yo vimos a aquella mujer con pinta de hurón cuando salíamos de un restaurante, y que se quedó lívida y aterrada – dijo Agatha, intentando advertir con la mirada a Charles que no delatara a la señora Friendly.

–Oh, yo puedo explicártelo todo –dijo Charles alegremente.

Agatha gruñó para sí.

–Estábamos aburridos –dijo Charles.

–¿Cómo ha dicho? –exclamó Bill.

–Aburridos. Hastiados. Sin nada que nos interesara. Así que cuando Aggie dijo bromeando que estaba segura de que era un chantajista, yo le seguí la corriente, la animé, ya sabes. Para divertirnos un poco.

–Y ahora él ha muerto, asesinado –dijo Bill en un tono neutro.

–Así es, lo que indica que, después de todo, sí debía de haber estado involucrado en algunas tonterías y a ti te compete averiguar de qué se trataba. Pero nosotros no tuvimos nada que ver.

–Sir Charles, usted fue al hospital con la señora Raisin. Ella se presentó como la hermana del difunto. Entonces, pese a que la señora Raisin nos contó antes de que usted llegara que alguien le había dicho que la casa de Shawpart se había incendiado, su coche fue visto pasando despacio por delante de la vivienda la noche del asesinato.

–Sentía curiosidad por ver dónde vivía –contestó Charles con escasa convicción.

–Muy bien, revisemos de nuevo otros puntos. Señora Raisin ¿en qué restaurante estaba cuando vio a esa mujer asustada?

–El bistró anexo al Crown Inn de Blockley.

–Ha dicho que la noche anterior compartió comida china con él. ¿Dónde?

–La pidió él en un servicio a domicilio. No me acuerdo de qué restaurante.

–Ese negocio que tenía pensado montar en Londres..., según su ayudante, Garry, John Shawpart parecía tener la impresión de que usted estaba tan enamorada de él que estaría dispuesta a pagarlo todo.

Agatha se ruborizó intensamente de pura vergüenza.

–Una interpretación sublime, Aggie –dijo Charles–. Debió de creerse que estabas coladita por él de verdad.

–Ah, sí, claro, usted dijo que era una representación –dijo Bill–. Bien, esto es todo por el momento. Se les tomará declaración a ambos.

–¿Cuándo vendrán los del Departamento de Investigación Criminal de Worcester? –preguntó Agatha.

–Pronto.

–En ese caso, será mejor que me quede –dijo Charles animadamente–, y que hablen con los dos a la vez.

Agatha se levantó para acompañar a Bill y a la mujer policía fuera; sentía las piernas agarrotadas por la tensión.

–Nos mantendremos en contacto, señora Raisin –dijo Bill evitando la mirada dolida y de reproche de Agatha.

Ella se limitó a asentir, cerró la puerta a ambos, volvió junto a Charles al salón y se echó a llorar.

Bill se subió al coche patrulla y se sentó al volante. La agente que lo acompañaba se acomodó en el asiento del pasajero. La razón por la que Bill se había mostrado tan frío y formal con Agatha tenía un nombre: Christine *la Cotilla*, la bestia negra de la comisaría de Mircester. Le encantaba descubrir las flaquezas de sus compañeros y cotillear sobre ellas con cuantos quisieran escucharla.

Sus primeras palabras cuando había salido de Mircester habían sido: «Se rumorea que eres amigo de esa tal Raisin».

Y Bill, que sabía que Agatha se había metido en un lío al hacerse pasar por la hermana del difunto y que era muy consciente de que cualquier signo de comprensión hacia Agatha por su parte sería puntualmente notificado por la tal Christine de ojos diminutos, había respondido despreocupadamente: «No es más que una mujer con la que me he cruzado en algunos casos».

–Su marido fue asesinado, ¿no?

–Sí, yo participé en esa investigación.

De nuevo en la carretera, tras interrogar a Agatha y a Charles, Christine comentó en un tono desagradable:

–No son más que un par de haraganes ricos que se entretienen jugando a los detectives.

–Exacto –dijo Bill distraídamente.

Con un poco de suerte, el único castigo que Agatha recibiría sería una bronca por haberse hecho pasar por la hermana de Shawpart. Christine notificaría cualquier muestra de favoritismo por su parte, y esa información se difundiría y hasta podrían enterarse en Worcester, donde se sentirían obligados a ensañarse con Agatha para demostrar que la policía no tenía favoritismos.

–Vamos, vamos, Aggie –decía Charles con voz tranquilizadora–, parece que te has librado. Nadie te vio entrar en su casa después de que lo asesinaran.

Agatha se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz.

–Es por Bill –dijo–. Fue mi primer amigo y ahora me ha dejado tirada.

Limpió los restos quemados de la chimenea, los tiró a una bolsa de basura, salió corriendo y arrojó la bolsa al jardín de James. Luego volvió junto a Charles.

–Seguramente tenía que mostrarse formal delante de esa foca de policía que le acompañaba. Prepárate, me parece que acaban de llegar los peces gordos de verdad.

El inspector John Brudge era un hombre de aspecto inteligente, pelo oscuro y un rostro delgado y astuto. No solo le acompañaban un sargento y un agente, sino otros dos policías con una orden de registro.

Mientras repasaba cuidadosamente con Agatha y Charles sus testimonios, ella oía a las fuerzas del orden registrar su *cottage*, rebuscando en cajones y armarios, en cada recoveco y rendija.

Aquello resultaba más molesto que preocupante porque no tenía nada que ocultar. Incluso había borrado de la grabadora su conversación con el peluquero.

Sin embargo, lo que realmente hacía que empezara a relajarse era que nadie la hubiera visto en la villa de Cheltenham Road el día del incendio.

Cuando el largo interrogatorio llegaba a su fin, el agente entró y le entregó sin decir nada una factura a Brudge. Agatha se envaró y miró despavorida a Charles. Era la factura de Asprey por los gemelos. Pero entonces volvió a relajarse; siempre podía decir que se los había comprado a Charles, y estaba segura de que él sería lo bastante listo para corroborarlo.

Brudge salió al recibidor con la factura. Agatha lo oyó hablar por teléfono, pero no distinguió sus palabras.

Volvió con el documento y se sentó.

—Esta es una factura de unos gemelos muy caros, señora Raisin, unos gemelos de oro.

—Sí —dijo Agatha con tranquilidad—. Se los compré como regalo a Charles.

El inspector la miró fijamente durante unos instantes y, finalmente, dijo:

—En la zona del salón de la casa de Shawpart que quedó intacta encontramos una cajita que contenía un par de gemelos de oro de Asprey. Señora Raisin, creo que usted los compró para él, y es inútil que lo niegue porque podemos comprobarlo con facilidad.

—Los compré para Charles —se quejó Agatha.

—Que sin duda puede enseñármelos.

—Es inútil —dijo Charles—. ¿Para qué mentir si no tenemos ningún motivo? Yo la animé a que le comprara un regalo caro a John Shawpart para ganarse su confianza.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho. Era un juego. Estábamos convencidos de que se traía algo sospechoso entre manos.

—Un juego caro. Ustedes dos se propusieron descubrir lo que hacía el peluquero porque estaban aburridos. Me resulta difícil de creer. Usted ha empezado mintiendo, señora Raisin, aunque sir Charles dice que no tienen nada que ocultar. A mí me parece muy sospechoso. Mañana se presentarán en Mircester y firmarán sus declaraciones. Se les prohíbe viajar al extranjero hasta que se dé por concluida esta investigación.

—Lamento haber mentido —dijo Agatha—, pero me avergonzaba que se supiera que me había gastado tanto dinero en él. Y ni me imaginaba que fueran a asesinarlo.

–Eso dice usted. Todavía tengo que leer el informe de Gloucester. Espero que no les haya mentado también a ellos.

Agatha recordó que dijo que alguien le había contado que la villa se había incendiado y luego descubrió el coche de Charles. Refunfuñó para sus adentros.

–Vamos a llevarnos algunas cosas –dijo Brudge. Un policía tendió una caja que contenía unos frascos de comprimidos vitamínicos y aspirinas–. Le daremos un recibo.

Cuando todos se hubieron ido, le dijo a Charles:

–Menudo lío.

–¿Tienes hambre?

–No mucha.

–Vayamos al Red Lion a comernos un sándwich.

–Muy bien. Dame un momento para cambiarme. Estoy sudada.

Subió al baño, se desnudó, se dio una ducha rápida y se puso una blusa y una falda limpias.

Miró por la ventana. Charles estaba jugando con sus gatos en el jardín. Había hecho una pelota con papel de aluminio, la tiraba al aire y los gatos saltaban para cogerla.

¿Se preocupaba este hombre alguna vez por algo? Seguramente no. En cambio, ella tan solo se preocupaba por los Cotswolds enteros.

La barra del Red Lion estaba llena de humo y tenuemente iluminada. Habían encendido la chimenea y pequeñas nubes de humo gris salían de ella y se depositaban en franjas por la sala de techo bajo.

Cogieron los *gin-tonics* y los sándwiches de jamón que habían pedido y se retiraron a un rincón del fondo.

–Y bien, ¿qué hacemos ahora? –preguntó Agatha.

–Seguimos adelante. Para empezar, vamos a intentar hablar a solas con la señora Friendly.

–¿Cómo?

–Últimamente estás desconcertada y confusa, Aggie, querida. Esta noche me quedaré en tu casa y luego vigilaré la de ella para ver cuándo sale el señor Friendly.

–¿Y cómo vamos a hacerlo sin que nos vean?

–El *cottage* está enfrente del cementerio. Llévame a ver las sepulturas, no olvides que soy historiador. Tomo notas. Incluso si él no sale, seguro que ella irá a comprar. Luego tendríamos que pasarnos por una biblioteca y ponernos al día sobre el ricino. Por ejemplo, ¿se cultivan plantas de ricino en alguna parte de este país, además de en Kew Gardens? Si no es así, ¿alguno de nuestros sospechosos ha estado recientemente en el extranjero?

–A decir verdad, no creo que tengamos ningún sospechoso.

–¡Despierta! Claro que los tenemos. Por ejemplo, el velludo señor Friendly. Y la tal Maggie. Empezaremos por ellos.

–Mañana por la mañana no podemos espiar a los Friendly. Tenemos que ir a Mircester.

–Ah, sí. En ese caso, después.

–Todavía estoy dolida por la actitud de Bill –se mortificó Agatha–. Muy dolida. Primero, se coge unas vacaciones y no me llama, luego está de servicio y me trata como si fuera la «Sospechosa Número Uno».

–¿Y por qué no le telefoneas? Tienes su número.

–Porque no quiero –masculló Agatha.

–Temes que se haya alejado de ti a causa de algún defecto muy desagradable de tu personalidad, así que prefieres sentirte desdichada. ¿Sabes qué?, ahora me iré a casa a preparar una bolsa con mis cosas. Me quedaré contigo.

Agatha esbozó una sonrisa.

–Pero no me vengas con tonterías.

–¿Alguna vez lo hago? Te veo en el rancho, Aggie.

Se fue. Ella se terminó la bebida, pero en lugar de volver a casa se acercó a la vicaría y llamó al timbre.

–¡Dios! –exclamó la voz impía del vicario–. Es esa mujer otra vez.

–No blasfemes, Alf, y ponte con tu sermón –oyó decir a la señora Bloxby con su habitual tono sosegado.

–Siempre me presento en el momento menos oportuno –dijo Agatha avergonzada cuando la señora Bloxby abrió la puerta.

–No haga caso a Alf. Se comporta así con todo el mundo. No dejo de repetirle que es muy poco sociable para ser un vicario. Pase.

–¿Está segura...?

–Completamente. ¿Té?, ¿café?

–Una taza de café no me vendría mal.

–Acompáñeme a la cocina.

La cocina era cálida y acogedora. Ramos de hierbas secas colgaban del techo y sartenes de cobre relucientes centelleaban en las paredes de piedra.

–Tenía un poco preparado –dijo la señora Bloxby sirviendo dos tazas.

–¿Podemos tomarlo en el jardín? Así puedo fumar sin mala conciencia – sugirió Agatha.

–Claro, aunque espero que no haga demasiado frío. Ha refrescado bastante desde que el tiempo cambió.

Cuando se hubieron sentado, la señora Bloxby dijo:

–A ver, sé que la policía estuvo en su *cottage* y todo este lío es por ese peluquero. Ojalá nunca se lo hubiera recomendado. ¿Fue un asesinato?

Agatha le describió todo lo que había hecho y dejado de hacer. Una gran lechuza, fantasmal en la oscuridad, las sobrevoló, y unos pájaros somnolientos gorjearon desganadamente en los árboles que las rodeaban.

–He sido una completa estúpida –comentó Agatha cuando acabó su relato.

–Creo que todos los esfuerzos que ha hecho para ayudar a la señora Friendly –dijo la señora Bloxby– muestran un espíritu noble. Tal vez tendría que contárselo a ella. Debe de estar terriblemente asustada por si la policía ha descubierto algo.

–Así que ¡usted también cree que podría haber sido víctima de un chantaje!

–Es solo una posibilidad.

–¿El señor Friendly sale de casa? Me refiero a que si ella se queda sola alguna vez.

–Él juega al golf casi todas las tardes entre las dos y las cinco.

–Gracias –dijo Agatha–. Ahora no me siento tan tonta.

–Mientras tanto, preguntaré por ahí por una mujer llamada Maggie y daré su descripción. La ventaja de ser la esposa de un vicario es que una puede hacer preguntas sobre la gente y nadie sospecha.

–Será mejor que me vaya. Charles estará de vuelta en cualquier momento. Pasará la noche en casa. Quiero decir, bueno, ya sabe, me refiero a que...

La señora Bloxby se rio.

–Ande, váyase. Y telefonee a Bill Wong. Seguro que hay una explicación muy sencilla.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó Charles cuando ella le hizo pasar–. Ahora eres todo sonrisas y calma. ¿Le has dado al Prozac?

–He estado con la señora Bloxby.

–Ah, la confesión le sienta bien al alma.

Agatha lo llevó al cuarto de invitados.

–Mientras sacas tus cosas, haré una llamada.

Bajó a la cocina y desde allí marcó el número de la casa de Bill Wong.

Rogó que su tremebunda madre no contestara la llamada y, aliviada, reconoció la voz de Bill.

–Bill, soy Agatha.

–Oh.

–Bill, ¿qué ha ocurrido? Has estado de vacaciones y no me has llamado.

Para tranquilidad de Agatha, la voz de Bill sonó divertida.

–El teléfono funciona en los dos sentidos, Agatha.

–Creía que estabas fuera de vacaciones hasta que Charles me dijo que te vio en Mircester.

–Tuve un romance muy intenso, Agatha.

–¿Y a qué ha venido toda esa formalidad de hoy? Me trataste como a una asesina.

–Pues ojalá lo hubiera hecho. Me acompañaba Christine *la Cotilla* y me has metido en un buen lío, Agatha.

–¿Por qué?

–No hice constar en el informe que habías mentido acerca de pasar por delante de la villa con Charles. No sé por qué lo hiciste.

–Estaba confusa.

–En cualquier caso, Christine *la Cotilla* se hizo con mi informe y se sintió «obligada» a señalarle la omisión al inspector Wilkes, que me echó un sermón sobre los peligros del favoritismo. Y luego intentaste fingir que no tenías el número de Charles y arrojaste la guía telefónica por encima del seto. Y tampoco hice constar eso. Por supuesto, Christine tampoco lo pasó por alto.

–Ay, Dios, no sabes cuánto lo lamento, pero me sentía culpable por tu frialdad y lo que dijiste sobre nosotros, que jugábamos a ser detectives aficionados.

–Te conozco bien, Agatha, y cuando dijiste que no sabías nada del incendio, hubiera jurado que mentías.

–Bueno, pues te equivocas –dijo Agatha acalorada.

Sabía que si le confesaba a Bill que había estado en la casa cuando esta se incendió, él tendría que informar y seguramente la detendrían por incendio premeditado, además de por obstruir la investigación policial y cualquier cosa más que se les ocurriera.

–Mantente en contacto conmigo y tenme al corriente si te acuerdas de algo más que se te haya pasado por alto –dijo Bill–. Pero básicamente es un caso de Worcester. No hagas tonterías, no vaya a ser que pongas en peligro tu vida, como ya te ha pasado otras veces. Y recuerda que los del Departamento de Investigación Criminal de Worcester son muy listos.

–Hay casos que nunca habrías resuelto si no hubiera sido gracias a mí –dijo Agatha malhumorada.

–Te lo he repetido una y otra vez: la policía siempre, tarde o temprano, acaba descubriéndolo todo. Date un respiro. Relájate. Búscate un *hobby*.

–No seas tan condescendiente.

–Estoy enfadado porque me he metido en un lío intentando encubrirte.

–Lo siento.

–Nos vemos pronto, Agatha.

–Muy bien, ¿y qué tal va tu romance?

–Muerto y enterrado. No sé qué pasó.

–¿La llevaste a casa para que conociera a tus padres y todo lo demás? –preguntó Agatha con fingida despreocupación.

Pobre Bill, pensó Agatha. El señor y la señora Wong se bastaban y sobraban para asustar a cualquier chica. Pero él adoraba a sus padres y Agatha sabía que cualquier crítica que les hiciera le dolería profundamente.

–¿No es la ricina un veneno muy raro?

–No tan raro... El asesino podría haberse salido con la suya. Es muy difícil de detectar, prácticamente imposible.

–Eso parece apuntar a un asesino bastante sofisticado –comentó Agatha–. Me refiero a que no es el tipo de veneno que utilizaría un ama de casa corriente de pueblo.

–¿Por qué dices eso? –La voz de Bill había adquirido un tono afilado–. ¿En qué ama de casa estabas pensando?

–En ninguna. Me refiero a que es un tipo de veneno muy exótico.

–Si tú lo dices –respondió con suspicacia–. Me parece que hay muchas cosas que no me cuentas.

Agatha fue capaz de reírse sin ganas.

–¿Es que no te lo cuento todo?

–No, no siempre.

–Podemos vernos para tomar una copa y comer algo.

–Muy bien. Ten cuidado. Nos vemos.

Agatha colgó el teléfono. En lugar de sentirse aliviada porque siguieran siendo amigos, ahora se sentía culpable y preocupada por haber mentido a Bill.

El día siguiente les tomaron declaración en la comisaría de Mircester y salieron de la extenuante sesión parpadeando bajo un sol tibio. Hacía buen tiempo de nuevo, pero ya no aquel calor asfixiante, y en el aire se respiraba el fresco otoñal.

–Anímate, aún no es mediodía –dijo Charles– y al menos sigues en libertad. No te han enchironado, lo cual es un milagro. Bien, ¿qué hacemos? ¿Vamos a hablar con la señora Friendly?

–Es un poco temprano. Su velludo marido no va a jugar al golf hasta la tarde.

–Pues acerquémonos a la biblioteca y documentémonos sobre las plantas de ricino.

La biblioteca pública de Mircester era una construcción victoriana, un espacio cavernoso, oscuro y silencioso, con columnas y suelo de mármol. Los tacones altos de Agatha repiqueteaban al caminar.

–¿Por dónde empezamos? –preguntó ella en voz baja.

–Por consultar una enciclopedia.

Buscaron en las estanterías de obras de referencia.

–Aquí está –dijo Charles–, «r» de ricino.

Hojeó la enciclopedia.

–Aquí no sale nada.

–Prueba con «v» de veneno –sugirió Agatha.

–Tienes razón. Déjame ver. Ah, plantas venenosas. Aquí lo tenemos. Escucha esto, Agatha.

»“Ricino, planta. *Ricinus communis*. Planta arbustiva de la familia de las euforbiáceas cultivada para usos farmacéuticos y comerciales de su aceite, así como con fines paisajísticos por sus bellas y enormes hojas palmeadas de doce lóbulos. Los racimos quebradizos y erizados de color bronce a rojizo son llamativos, pero a menudo se arrancan antes de que maduren debido al veneno, la ricina, concentrada en sus semillas jaspeadas que parecen judías. Seguramente originaria de África...”

–Así pues, no hay en Evesham. Qué mala suerte –le interrumpió Agatha.

–Escucha y aprende –la reprendió con severidad–. «Seguramente originaria de África, esta especie se ha naturalizado en todo el mundo tropical. Las plantas se cultivan principalmente en la India y Brasil, sobre todo por su aceite.» Y aquí lo tenemos: «En climas templados, se cultivan como plantas anuales y alcanzan entre los cuarenta y cinco y los setenta y cinco centímetros en una única temporada». ¡Ahí está! Este es un clima templado. Ergo, lo único que tenemos que hacer es mirar en los jardines.

Pasó a la página siguiente.

–Aquí están los síntomas de envenenamiento con ricina. «Quemazón en la boca, la garganta y el estómago, vómitos, diarrea, calambres abdominales, visión borrosa, obstrucción respiratoria, parálisis, muerte.»

Agatha reprimió un escalofrío.

–¡Qué forma tan espantosa de morir! Vamos, comamos algo y veamos si podemos pillar sola a la señora Friendly.

A las dos de la tarde, dejaron el coche delante del *cottage* de Agatha y se encaminaron a la iglesia.

–Daremos una vuelta entre las lápidas –dijo Charles–. Yo pondré pinta de entendido en la materia y tomaré notas y tú te enrollas como si me estuvieras contando la historia. Mira esta lápida. Cinco niños, murieron muy pequeños, y luego hablan de los buenos tiempos pasados. ¿Por qué la gente sigue hablando de esos buenos tiempos, Aggie?

–Por nostalgia. Si la gente ha tenido una infancia aceptable, recuerda una época en que los días siempre parecían soleados y no tenía responsabilidades, como trabajar o pagar las facturas, y los adultos eran una especie de gigantes superiores que lo sabían todo. Es curioso. Incluso me pasa a mí con el pasado reciente. Cuando estoy deprimida y las cosas no me van bien, mis pensamientos se remontan a mi época en Londres y a los días tan maravillosos que pasé allí, cuando, a poco que lo piense, no lo pasé nada bien. –Agatha frunció el ceño reflexionando–. Supongo que no importa lo mayor que se sea, uno siempre tiene que marcarse algún objetivo. No sé, estudiar algo o... ¿Qué?

Charles había emitido una exclamación apagada.

–Acabo de ver al señor Friendly marcharse en el coche.

–Le daremos cinco minutos de margen –contestó Agatha–. Todo esto me produce cierta inquietud. ¿Por qué no lo dejamos en manos de la policía?

–Resolver este asesinato es tu objetivo, Aggie. Hacemos unas cuantas preguntas aquí y allá, vemos qué sacamos y, cuando empiece a aburrirnos, lo dejamos.

–¡Para ti no es más que un juego!

Charles se encogió de hombros.

–¿Y por qué no? Si te tomas todos estos asesinatos y tanta violencia demasiado en serio te acabas volviendo loco. Anda, vayamos a ver a la señora Friendly.

Liza Friendly parecía tener pocas ganas de que pasaran.

–Solo le robaremos unos minutos de su tiempo –le rogó Agatha.

–Muy bien, pero tengo un montón de cosas que hacer.

Se sentaron en el pequeño y oscuro salón. Liza no les ofreció té ni café y se limitó a sentarse ante ellos, apoyada en el borde de una silla, con las manos entrelazadas sobre el regazo.

Agatha decidió ir al grano.

–El peluquero, el señor John de Evesham, murió..., fue asesinado.

–¡Fue una intoxicación alimentaria!

Los ojos de la señora Friendly se dispararon hacia todas partes, como si buscaran una vía de escape.

–Lo ha publicado la prensa esta mañana –dijo Agatha.

Charles y ella habían comprado los periódicos de regreso de Mircester.

Las manos de la señora Friendly se retorcieron con nerviosismo en su regazo.

–No leo la prensa.

Pero Agatha reparó en que a Liza Friendly no le había sorprendido que le estuvieran haciendo preguntas.

–Usted conocía a John. –Fue una afirmación, no una pregunta.

–Bueno, fui a su peluquería algunas veces. Pero luego me pareció un gasto innecesario. Ahora me peino yo misma.

«Ya se ve», pensó Agatha sin piedad.

Respiró hondo y preguntó:

–¿Cuándo empezó a chantajearla?

Liza se puso en pie de un salto.

–¡Salgan de aquí! –gritó–. ¡Fuera de mi casa!

–Siéntese –dijo Charles con tranquilidad–. No se lo hemos contado a la policía, y Aggie se ha tomado muchas molestias para destruir las pruebas.

Liza se dejó caer en la silla, como si le hubieran fallado las piernas. A través de sus labios reseca, dijo:

–Si mi marido se entera, me mata.

–Yo tendré más problemas que usted con la policía si averiguan lo que hice. –Agatha le contó que había ido a casa del peluquero para hacerse con cualquier cosa que pudiera incriminar a la señora Friendly–. Así que ya lo ve

–acabó–, le interesa ayudarnos. Tenemos que descubrir quién lo hizo.

Siguió un prolongado silencio. «Oh, Dios, date prisa –pensó Agatha–. ¿Y si ese marido tuyo se ha olvidado algo en casa y vuelve a buscarlo?»

Entonces, tras un suspiro, Liza dijo:

–Él me cautivó. Hacía que me sintiera atractiva. Empezamos a vernos esporádicamente para tomar un café, y luego, hace unos meses, Bob se fue a Escocia a jugar al golf con un viejo amigo de la escuela. Así que John y yo salimos a cenar y luego fuimos a su casa.

Guardó silencio.

–Y se acostó con él –soltó Agatha.

–Sí.

–¿Y qué pasó luego?

–Él se había enterado de que yo tenía unos ahorros. Mi madre me dejó un poco de dinero en su testamento y estaba en una cuenta bancaria a mi nombre. Después de aquella única noche, no me llamó ni se puso en contacto conmigo. Fui a la peluquería varias veces, pero siempre era otro el que me peinaba. Me puse histérica. Le amaba. Llegué a pensar que podía dejar a Bob e irme con él. Le escribí varias cartas, suplicándole, recordándole nuestro amor. Y entonces un día llamó por teléfono y quedamos en vernos en el salón después de que cerrara. Sacó las cartas y dijo que, a no ser que le pagara, se las mandaría a mi marido. Bob tiene muy mal carácter. John quería cinco mil libras. Dijo que eso bastaría y que me devolvería las cartas. Así que le pagué.

Agatha la miró con pena.

–Pero no le dio las cartas. Pidió más dinero.

Liz asintió.

–¿Le pagó?

–Le dije que esperara, que necesitaba tiempo. Luego me enteré de que había muerto y me sentí como si me hubiera librado del infierno.

Agatha paseó la mirada por el diminuto *cottage*.

–Si usted tiene dinero propio, y asumo que su marido también tiene, ¿por qué viven en una casa tan pequeña?

–Bob siempre dice que debemos guardar para la vejez. Las residencias de ancianos cuestan una barbaridad.

–Si su marido es tan tiránico como usted lo pinta, es raro que no insistiera en que su dinero estuviera en una cuenta compartida.

–Nunca hemos tenido una. Antes de que muriera mi madre, él me daba una asignación semanal. Cuando heredé, dijo que me apañara con ese dinero.

–¿No le daría un cheque a John Shawpart? –preguntó Charles.

Ella negó con la cabeza.

–No, quería efectivo. Le pagué en efectivo.

–Bien, la policía no encontrará ningún registro del pago en su banco. – Charles se inclinó hacia delante–. ¿No cree que su marido pudiera haberse enterado de algo? A Shawpart le dieron una paliza antes de que lo asesinaran.

–Oh, no, Bob sería incapaz de callarse algo así.

–¿Tienen hijos? –preguntó Agatha.

Ella sacudió la cabeza con tristeza.

–No pudimos tenerlos. Yo quería adoptar, pero Bob dijo que el niño podía salirnos un psicópata y no quiso saber nada.

–¿Y usted no ha trabajado nunca, señora Friendly? –preguntó Agatha.

–Yo trabajaba como secretaria cuando conocí a Bob. Taquígrafa y mecanógrafa. A veces he pensado en volver a trabajar, pero Bob siempre me dice que nadie me contrataría. Ahora todo se hace con ordenadores.

–La informática puede aprenderse –dijo Agatha.

–Bob nunca me dejaría.

–Mire, usted dispone de su propio dinero. ¿Tiene coche? ¿Sabe conducir?

–Sí, tengo un coche pequeño.

–Y, en ese caso, ¿por qué no lo coge un día, cuando él haya salido, y se marcha? –dijo Agatha–. Empiece una nueva vida en otra parte.

–Oh, ¡no podría!

–¿Por qué?

–¿Qué haría Bob sin mí? ¿Quién le cocinaría y le plancharía las camisas?

–Tendría que aprender a hacerlo solo –repuso Agatha exasperada.

–Nos estamos desviando del tema –se apresuró a decir Charles–. Bien, ahora pensemos. ¿Vio alguna vez a John Shawpart con otra mujer?

Liza guardó silencio un momento, mientras un leve rubor asomaba en sus mejillas. Entonces dijo:

–Cuando dejó de hablar conmigo después de..., después de aquella noche, yo me acercaba en coche a su casa, los domingos, y los miércoles a mediodía, y vigilaba. Estaba desquiciada por los celos. Una mujer le visitó una vez, Maggie, me parece que se llama. La he visto en la peluquería. Luego, otra vez, vi a la señora Darry saliendo de su casa.

Agatha la miró fijamente.

–¿Nuestra señora Darry? ¿El terror de Carsely?

–Sí, ella. Pero seguramente estaría recaudando fondos para algo.

–Vaya, vaya. ¿Alguien más?

–Una joven bonita, de treinta y tantos, que para mí es joven. No la había visto antes.

–¿Qué aspecto tenía?

–Rubia, esbelta, con cara de conejo, dentadura prominente, piernas flacas.

–¿Alguien más?

–No. ¡Así me ha castigado Dios!

–No creo que Dios reparta castigos ni recompensas –comentó Charles inesperadamente–. Esos son defectos muy humanos, empezando con el «Si te portas bien, Santa Claus te traerá una bici en Navidad». Yo nunca tuve bici porque me dijeron que Santa Claus se había enfadado conmigo por obstruir la chimenea y llenar la casa de humo.

Agatha parpadeó sorprendida por la confesión.

–Liza, ¿puedo llamarte Liza?

Ella asintió.

–Lo importante ahora, Liza, es que no tienes que preocuparte por la policía. ¿Crees que alguien pudo verte con John?

–No creo. Tal vez sus vecinos...

–Pero sus vecinos, ¿te conocen?

–No.

–Así que, en el peor de los casos, lo único que pueden dar es una descripción y probablemente la tuya pasara inadvertida entre las demás descripciones de mujeres con las que se vio John.

–¿Cómo lo envenenaron?

–Con ricina.

–¿Qué es eso?

–Es un veneno elaborado con semillas de ricino.

–Pero ¡no me suena de nada!

Se oyó una llave en la puerta. Agatha miró hacia la ventana del *cottage* y vio que los vidrios emplomados estaban salpicados de lluvia.

–¡Bob! –exclamó Liza.

–Bueno, pues está todo aclarado –dijo Agatha. Levantó la voz–. Usted es como yo, señora Friendly, y no vamos a actuar en ninguno de sus conciertos, pero le agradecería su ayuda con el *catering* la próxima vez. Vaya, ¡señor Friendly! Ya nos íbamos.

–Bien –dijo él con brusquedad; balanceó una bolsa con palos de golf y se la bajó del hombro para apoyarla en un rincón–. Maldita lluvia.

Agatha y Charles se levantaron y se encaminaron a la puerta.

–Mi esposa tiene trabajo de sobra encargándose de la casa sin tener que perder el tiempo en asuntos de la parroquia –dijo cuando pasaron por su lado.

–Ya veo –murmuró Agatha–. Ha sido un placer verle de nuevo.

–Ja.

–Y que le den morcilla –dijo Agatha cuando salieron al chaparrón–. Date prisa, me estoy empapando.

Fueron corriendo hasta el *cottage* de Agatha. Se secaron en sus respectivas habitaciones, se cambiaron de ropa y luego se reunieron en la cocina.

–Y bien –dijo Agatha–, ¿qué piensas de lo que hemos descubierto? ¡La señora Darry!

–¿Quién es?

–La mujer con pinta de hurón y que tiene ese perrito repugnante.

–Ah, la que te devolvió la guía telefónica.

–Esa misma.

–Entonces ¿vamos a abordarla ahora?

–Supongo que sí, aunque va a ser espantosamente desagradable. Mierda, si no fuera por Liza, lamentaría haber intentado recuperar cualquier documento incriminatorio. Dios, cómo me hubiera gustado echar un poco de

basura encima de la señora Darry.

–¿Cómo se llama?

–En la sociedad femenina de Carsely, Charles, no existen nombres de pila. Todas somos señora Zutana y señorita Mengana.

–¿Dónde vive?

–En una lúgubre casita llamada Parks Cottage en Parks Lane, detrás de la tienda del pueblo.

–Está dejando de llover. Creo que deberíamos ir antes de que se te pasen las ganas. A lo mejor tiene un jardín lleno de plantas de ricino.

Agatha vaciló.

–¿Cómo vamos a abordarla?

–De una manera directa y ofensiva, diría yo, querida Aggie. Es lo que mejor se te da.

CINCO

La luz diluida del sol se reflejaba sobre los adoquines cuando se dirigieron al *cottage* de la señora Darry. Ni por un momento Agatha admitió en sus adentros que la irritable convecina la intimidaba, pero aun así tuvo la sensación de que se amilanaba al acercarse a la casa y ver que la puerta estaba abierta y el desagradable chucho husmeaba en los peldaños.

–Ni una planta de ricino –comentó Charles echando un vistazo al pequeño jardín delantero–. Solo tiene laurel y otros arbustos de mal gusto. Me preguntó qué habrá en la parte de atrás.

La señora Darry apareció en la puerta de la fachada. Su saludo fue típico de ella:

–¿Qué quieren?

–Nos gustaría hablar con usted.

Con el pie, y sin que la vieran, Agatha apartó al perro que le olisqueaba los tobillos.

–No creo que deba invitarles a entrar –dijo la señora Darry con una expresión de malicia en su rostro enjuto–. Tengo que pensar en mi reputación.

–¿A qué se refiere?

Agatha, visiblemente irritada, le dio otra patadita al perro.

–A que no debería dejar que usted y uno de sus amantes entren en mi casa.

Charles se carcajeó estentóreamente y Agatha fulminó con la mirada a la señora Darry.

–Pues muy bien –dijo en un tono agresivo y elevando la voz–. Nos quedaremos aquí fuera y hablaremos de «su» amante, el difunto John Shawpart.

Por una vez, Agatha había cogido desprevenida a la terrible señora Darry, cuyos ojos verdes parecieron salirse de las órbitas y miraron hacia todos lados.

–Pasen –dijo bruscamente.

El perrito levantó la pata y se meó en el zapato de Agatha.

–Oh, por el amor de Dios –gruñó Agatha.

El perro se precipitó al interior de la casa. Agatha se quitó el zapato y, con un pañuelo de papel, lo secó.

–Se supone que da suerte, Aggie –dijo Charles–. Entremos antes de que cambie de opinión y nos dé con la puerta en las narices.

Otro oscuro salón del *cottage*, todo en tonos de un verde apagado: un sofá de tres piezas tapizado en terciopelo verde, paredes verdes, una alfombra de pared a pared verde oscura, hojas verdes de la tupida hiedra que cubría la pared exterior, impidiendo el paso de la poca luz que habría entrado por las pequeñas ventanas. Todos se sentaron frente a frente en esa penumbra subterránea.

–¿Qué ha querido decir con ese comentario? –preguntó la señora Darry.

El perro saltó a su regazo y ella enredó los dedos en su pelaje.

–John Shawpart era un chantajista –dijo Agatha–. Engatusaba a mujeres, descubría sus secretos y luego las chantajeaba.

–¡Tonterías! –La señora Darry pareció haberse quedado sin aliento–. Yo soy una mujer respetable. ¿A quién se le ocurriría chantajearme? No soy como usted, señora Raisin, con sus escandalosas aventuras con hombres jóvenes.

«Jaque mate», pensó Agatha. ¿Qué podía haber en la vida de esta mujer amargada que pudiera merecer que un chantajista desperdiciara el tiempo en ella?

–Dinero –dijo Charles de repente–. Todo tenía que ver con el dinero. Eso lo sabemos.

Casi hablaba para sí, pero la señora Darry lo miró fijamente, como una rata hipnotizada por una serpiente.

–Lo saben –dijo con sus labios resecos.

Agatha estaba a punto de decir que no, que no lo sabían, pero Charles miró a la señora Darry con compasión y dijo:

–Oh, sí. No se lo hemos contado a nadie y Agatha hizo cuanto estuvo en su mano y más para destruir cualquier prueba que pudiera haberla incriminado a usted. Por eso no hemos acudido a la policía. Nosotros mismos nos veríamos en un brete. Solo explíquenos cómo llegó él a conseguir la información.

–Fui a la peluquería –dijo la señora Darry en voz baja, muy lejos de su habitual tono mordaz–. Nos hicimos amigos. Salimos a comer algunas veces. Me sentí halagada. Le conté que mi difunto marido era fontanero. Un oficial de la profesión –añadió para que Charles no pensara que era un simple empleado–. Estábamos hablando de los impuestos y el IVA y de lo injustos que eran. Él comentó comprensivamente que había formas de sortearlos. John conocía a muchos autónomos que harían un trabajo por menos dinero si se les pagaba a toca teja. Yo había bebido un poco más de la cuenta y le confesé que eso era lo que había hecho mi Clarence y por eso, cuando murió, yo tenía un buen colchón.

»Me llamó dos días más tarde. No podía creerlo. ¡Éramos amigos! Me dijo que a no ser que le diera cinco mil libras, informaría a Hacienda de que mi marido había estado defraudando durante años. Me entró el pánico. Fui a verlo y le dije que, si lo hacía, lo mataría. –Se calló un momento, luego añadió–: Cuando me enteré de que había muerto, fue como si acabara una pesadilla.

–Pero, a ver –dijo Agatha–, ¿cuándo murió su marido?

–Hace cinco años.

–¿Y cómo iba a descubrir Hacienda que él había estado cobrando trabajos en negro y no los había declarado?

–Podían haber pedido explicaciones a sus antiguos clientes. Yo vendí la empresa de fontanería, pero los nuevos propietarios podrían haber conservado los registros antiguos.

–Pero, si pagaban en efectivo –dijo Agatha con paciencia–, esos pagos no constarían en los libros de contabilidad.

–¿Y si daban con sus antiguos clientes y les preguntaban?

–¿Qué iban a decir? –preguntó Charles–. Ellos tampoco reconocerían que habían defraudado a Hacienda. Se hubieran metido en un follón de mil demonios.

Unas cuantas lágrimas empezaron a caer por la cara de la señora Darry.

–Así que todo fue por nada.

–¿Todo el qué? –preguntó Agatha intencionadamente.

–Todo mi agobio. Las noches de insomnio.

–¿Usted no lo mató?

–No. Lo leí en los periódicos. Ricina. No sabía ni qué era eso. Por favor, no le cuenten nada de esto a la policía.

–No puedo contarles nada –dijo Agatha–. Yo fui a su casa para destruir pruebas y alguien la incendió. La policía ni siquiera sabe que estuve allí.

La señora Darry se incorporó envarada, como si le dolieran las articulaciones.

–Les prepararé té –dijo y desapareció en el interior de la casa.

–Puedes tomarte esta invitación a un té como un agradecimiento por intentar salvarle el cuello –dijo Charles.

–No era su cuello escuálido el que intentaba salvar, sino el de la señora Friendly. Está claro que John iba a por mujeres tontas y feas que se sentirían halagadas por sus atenciones.

–Y a por algunas no tan feas –dijo Charles mirándola de soslayo.

–¡A mí no me engañó ni por un momento!

–Yo no diría tanto.

–Da igual –se apresuró a decir Agatha–. Me pregunto quién será su heredero. Tal vez, todo este asunto del chantaje sea una tapadera. Tal vez lo asesinaron por otra razón.

–Muy improbable. Aquí viene.

La señora Darry regresó y sirvió un té que parecía agua desteñida. Agatha supuso que solo había puesto una bolsita de té en la tetera y, seguramente, no era la primera vez que la utilizaba. También traía una bandeja de pastas duras.

La señora Darry parecía haber recuperado en buena parte su compostura habitual, o su mezquindad, que era lo que le parecía a Agatha.

–Mientras preparaba el té –dijo la señora Darry–, he estado pensando en sus supuestas habilidades como detective. Tengo una mente inquisitiva y astuta y estoy convencida de que podría descubrir quién lo hizo.

–¿Está diciendo que quiere colaborar con nosotros? –preguntó Agatha mientras el alma se la caía a los pies.

La señora Darry se rio como si le perdonara la vida.

–Oh, no. Como dice el bardo, el que viaja solo viaja más rápido.

–No fue Shakespearate, sino Kipling –la corrigió Charles–: «Viaja más rápido quien viaja solo».

–Tanto da.

Agatha dejó la taza de té en el platillo con un repiqueteo de irritación.

–En ese caso no le haremos perder más su valioso tiempo.

Se puso en pie. Charles la imitó.

–Podríamos comparar notas –dijo la señora Darry con cortesía.

–Oh, pero sin duda eso obstaculizaría sus avances. –Agatha se encaminó con resolución hacia la puerta. Charles la siguió fuera. El perro corrió tras ella y empezó a husmear ansioso sus tobillos. Agatha lo cogió, lo metió de nuevo en la casa y cerró la puerta con firmeza–. Bicho asqueroso. Vamos a casa, Charles, así podré desinfectar mi zapato contaminado.

Cuando Agatha se hubo lavado los pies y puesto unas medias y unos zapatos limpios, fue a la cocina, donde estaba Charles, y dijo:

–Portsmouth.

–¿Qué pasa en Portsmouth?

–Allí era donde tenía antes su negocio. Podríamos acercarnos y hablar con otros peluqueros para ver si hubo algún escándalo.

–¿Ahora? ¿Y si viene la policía?

–¿Qué pasa? No nos vamos del país.

–¿Conoces Portsmouth? Es muy grande.

–Reservaremos habitación en un hotel, buscaremos en las Páginas Amarillas y llamaremos a las peluquerías.

–Una pérdida de tiempo, Aggie. Mejor vamos a la biblioteca pública de Mircester, buscamos allí las páginas Amarillas de Portsmouth y llamamos desde aquí.

Agatha suspiró.

–Supongo que tienes razón. Solo quería alejarme del pueblo.

–Anímate. Si descubrimos algo por teléfono iremos para allá.

En ese momento, sonó el teléfono. Era la señora Bloxby.

–Creo que he descubierto a la Maggie que buscaba.

–¿Quién es? –preguntó Agatha, ansiosa–. ¿Dónde vive?

–Podría equivocarme, pero creo que busca a una tal Maggie Henderson. Vive en el número nueve de Terrace Road, en Badsey. Es maestra de escuela.

–¿Cómo lo ha descubierto?

–Simplemente di su descripción, solo eso, además de su nombre de pila, a varias personas de las parroquias de los alrededores. Podría resultar la Maggie equivocada.

–De todos modos, lo comprobaremos. Muchas gracias, señora Bloxby.

Agatha se despidió y colgó. Le dio la noticia a Charles.

–Olvidémonos de Portsmouth por ahora y probemos con esa Maggie –dijo él–. Badsey está a solo unos kilómetros de aquí.

Pero cuando llegaron a Badsey y encontraron la dirección correcta, descubrieron que Maggie Henderson daba clases en una escuela de Worcester y no se esperaba que volviera hasta las cinco de la tarde.

–Y con la suerte que tenemos –dijo Agatha con pesadumbre–, su marido llegará a casa a la misma hora. ¿Vamos a Worcester?

–No –dijo Charles–. Vayamos a Evesham y busquemos un sitio para tomar un café y repasar lo que tenemos.

Aparcaron en Merstow Green y cruzaron la calle hasta una tetería junto a Market Square.

–¡Fíjate qué local! –exclamó Charles–. La última tetería genuinamente inglesa.

Tenía los techos bajos, era silenciosa y oscura. Una camarera con un leve acento escocés les tomó nota.

–Veamos –dijo Charles sacando un pequeño cuaderno y una pluma–, revisemos qué sospechosos tenemos. Empecemos por el principio, Aggie. ¿Se te ocurre algo?

Agatha apoyó la barbilla en las manos.

–Déjame pensar, ¿qué fue lo primero que me hizo sospechar que era un chantajista? Ah, ya lo sé. Recuerdo que te lo conté. Oí a una mujer amenazando con matarle cuando yo estaba en el lavabo en la peluquería. John

dijo que eran la pareja de la tienda contigua, que siempre estaban a la greña. Pero, aunque oí la voz de la mujer, no pude distinguir la del hombre, que hablaba en voz baja. Podría haber sido John.

–Muy bien. –Charles tomó nota–. Nos pasaremos por esa tienda más tarde. Lo siguiente.

–Espera un momento. Él me contó que había estado casado una vez. Es una idea. Me pregunto si tuvo hijos y quién es su heredero.

–Intentaremos averiguarlo.

–Había otra candidata al chantaje. Una clienta habló con él de su hija Betty. Dijo que creía que no solo era una adicta, sino que también traficaba. Su marido se llamaba Jim.

–Muy bien. Más.

–Ya sabemos lo de la señora Darry, Maggie y Liza Friendly. Espera. También está Josie.

–¿Quién es?

–Una jovencita, la recepcionista sosa. Parecía coladita por John y muy celosa de mí.

–Ah –exclamó Charles tomando otra nota–. Me parece que de esa puedo encargarme yo. Iré a que me corten el pelo y me la camelaré. Así podré sonsacarle cotilleos sobre las clientas.

–Además –dijo Agatha–, ¿te acuerdas de que Liza nos habló de que mientras vigilaba la casa vio a una rubia? ¿Cómo la describió? Rubia, me parece, con aspecto de conejo, dientes prominentes, piernas flacas. Y eso es todo lo que tenemos.

–Pues una de las sospechosas, o puede que alguien que no conozcamos todavía, tenía las llaves de su casa. Acuérdate de que no oíste que nadie forzara la entrada... a no ser... Oh, ¿por qué no hemos pensado en lo más obvio?

–¿El qué?

–Estoy por asegurar que cuando tú entraste no cerraste con llave.

Agatha lo miró con los ojos abiertos de par en par.

–¡Piensa! –la apremió Charles–. ¿Era una cerradura Yale, de las que se cierran automáticamente con un clic?

–No –dijo Agatha despacio–. Era una de muesca. Una llave grande.

–Eso lo explica todo.

Agatha le agarró con fuerza del brazo.

–¿No lo entiendes? Si alguien pudo entrar así, ¡entonces también debía de saber que yo estaba allí!

–Es posible. O tal vez probó primero la manija con la intención de forzar la cerradura si la puerta estaba cerrada con llave. ¿Tenía cristales?

–Sí, de esos de vidrio policromado. Mira, Charles, creo que nos estamos centrando demasiado en el móvil del chantaje.

–¿Y qué otro móvil puede haber?

–Oh, pues la pasión y los celos. Mujer celosa, marido celoso. Recuerda que alguien le dio una paliza.

–Sigo prefiriendo la perspectiva del chantaje –contestó Charles en un tono de voz tan autoritario que a Agatha le entraron ganas de demostrarle que se equivocaba.

–Si has acabado –dijo Agatha malhumorada–, vayamos a la tienda contigua a la peluquería. Espera un segundo. ¿Estará cerrada la peluquería?

–Pues claro, mujer.

–De todas maneras, echemos un vistazo.

Recorrieron High Street. Como era de esperar, la peluquería estaba cerrada y a oscuras.

–Miremos la tienda de al lado –dijo Charles.

Ambos entraron en un pequeño establecimiento mal iluminado que vendía recuerdos baratos.

Había una mujer inmensa detrás del mostrador, que vestía una camisa de hombre y unas mallas. Le veían las mallas porque estaba inclinada recogiendo algo de los estantes de abajo tras el mostrador.

–Disculpe –dijo Agatha.

La mujer se irguió y se dio la vuelta. Tenía la cara redondeada y una expresión agresiva, y llevaba unas gafas gruesas.

–¿Qué quiere? –le espetó.

Agatha, acostumbrada a los modales habitualmente amables de los tenderos de Evesham, parpadeó y respondió:

–Nos preguntábamos si sabe que el hombre del local contiguo ha sido asesinado.

–¿Y a usted qué le importa? No es policía. ¿Quién es usted? ¿Una más de esas morbosas que quieren cotillear acerca del asesinato y no va a comprar nada?

Agatha decidió jugársela.

–La oí amenazar de muerte a John Shawpart.

La cara de la mujer dibujó una expresión de sorpresa absoluta.

–¡Nunca he hecho nada semejante! ¿Cuándo se supone que lo amenacé?

–Yo estaba en el lavabo de la peluquería hace unas semanas. Le pregunté a John Shawpart al respecto y dijo que su marido y usted siempre estaban discutiendo.

La mujer extendió una manaza gorda, sin anillo.

–No estoy casada. Vengan conmigo. –Levantó la hoja batiente del mostrador. Agatha y Charles entraron, y ella los acompañó hasta la cocina mugrienta de la trastienda y abrió la puerta–. ¡Miren!

Apenas había una estrecha franja de patio. En el lado de la peluquería se alzaba un muro alto.

–Al otro lado de ese muro está el patio de la peluquería –dijo–. A quienquiera que fuese que usted oyera, desde luego no era yo. Seguramente fue alguien desde el patio del peluquero.

La campanilla de la tienda tintineó.

–Tengo un cliente –dijo–. Váyanse de aquí.

–¿Qué crees? –preguntó Charles cuando volvieron a salir a High Street.

–Creo que John mintió, estoy segura –respondió Agatha–. Y mira, hay una peluquería nueva enfrente. Eve’s, se llama. Asómate al escaparate.

–Sí. ¿Y qué?

–Mira la mesa. Está la recepcionista, Josie.

–En ese caso, vete a dar una vuelta, Aggie. Y deja que entre, me corten el pelo y me la camele.

–¿Cuánto tardarás?

–Dame una hora. Toma, las llaves del coche. Nos vemos en el aparcamiento.

–Hagamos otra cosa. Primero entras tú y al cabo de un rato entro yo y pido cita. A lo mejor ahora trabaja ahí todo el personal del otro establecimiento.

Agatha esperó con impaciencia mientras Charles cruzaba la calle y entraba. Habló un rato con Josie, que primero rio entre dientes y, al poco, ya se carcajeaba. Luego él desapareció en el interior de la peluquería.

Agatha cruzó la calle. Josie seguía sonriendo, pero al ver a Agatha la sonrisa se le borró de la cara.

–Así que estáis aquí –dijo Agatha animadamente.

Dentro del salón vio a Garry y a dos de los antiguos asistentes de John.

–Sí, tuvimos mucha suerte. Eve abrió y nos contrató a todos.

–¿Quién es Eve?

Josie dejó escapar un suspiro impertinente y se inclinó sobre la agenda de citas.

–Apúntame para pasado mañana. A las tres.

–¿Con Garry?

–No, probaré con Eve.

–Entonces tendrá que ser a las cuatro.

–Vale, me va bien.

Agatha volvió a salir a High Street. Paseó por Evesham, fue por Bridge Street hasta los Jardines de la Abadía, se sentó, fumó y luego se dirigió hacia el coche de Charles, al que encontró delante, esperándola.

–¿Cómo te ha ido?

Él le cogió las llaves y abrió el coche.

–Te lo explico de camino a Badsey.

Nada más arrancar, se lo contó todo.

–Esta noche voy a cenar con Josie. Por lo que sé, llegó una nueva peluquera y los contrató a todos. Una mujer de aspecto curtido. Los hace trabajar a todos: cortando, haciendo permanentes y tiñendo como si estuvieran en una cadena de montaje. Josie me lo acabará de contar todo esta noche.

–¿Crees que esta nueva peluquera podría haberse cargado a John para quedarse con su negocio?

–Tienes una imaginación demasiado fértil, Aggie. Esto no es un programa de la tele del domingo por la noche; es la vida real. Tenemos a un chantajista muerto. Así que resulta perfectamente lógico pensar que alguien lo envenenó para quitárselo de encima si sentía su vida amenazada.

–Bueno, veamos qué nos cuenta Maggie –dijo Agatha malhumorada–. Seguramente se trate de otra mujer con un marido agresivo.

–Al menos, su coche está ahí fuera –dijo Charles cuando se acercaba–. Si es que es el suyo y no el del marido.

Se apearon y recorrieron el sendero que llevaba a la entrada principal, tan desigual que amenazaba con torcerles los tobillos. El jardín estaba descuidado y cubierto de malas hierbas, y los visillos de las ventanas, sucios.

Agatha pulsó el timbre.

–No suena –dijo Charles–. Llama con los nudillos.

Agatha dio unos golpecitos en los cristales de la puerta. «Me pregunto por qué hay gente que quiere ser periodista. Están condenados a que los rechacen continuamente», pensó.

La puerta se abrió con la cadena echada y uno de los ojos saltones de Maggie los miró fijamente.

Agatha esbozó la mejor de sus sonrisas.

–¿Se acuerda de mí, señora Henderson? Nos conocimos en la peluquería, en Mr. John's, en Evesham.

–¿Qué desea?

–Queríamos hablar con usted sobre el difunto John Shawpart.

–No tengo nada que decir.

–Sabemos que la chantajeaba –dijo Charles.

La puerta se cerró de golpe. Agatha y Charles se miraron.

Entonces oyeron el ruido de la cadena al caer y la puerta se abrió.

Maggie Henderson les clavó una mirada triunfal.

–Ahora no pueden hacerme nada. Supongo que se habrán hecho con las cartas que tenía ese cabrón. Bueno, el daño ya está hecho. Mi marido me ha dejado, así que váyanse a la mierda.

–No somos chantajistas –dijo Agatha–. ¿Podemos pasar? Todas las pruebas han sido destruidas.

–¿En el incendio?

Agatha asintió.

–La razón por la que quiero averiguar quién lo asesinó y quién incendió la casa es que yo estaba dentro cuando prendieron fuego. Fui allí para destruir todas las pruebas. Pero no se lo cuente a la policía, no lo sabe.

La expresión del rostro de Maggie se suavizó.

–Así que usted también era una víctima. Pasen.

–No exactamente... –empezó a decir Agatha, pero Charles le presionó el brazo a modo de advertencia mientras seguían a Maggie al interior de la casa, como si quisiera decirle: «Deja que crea que eres una compañera de fatigas».

El salón estaba desordenado y lleno de polvo.

–Me telefoneó una mujer policía –dijo Maggie–. Siéntense. Solo quería revisar la lista de clientas y cuando leí que la casa se había incendiado, rogué que mis cartas se hubieran quemado con ella. Mire, con todo lo que llovió aquel día pensé que a lo mejor no habían ardido, pero la policía me dijo que él utilizaba gas butano y guardaba bombonas vacías en el sótano. El butano explotó. Dijo que incluso se había destruido lo que guardaba dentro del archivador.

«Yo ni llegué a ver ese archivador», pensó Agatha.

–Y bien, cuénteme, ¿qué pasó entre John y usted? –preguntó–. Yo soy Agatha Raisin y este es sir Charles Fraith.

–Bien, señora Raisin...

–Llámeme Agatha.

–Ese es un nombre poco frecuente estos días –dijo Maggie–. Tenía una amiga que se llamaba Agatha, pero se cambió el nombre por el de Helen. Decía que no soportaba que la gente la llamara Aggie.

–Sé cómo se sentía –dijo Agatha fulminando a Charles con la mirada.

–Me alegré mucho cuando me enteré de su muerte –dijo Maggie–. Yo podría haberlo matado. Pero soy una gallina. Las cosas no iban muy bien en mi matrimonio. Pete era un buen marido, supongo, pero se le daba demasiado bien soltar comentarios de desprecio desagradables. Cada vez que íbamos al pub con amigos, yo sabía que habría una discusión en el camino de vuelta a casa. «Por qué dijiste eso, quedaste como una tonta, parecías una fulana», ese tipo de cosas. Pero así es el matrimonio. Entonces, John empezó a pedirme que saliera con él, encuentros furtivos. Pete trabajaba fuera y yo estaba disfrutando de mis vacaciones escolares. Me hizo sentir una princesa. Empecé a quejarme de Pete delante de él. Se mostró muy comprensivo. Dijo que muchas mujeres estaban atrapadas en matrimonios desdichados porque carecían de los medios económicos para dejar a sus maridos. Yo le dije que

siempre había dispuesto de mi propio dinero. Mis padres murieron en un accidente de coche y me dejaron en una posición desahogada. Él me incitó a hacer algo. Por primera vez me pareció posible reunir el valor suficiente para abandonar a Pete. Esta casa es mía.

Se calló.

–Y entonces ¿qué pasó? –la apremió Agatha.

–Me hizo el amor y me sentí hermosa. –Agatha sintió una leve punzada de arrepentimiento por no haberse enrollado con el peluquero–. Entonces, después de eso, de repente empezó a estar muy ocupado para verme, incluso para peinarme. Yo estaba obsesionada, frenética. Las vacaciones escolares acababan y sabía que ya no dispondría de tanta libertad. Así que le escribí para recordarle nuestro amor, nuestra tarde de amor.

»Cuando dijo que quería volver a verme, no cabía en mí de alegría. Nos vimos en esa tetería junto al río. Me dijo que quería dinero, cinco mil libras. Si no se lo daba, le mandaría la carta a mi marido. En aquel momento, le odié. Ni por un instante creí que se atreviera a hacerlo. Así que le dije que hiciera lo que le viniera en gana.

»Me sentía culpable por cómo había engañado a Pete con aquel hombre perverso e indigno. Al día siguiente, Pete no fue a trabajar por un resfriado. El correo no había llegado cuando yo salí hacia la escuela. Así que Pete recibió la carta. John debió de haberla mandado justo después de que nos separáramos el día anterior.

»Al volver a casa, Pete había hecho las maletas y se había ido. Mi carta estaba encima de la mesa, y Pete me dejó una escrita por él llamándome de todo... de puta para arriba. –Se le quebró la voz–. Me siento tan sola sin él... Nunca creí que me pasaría. Solía soñar día y noche con mi libertad y ahora que la tengo, es una mierda.

Se echó a llorar.

Agatha le pasó un montón de pañuelos de papel de una caja que había sobre la mesa polvorienta. Maggie se sonó la nariz y se enjugó las lágrimas.

–¿Dónde se encuentra ahora su marido? –quiso saber Charles.

–En casa de su madre, en Honeybourne.

–¿Usted o su marido acudieron a la policía?

–¡Oh, no! Yo quemé mi carta y la de Pete. Y cuando leí lo del asesinato me puse histérica. Creí que había sido Pete. Pero fue un envenenamiento y Pete seguramente lo habría matado de una paliza. Mi Pete tiene un temperamento violento.

–Tal vez deberíamos hablar con su marido –sugirió Charles al recordar la descripción de Agatha de la cara magullada del difunto.

Agatha esperaba que Maggie reaccionara horrorizada, pero se apretó las manos temblorosas y dijo:

–Si pudieran. Él no quiere hablar conmigo y su madre es quien contesta las llamadas y se niega a pasármelo. Díganle que le echo de menos. La verdad, no es que me hiciera mucha compañía, pero arreglaba bien todo lo que se estropeaba.

–Denos su dirección –dijo Charles–, y veremos qué podemos hacer.

–Es el número diez de Parton Lane, en Honeybourne. ¡Pero no le hablen de mí a la policía! Tal como están las cosas, ya me encuentro lo bastante apesadumbrada. Lo único que quiero es que Pete vuelva. Una no sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

«Ojalá James Lacey pensara igual», murmuró para sí Agatha.

Cuando Charles y Agatha volvieron al coche, él miró su reloj y dijo:

–No podemos entretenernos mucho con la siguiente visita. Tengo que ir a cenar con Josie.

–Tenemos tiempo –dijo Agatha–. Honeybourne no está lejos de aquí.

Encontraron la dirección con facilidad.

–Allá vamos –dijo Charles.

Abrió la puerta una mujer pequeña y encorvada que levantó la mirada desde debajo de una mata de pelo gris.

–¿Es usted la señora Henderson? –preguntó Agatha.

–Sí, y no me interesa comprar nada.

–Hemos venido a ver a su hijo –dijo Charles.

–¿Quiénes son ustedes?

–La señora Agatha Raisin y sir Charles Fraith.

Ella frunció el ceño y los miró con suspicacia, luego entró en la casa. Se oyó un rifirrafe dentro y a continuación un hombre corpulento ocupó el espacio del umbral.

–¿Sí? –preguntó en un tono agresivo.

Qué fácil resultaría si fueran detectives, pensó Agatha. Bastaría con mostrar la identificación y exigir que les franquearan el paso.

–Estamos aquí por el asunto del peluquero, John Shawpart –dijo Agatha.

–¿Qué coño tiene que ver eso con ustedes?

–Nos preguntábamos por qué le propinó una paliza –contestó Charles poniéndose delante de Agatha.

–¿Son de la policía?

–No, pero nos hemos visto implicados en el caso.

Pete Henderson le dijo secamente a Charles que se fuera a practicar un acto anatómico imposible consigo mismo. La puerta empezó a cerrarse.

–Maggie le echa de menos –dijo Agatha a la desesperada–. Mucho.

La puerta se quedó quieta.

–Fue culpa suya –dijo Pete–. Zorra.

–Se trató tan solo de un error –intentó engatusarle Agatha.

–Pues le está bien empleado –gruñó él–. ¿Acaso creía que algún hombre iba a interesarse por ella? Tendría que haberse dado cuenta de que era un chantajista.

–Pero la engañó –dijo Agatha–. Ahora ella le echa de menos y está muy angustiada.

Un destello de satisfacción sustituyó a la ira que irradiaban sus ojos.

–Espero que sufra –dijo, y les cerró la puerta en las narices.

–Y bien, ¿qué concluimos de todo esto? –preguntó Agatha cuando se alejaban con el coche.

–Me parece que podemos estar bastante seguros de que fue él quien le dio la paliza a John Shawpart. Mejor te llevo a tu casa, Aggie. Tengo que ver a Josie.

–Te esperaré levantada para que me cuentes las novedades.

–Bueno...

–¡Ni se te ocurra, Charles! ¡Una jovencita como esa!

–No te preocupes. Seguramente vive con sus padres.

Cuando Charles se hubo marchado, Agatha planeó pasar el resto de la velada tranquila, pero agentes del Departamento de Investigación Criminal de Worcester fueron a visitarla para revisar su declaración. En esta ocasión, estaban interesados en saber por qué había mentido al decir que no había pasado en coche por delante de la casa de Shawpart. En un tono cansino, Agatha explicó que fue porque un asesinato hacía que todos se sintieran culpables y no había querido parecer como una de esas cotillas que pululan por los escenarios de catástrofes. Cuando se fueron, se sentía casi como si hubiera sido ella la asesina.

Se dio un baño caliente, se puso un camisón y una bata y se sentó delante del televisor, esperando a que Charles volviera de su cita. A veces se preguntaba si él la veía como algo más que una especie de diversión para animar su vida. Era un hombre tan pulcro y reservado como un gato. Aunque se había instalado temporalmente con ella, no parecía ocupar el menor espacio.

Ya era cerca de medianoche y se estaba adormilando en el sillón cuando lo oyó llegar en coche.

Se puso en pie con esfuerzo y abrió la puerta.

–No pretenderás seducirme, ¿verdad que no, Aggie? –fue el saludo de Charles al verla con la sencilla y práctica bata que llevaba por encima del camisón de algodón de cuello alto.

–Pasa y cuéntamelo todo.

Agatha lo llevó hasta el salón y apagó rápidamente el televisor, donde emitían una reposición de *Star Trek*, por si a Charles le entraban ganas de verla.

Charles se sirvió una copa y se sentó.

–He descubierto la identidad de la rubia esbelta con dientes de conejo.

–¿Quién es?

Sacó su pequeño cuaderno de notas.

–Jessie Lang. Una joven de Evesham. Josie me contó con amargura que un día se presentó en la peluquería y montó un escándalo.

–¿Por qué?

–Parece que él la había dejado plantada.

–¿Otra mujer atrapada en un matrimonio infeliz?

–No, trabaja como recepcionista de un dentista, está soltera y no parece ser una persona adinerada.

–¿Tienes su dirección?

–No, Josie dijo que la policía se había quedado el cuaderno con los registros de las citas y, en cualquier caso, ahí solo anotaban números de teléfono. Pero trabaja con un dentista de High Street. Tengo esa dirección. Dios, estoy muy cansado. Mañana iremos a hacerle una visita.

–¿Algo más?

–Bueno, nuestra Josie estaba colada por su jefe, eso me ha quedado claro, pero creo que no llegó a nada. Parecía más que dispuesta a volcar su afecto en mí.

–¿Y tú qué le dijiste?

–Pues que te amaba solo a ti. Por suerte, se lo dije en los cafés, porque a partir de ese momento la velada se echó a perder.

–¿Cómo reaccionó ella?

–Prefiero que no lo sepas.

En realidad, Josie había exclamado: «¡Qué! ¡Esa vieja bruja!».

–¿Y qué hacemos con Portsmouth?

–Puede esperar. Lo que importa está aquí, Aggie.

–¡Me gustaría que dejaras de llamarme así! Y yo creo que lo importante empezó en Portsmouth. ¿Y si chantajeó a sus clientas allí y una de ellas lo siguió hasta aquí? Oh, la policía de Worcester me hizo una visita cuando estabas fuera. Solo por incordiar. Me hicieron las mismas preguntas, con la única salvedad de que habían descubierto que mentí sobre cómo me había enterado de que la casa de John se había incendiado. Consiguieron hacerme sentir culpable.

–¿Qué haremos mañana en el dentista? –preguntó Charles–. ¿Entramos por las buenas y le preguntamos allí mismo?

–No, seguro que saldrá para ir a comer. Sabemos qué aspecto tiene. Nos acercamos a mediodía y entonces la abordamos.

–También puede comer en la consulta. Sugiero recurrir a mi encanto personal e invitarla a comer fuera. Podrías aprovechar para ir a la peluquería.

–Tengo cita con Eve en persona, pasado mañana a las cuatro.

–Intenta cambiarla.

–Creo que a la espantosa Josie le encantará decirme que no hay horas libres, pero aun así lo intentaré. Llamaré por la mañana. Oh, cuando volvimos de Honeybourne se me olvidó comprobar si había algún mensaje nuevo.

Agatha se acercó al teléfono y marcó. Escuchó y al cabo colgó el aparato y se volvió hacia Charles.

–Un mensaje de la señora Darry. Dice que quiere verme. Parecía la señora Darry de siempre. Desagradable y cabreada. Bueno, me lo pensaré. A lo mejor me paso por su casa cuando hayamos acabado en Evesham.

Al día siguiente, Agatha dejó a Charles delante de la consulta del dentista y fue a la peluquería. Josie no se mostró precisamente educada, pero dijo que había habido una cancelación. A Agatha le lavaron el pelo y luego la llevaron ante Eve.

Eve era una mujer alta y escultural, como el mascarón de un barco antiguo, de pecho turgente, pelo oscuro ondulado y brazos redondeados.

Mientras le secaba el pelo, Agatha le preguntó:

–¿Conocía a John Shawpart?

–¿El peluquero asesinado? No. Muy triste todo –dijo Eve–. Aunque una suerte para mí. Acababa de montar el negocio y necesitaba personal, así que solo tuve que contratar al suyo. Me parece que le pondré unos rulos y la dejaré en el secador. Así el peinado queda más firme.

–¡No quiero nada demasiado ostentoso!

–Oh, tendrá un aspecto genial.

–¿Es usted de Evesham, Eve?

–No, me mudé hace poco. Me pareció un buen lugar para montar el negocio.

–¿Dónde estaba antes?

–En Worcester.

Agatha permaneció en silencio mientras Eve apagaba el secador, le ahuecaba el pelo y lo rociaba de agua.

–Yvette, pon a Agatha al secador –dijo Eve.

–Ha sido espantoso lo de Mr. John –le dijo Agatha a Yvette.

–Ajá. ¿Quiere unas revistas?

Agatha asintió. Yvette bajó el secador sobre su cabeza. Luego dejó caer varios ejemplares de *Vogue* y *Good Housekeeping* del año anterior sobre su regazo. Al principio, Agatha se entretuvo leyendo horóscopos caducados para ver si había pasado en su vida algo remotamente semejante a lo que decían, pero, como la mayoría de los horóscopos, eran tan vagos que uno podía interpretarlos como quisiera.

Pasó el tiempo. Agatha consultó el reloj con los ojos entornados. Su pelo estaba ya casi seco cuando le pusieron los rulos y llevaba aproximadamente una hora bajo el molesto secador.

Con gesto resuelto, dejó las revistas en una mesa que tenía al lado, sacó la cabeza del secador y recorrió el salón.

Ni rastro de Eve.

–¿Dónde está? –gritó Agatha.

–Ha salido a comer –dijo Garry, que le estaba haciendo la permanente a otra clienta.

–¿Qué clase de peluquería es esta? –aulló Agatha–. ¡Quiero que acaben de peinarme ahora mismo!

Garry la miró asustado.

–Está en el restaurante de al lado. Iré a buscarla.

Agatha se quedó donde estaba, hecha una fiera. Eve volvió corriendo.

–¿Tenemos prisa? –preguntó con amabilidad.

–No sé a usted, pero a mí no me gusta que me tengan esperando –le espetó Agatha.

–Bueno, ahora estoy aquí –dijo Eve en tono apaciguador.

La condujo hasta una silla y empezó a quitarle los rulos. Luego la peinó hacia atrás y le alisó el pelo.

Agatha miraba fijamente su reflejo en el espejo.

–Eso –dijo con amargura– es el epítome de los peinados provincianos de mujeres de mediana edad. Demasiado inflado.

–Es la última moda –dijo Eve.

–Fue la última moda en algún momento de los años sesenta.

–Si quiere se lo rehago.

–Oh, déjelo. Cóbrese; quiero irme ya.

Malhumorada, Agatha volvió al aparcamiento a esperar a Charles. Por suerte, habían venido en su propio coche, así que se sentó en el interior, fumó y esperó, y siguió esperando.

Finalmente apareció Charles, que se echó a reír en cuanto vio el peinado de Agatha.

–Oh, cállate –le espetó Agatha–. No pienso volver ahí. ¿La invitaste a comer mientras yo esperaba aquí sentada muerta de hambre?

–No, nuestra Jessie estaba muy asustada. Dijo que no conocía a nuestro John, se negó en redondo a hablar de él.

–Y entonces ¿qué te ha entretenido?

–Fui a comer.

–¿Y por qué no fuiste a buscarme?

–No se me ocurrió. Tenía hambre.

–Me voy directa a casa a pasarme el cepillo y cargarme este peinado, y a comer algo. Tú puedes hacer lo que te dé la gana.

–Puesto que conduces tú –dijo Charles en un tono de voz meloso–, allá donde vayas, iré yo.

Agatha se pasó todo el trayecto de vuelta a Carsely refunfuñando sobre el increíble egoísmo de los hombres.

Una vez en casa, recuperó el buen humor gracias a dos sándwiches de pollo y una sopa, y después de alisarse el pelo cepillándose.

–¿Y ahora qué? –preguntó–. Tal vez debería haber ido a hablar con Jessie Lang.

–Puedes probar todavía. ¿Y qué me dices de la señora Darry?

–Dios, me había olvidado de ella. Demos un paseo hasta su casa. Probablemente se haya arrepentido de contarnos nada.

–Muy bien. Mira, Aggie, si pusieron la ricina en sus píldoras de vitaminas, pudieron hacerlo en cualquier momento. Lo único que tenía que hacer el asesino era esperar. ¿Sabes a qué me refiero? Envenenas un par de píldoras y puedes estar fuera del país cuando la víctima se las tome.

Agatha suspiró.

–Empiezo a preguntarme si llegaremos a descubrir alguna vez quién lo hizo.

–En cualquier caso, veamos qué tiene que contarnos la señora Darry.

El día se había vuelto frío y gris cuando atravesaron el pueblo caminando. Las primeras hojas de otoño se arremolinaban a sus pies.

–Todo parece tan lejos ahora –dijo Agatha–. No me gusta el invierno en el campo. En la ciudad, apenas si lo notas. Buenas tardes, hace un tiempo espantoso, ¿verdad?

–¿Quién era esa mujer a la que acabas de saludar?

–No lo sé –dijo Agatha–. Aparte de las mujeres de la sociedad femenina, no conozco a mucha gente del pueblo. En Carsely todos nos damos los buenos días y las buenas tardes, tanto si nos conocemos como si no.

–¿Y dónde ha quedado el espíritu de comunidad?

–Creo que desapareció cuando todo el mundo tuvo coche –dijo Agatha–. Los niños van a la escuela en autobús y muchos padres trabajan en Birmingham o Worcester y se desplazan en tren cada día. Ya hemos llegado. No puedo evitar desear que no esté en casa.

El pequeño *cottage* estaba en silencio y a oscuras.

–Ahí tiene el coche –dijo Agatha–. Probablemente haya ido a pasear al perro. No te asomes a la ventana, Charles. Ya te lo he dicho, ha salido. ¡Charles!

Él se dio la vuelta y la miró con expresión extrañamente contraída y crispada.

–Aggie, se ven un par de pies sobresaliendo por detrás del sofá.

–Debe de estar enferma. Probemos con la puerta.

Agatha hizo girar el pomo de latón de la puerta principal. Se abrió. Agatha se precipitó al salón. La señora Darry yacía tumbada detrás del sofá. La sangre que manaba de una herida de considerables dimensiones en la cabeza se extendía sobre la alfombra. Junto a ella yacía también el cadáver de su perrito, y al lado de ambos, un atizador de metal ensangrentado.

Charles se arrodilló junto a la señora Darry, le buscó el pulso y no lo encontró.

Sacudió la cabeza desconsolado. Agatha marcó el 999 y pidió una ambulancia y que viniera la policía.

Se volvió hacia Charles.

–Me parece que voy a vomitar.

–Pues mejor sal y hazlo en la calle.

Agatha salió corriendo. Estaba completamente mareada. Intentó recomponerse y volver junto a Charles, pero ya no tenía valor para entrar de nuevo en la casa de la muerte. Por alguna razón, el recuerdo del perrito con la cabeza aplastada hacía que la imagen se le hubiera grabado en la mente de una manera terrorífica. Había sido un asesinato cometido con una rabia salvaje. Un asesinato cometido en Carsely. Un asesinato de alguien cercano a Agatha Raisin.

Fred Griggs, el policía del pueblo, llegó a toda prisa. Agatha le contó con voz débil y temblorosa lo que había sucedido. El agente entró en la casa.

Entonces llegaron otros dos coches de policía; Bill Wong, el inspector Wilkes y varios detectives de paisano más, así como agentes de uniforme. Al poco se presentó la ambulancia.

Agatha esperó temblando.

Por fin salió Bill Wong.

–Te llevaré a casa, Agatha. Tienes muy mal aspecto.

–Es por el pelo –balbuceó Agatha descabelladamente–. Esa maldita peluquera me fastidió el peinado.

–Sube al coche. Te sentirás mejor en cuanto te tomes una taza de té.

Ya en su *cottage* y pese a sus quejas de que no podría tomar nada, Bill le preparó una taza de té dulce con leche.

–Intenta beberlo. Ya verás como te sientes mejor.

–Si hubiera ido a verla anoche... –se lamentó Agatha.

–¿Por qué? ¿Por qué anoche? ¿Qué sabes?

–Bueno, ahora que ha muerto puedo contártelo. Ese peluquero la había estado chantajeando.

–Bebe un poco de té y cuéntamelo todo desde el principio.

Agatha obedeció y luego, con voz vacilante, le habló de la señora Darry.

Cuando acabó, él le preguntó:

–¿Le contaste algo de esto a los del Departamento de Investigación Criminal de Worcester?

Ella negó con la cabeza.

–¿Por qué no? A lo mejor seguiría viva si se lo hubieras contado. Mira que te he avisado no sé cuántas veces del peligro de jugar a detectives aficionados.

–Ella me lo contó dando por supuesto que todo quedaba entre nosotras.

–¿Hay algo más que no hayas contado a la policía?

Agatha ansiaba quitarse aquel peso de encima, pero no podía delatar a Liza ni a Maggie. Además, ¿acaso alguna de esas dos mujeres habría sido capaz de cometer un asesinato tan salvaje?

–No –mintió–, nada.

Una voz en su cabeza gritaba que cualquier mujer aterrada, ante la posibilidad de que la descubrieran como asesina, podría matar de nuevo en un ataque de rabia, pero aun así mantuvo la cabeza gacha y miró fijamente el suelo.

–Tengo que volver a la casa –dijo Bill–. Pasaremos más tarde a tomarte declaración. ¿Por qué fuiste a visitarla?

–Dejó un mensaje en mi buzón de llamadas.

–¿Y qué te decía en él?

–Que quería verme. Sonaba tan malhumorada y cabreada como siempre.

–Espera aquí.

Bill salió. Agatha se quedó sentada, abrazándose. Se había levantado un fuerte viento que gemía en el techo de paja.

La puerta se abrió y entró Charles. Ella se levantó y se echó en sus brazos.

–Es horrible, Charles. Dejémoslo en manos de la policía. Olvidémonos de todo.

–Tranquila. Trata de recomponerte. Vendrán enseguida. Imagino que le habrás contado a Bill Wong que Shawpart intentó chantajear a la señora Darry. ¿No le has hablado de las demás?

–No.

–Yo tampoco. Así que esperemos. No solo tenemos que aguantar el interrogatorio de la policía de Gloucester sino también el de la de Worcester por la relación con Shawpart. Va a ser un día muy largo, Aggie.

Y lo fue. Los condujeron a la comisaría de Worcester y allí volvieron a interrogarlos.

Agatha se sentía débil y enferma. Finalmente, los dejaron ir con una severa advertencia: que no se entrometieran en el trabajo policial.

–¿Una copa? –preguntó Charles.

Agatha se estremeció.

–Solo quiero irme a casa.

–Eh, nos han traído en un vehículo policial. ¿Cómo esperan esos mezquinos que volvamos? Vamos a pedirles un vehículo.

–Cogeremos un taxi. No pienso volver a entrar ahí.

–Aggie, estamos en Worcester. Nos costará un pastón. Que nos lleven ellos.

–Pago yo.

Se sentaron sin hablar, uno al lado del otro, en el taxi que los llevaba de regreso. Agatha rompió el silencio cuando ya se acercaban a Carsely.

–Charles, ¿te ha dejado indiferente todo esto? Me refiero a que parece como si no te hubiera afectado.

–Fue desagradable, pero he conseguido quitármelo de la cabeza.

–Ojalá fuese como tú –murmuró Agatha–. Yo creo que seguiré viendo a la pobre señora Darry allí tumbada hasta el día que me muera.

–Vamos, vamos. Ni siquiera te caía bien.

–Esto no atenúa el horror.

–Para mí, sí –comentó Charles, y a Agatha le pareció una indiferencia verdaderamente cruel.

Una vez en casa, él sirvió copas para ambos y encendió la chimenea, que afortunadamente había limpiado la asistente de Agatha, Doris Simpson, reincorporada ya al trabajo.

Charles se acomodó para leer los periódicos que habían repartido esa mañana.

–Escucha esto, Aggie –dijo haciendo crujir el periódico–. Aquí dice: «Los científicos pronto podrán utilizar una mota de caspa, un sello lamido o una huella dactilar sucia en las llaves del coche para detener y acusar a criminales. Los investigadores han desarrollado un método de identificación del ADN válido con una única célula humana». No se te caería un poco de caspa por la casa de Shawpart, ¿no?

–Yo no tengo caspa –dijo Agatha irritada–, y, en cualquier caso, la policía sabe que lo visité, aunque no que estaba allí cuando se inició el incendio. Así que no importa.

–Comamos algo.

–Soy incapaz de comer en estos momentos.
Charles dejó el periódico.
–Prepararé alguna cosa. Tienes que conservar las fuerzas.
Un cuarto de hora después, llamó a Agatha a la cocina.
–Un tazón de sopa y una tortilla de queso. A ver si puedes con esto.
Para su sorpresa, Agatha descubrió que tenía hambre.
Intentó ver la televisión después de cenar, pero al poco dijo:
–Me parece que me acostaré temprano.
–Buena idea.

Agatha no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía a la señora Darry y al perro yaciendo en el charco de su propia sangre.

Se levantó de la cama y fue a la habitación de Charles. Él estaba despierto, leyendo.

–No puedo dormir –dijo Agatha–. Me vienen imágenes terroríficas a la cabeza.

–Ven y acurrúcate a mi lado.

Ella se metió en la cama. Él la abrazó y empezó a besarle el pelo.

–Charles –se quejó Agatha–, no he venido para...

SEIS

Agatha se despertó por la mañana y vio que Charles se había ido. Se desperezó y bostezó, y luego recordó la noche de amor como si todo hubiera sucedido en un sueño. Pero el sol brillaba fuera y las imágenes terroríficas habían desaparecido.

Bajó a la cocina. Charles había dejado una nota:

Acabo de recordar que hoy llegan unos invitados a casa.

Te llamo luego,

CHARLES

No le habría hecho ningún daño dejar también algún comentario afectuoso, pensó Agatha. Volvió arriba, se lavó, se vistió y justo en ese momento llamaron al timbre. Por primera vez, no deseó que fuera James. Debía de ser Charles. Con una sonrisa alegre, abrió la puerta de par en par.

Ante ella estaba la señora Bloxby. La expresión de Agatha se ensombreció.

–Oh, es usted. Pase.

–¿A quién esperaba?

–A Charles. ¿Se ha enterado del asesinato? Claro. Fue espantoso. Absolutamente espantoso. ¿Tenía familia?

–Un hijo y una hija –contestó la señora Bloxby–. Ahora mismo están con la policía.

Agatha le contó todo lo que había pasado con la señora Darry, el intento de chantaje, y sus pretensiones de hacer de detective por su cuenta.

–Pero no podría haber llegado muy lejos –exclamó la esposa del vicario–. A no ser, claro, que hubiera conocido previamente a John Shawpart. ¿Dónde vivía él antes de venir a Evesham?

–En Portsmouth, o eso dijo al menos. Es posible que hoy me acerque hasta allí para ver qué puedo averiguar.

–¿Y de quiénes sospechan?

–No creo que tengamos ningún sospechoso principal, salvo, tal vez, el marido de la señora Friendly o el de Maggie Henderson. Hay una tal Jessie Lang que trabaja en la consulta de un dentista en Evesham que también lo conocía y a la que se vio en su casa. Oh, y John me dijo que había estado casado. La policía seguramente sabe con quién y dónde, pero no compartirán esa información conmigo.

–¿Y dónde está hoy Charles? –preguntó la señora Bloxby alegremente, con demasiada alegría incluso, o eso le pareció a Agatha mientras aquellos ojos afables escrutaban su expresión.

–Oh, tiene invitados. Seguramente volverá más tarde.

«¿Se habrá llevado sus cosas?», se preguntó Agatha repentinamente.

–Por descontado, no creo que el criminal sea un hombre –dijo la señora Bloxby.

–¿Por qué?

–Es un presentimiento.

–No sé. Claro que el envenenamiento es un arma tradicionalmente femenina.

–En la historia, un montón de envenenadores famosos fueron hombres: Neill Cream, Carlyle Harris, Roland B. Molineaux, Henri Landru y muchos más.

Agatha suspiró.

–Siempre me olvido del incendio. Quienquiera que lo provocara mató también a John, estoy convencida de ello. ¿Dónde vivía la señora Darry antes de instalarse aquí?

La señora Bloxby frunció el ceño en un gesto de concentración. Luego negó con la cabeza.

–Me lo dijo, pero ahora no lo recuerdo. Ya me acordaré. Creo que tendría que dejar esto en manos de la policía, querida. El asesinato de la señora Darry ha sido una salvajada. Tal vez lo más sensato por su parte sería alejarse durante un tiempo. Si el asesino es alguien con quien ya ha hablado, podría ir tras usted.

–Seguiré un poco más. En los pueblos, se supone que los vecinos están al tanto del ir y venir de los demás. Es sorprendente que no se viera a nadie entrando en el *cottage* de la señora Darry.

–Ah, pero Fred me dijo que la policía creía que, quienquiera que fuese el asesino, entró por detrás. Y si fue por la calle trasera, nadie pudo verle. Ninguno de los *cottages* da atrás.

–¿Alguien irrumpió por la fuerza?

La señora Bloxby negó con la cabeza.

–La policía cree que ella conocía a su visitante. Hasta había servido el té antes de que la golpearan. ¿No se fijó? Además, la señora Darry siempre tenía las puertas abiertas cuando estaba en casa.

–En lo único en que me fijé fue en su cabeza destrozada y en aquel pobre perro.

Agatha se estremeció. ¿Por qué no había llamado Charles?

–Por favor, no se implique más en esto. –La esposa del vicario parecía muy preocupada–. De verdad le digo que creo que corre un riesgo enorme si sigue con ello.

–Solo haré unas preguntas más por ahí.

Y tal vez no sería mala idea alejarse de Carsely, pensó Agatha. Era lo que Charles se merecía si venía a casa: descubrir que ella se había ido sin avisarle.

Después de comer, una nerviosa Agatha decidió ir en coche a Worcester y presentarse en la comisaría para ver si le contaban qué habían descubierto.

Entró en Evesham y giró hasta Pershore Road antes de llegar al puente. Desde la carretera contempló el río. Había gente pescando y otros mirando. Entonces pisó el freno de golpe y se detuvo a un lado de la carretera. Un camionero furioso pasó ruidosamente a su lado, haciéndole luces.

Agatha miró hacia el otro lado de la carretera, pero el tráfico le impedía ver gran cosa. Arrancó con cuidado, siguió adelante, encontró un lugar apropiado para girar y volvió atrás. Había visto a una chica rubia, con aspecto de conejo, mirando a los pescadores y al instante no le cupo duda de que se trataba de Jessie Lang.

Cuando por fin hubo aparcado en el prado y se acercaba a pie, empezó a pensar que Evesham debía de estar lleno de chicas rubias con aspecto de conejo. De todas maneras, no perdía nada con probar.

Se aproximó al lugar donde creyó haber visto a la joven que podría ser Jessie. Ni rastro. De hecho, no había ni rastro de ninguna rubia. Los hombres pescaban. La gente los miraba. Los niños corrían y chillaban. «Los niños de hoy en día solo saben gritar», pensó Agatha con acritud.

Y entonces, un poco más adelante en el camino de sirga, vio una cabeza rubia balanceándose. Aceleró el paso y cuando casi estaba a su altura, gritó:

–¡Jessie!

La chica se detuvo y se dio la vuelta. Sí, tenía dientes de conejo y piernas flacas.

Agatha sonrió y le tendió la mano.

–¿Jessie Lang? Soy Agatha Raisin.

La chica tocó su mano con dedos esqueléticos.

–¿Quién es usted? No la conozco. ¿Es una de las pacientes?

–No, estoy investigando el asesinato de John Shawpart –soltó Agatha de buenas a primeras.

Jessie retrocedió y una expresión asustada asomó en sus ojos.

–¿Es policía?

Agatha supo al instante que, si decía que no lo era, la chica huiría.

Sacó su tarjetero y lo abrió y cerró rápidamente.

–Soy la agente Raisin –dijo Agatha–. ¿Qué le parece si nos sentamos y hablamos un momento?

La llevó a un banco. La chica la siguió, tambaleándose cuando sus tacones altos se clavaron en la hierba.

Se sentaron juntas.

–Sabemos –dijo Agatha– que se te vio visitando a John Shawpart en su casa.

Jessie se echó a llorar.

–Mi ma... madre me matará –contestó entre sollozos.

–No tenemos por qué decirle nada a tu madre ni a nadie de tu familia de esto –dijo Agatha–. Solo cuenta la verdad y no tendrás nada que temer. Toma.

De su amplio bolso sacó un paquete de pañuelos de papel.

Jessie se sonó la nariz y se enjugó las lágrimas.

—¿Seguro que mi madre no se enterará?

—No veo por qué tendría que enterarse.

Jessie respiró hondo.

—A mi madre no le caigo bien, ¿sabe? Siempre se está metiendo conmigo. Mi hermana Rachel es su preferida. Si mamá se enterara, se lo contaría a mi novio, Wayne. Así es mi madre, ya ve.

—¿Y qué pasó?

—Me abordó, John me refiero.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿En la peluquería?

—No, en la disco que hay al lado de Bridge Street.

—¿En una discoteca? Creía que él era un poco mayor para discotecas.

Le entró un ataque de hipo y aspiró lastimosamente.

—Eso era lo que creían también mis amigas. Wayne estaba fuera. Es camionero de largos recorridos, así que yo había ido con mis amigas y ellas se reían de él. Pero a mí me pareció que tenía un aire de estrella de cine. Él me vio mirándole, se acercó y me invitó a una copa. Nos pusimos a hablar. Era brillante, ya sabe. Me preguntó si me gustaría cenar con él la noche siguiente, mientras Wayne estaba fuera, y en ese momento me pareció que sería divertido, así que acepté.

Se calló. Los niños jugaban, las madres cotilleaban, el río Avon fluía risueño entre sus orillas cubiertas de hierba. Un barco de recreo como en el que habían subido Charles y Agatha navegaba ante ellas. «Charles, ¿por qué no has llamado?»

—¿Y qué pasó entonces?

—Me llevó a un restaurante superpijo y bebimos un montón, y una cosa llevó a la otra.

—¿Te acostaste con él?

Menudo eufemismo, pensó Agatha recordando con tristeza lo que había pasado la noche anterior.

—Sí —respondió Jessie con apenas un susurro—. Y era virgen. Me estaba reservando para Wayne.

—¿Cuántos años tienes?

–Veinte.

«Oh, Dios, yo misma mataría a ese cabrón si estuviera vivo», pensó Agatha con rabia.

En voz alta, preguntó:

–¿Cuánto duró la aventura?

Las delgadas manos de la chica se retorcieron.

–Esa fue la única vez. No volvió a salir conmigo nunca. Lo llamé a su casa. Dijo que lo nuestro había sido una aventura de una noche, que yo debería de haberlo sabido. Le dije que me había arrebatado la virginidad y él me respondió: «¿Y qué? Ya eres lo bastante mayor para perderla». Le habría matado. –Se le dilataron los ojos–. ¡Pero no lo hice!

–¿Estás segura de que Wayne no sabe nada?

Ella negó con la cabeza.

–Mis amigas se burlaban de él diciéndole que un tío me había invitado a una copa en la disco, pero dijeron que era un viejo.

–¿Sabías que creemos que John Shawpart era un chantajista?

Negó con la cabeza.

Agatha le dio unas palmadas en la mano.

–No te preocupes. Me sorprende que una chica de tu edad fuera virgen en los tiempos que corren.

Jessie esbozó una sonrisa irónica.

–Ustedes las carrozas creen que somos como conejas, pero yo me reservaba para Wayne, como en esas novelas de Barbara Cartland. Tendré que contárselo todo.

–¿Tiene él mucha experiencia?

–Es virgen como lo era yo hasta que me acosté con ese cerdo.

«Vaya, vaya, Dios bendiga a Evesham, el último refugio de la inocencia», pensó Agatha, que entonces dijo:

–Mira, no me parece que nos hayas contado nada relevante para la investigación. Solo nos interesa la gente a la que chantajeaba. Como un favor entre mujeres, haré esto por ti: no le contaré a mis jefes que te he visto.

–Oh, gracias. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

–No importa –respondió Agatha, mientras empezaba a entrarle una leve sensación de pánico.

¿Y si la policía se ponía en contacto con la chica y se enteraba de que se había hecho pasar por policía?

–Es usted muy amable –dijo Jessie con una expresión radiante y aliviada.

Agatha se alejó de allí rápidamente. «Pero ¿y si Wayne se enteró y se vengó? –la incordió una voz interior–. Tendría que haberle pedido la dirección de Wayne, y ahora ya no puedo preguntarle. Ya la he fastidiado bastante haciéndome pasar por policía. Quiera Dios que no me cruce con ella en Evesham. Espero que nunca se entere de que no tengo nada que ver con la policía.»

Se sentía cansada de camino de vuelta al coche. Qué agradable sería olvidarse de todo ese lío, sentarse en el prado y ver fluir el plácido río. La gente de Evesham no parecía infectada por el virus de la ambición. «Sí, ¡eso es, Agatha Raisin! Todo se reduce a la ambición. Quieres demostrarle a la policía que eres mejor que ellos.»

Entonces se acordó de aquella mujer que se quejaba de que su hija, Betty, traficaba con drogas. Su marido se llamaba Jim. ¿Podría averiguar quiénes eran? No a través de Josie. Maldito Charles, tendría que haberle preguntado por ellos a la recepcionista. Pero quedaba Garry. Si pedía cita con él, tal vez podría sonsacarle algo.

No le había dejado propina la vez que la había peinado, disgustada como estaba por el resultado. Podía ir a la peluquería y, si estaba libre, disculparse por su olvido y darle una propina generosa. Agatha decidió olvidarse por el momento de su visita a Worcester.

Llevó el coche al aparcamiento de Merstow Green y luego fue andando por High Street hasta la peluquería. Eve estaba haciéndole la permanente a una mujer. No había más clientas en el local.

Josie miró a Agatha con hostilidad apenas disimulada.

–¿Está libre Garry? –preguntó Agatha.

–Lo avisaré –contestó Josie con desgana.

Desapareció en la trastienda y volvió seguida de Garry.

–Acaban de cancelar una cita –dijo él de buen ánimo.

Le echó un peinador alrededor de los hombros y la llevó al lavacabezas. Agatha se fijó en que no había ayudantes. ¿Los habían despedido por falta de clientela? Rebuscó bajo el peinador y sacó un billete de cinco libras del bolsillo de la chaqueta.

–Toma, me olvidé de la propina la última vez.

–Muchas gracias –contestó Garry alegrándose visiblemente.

–Hoy está esto muy tranquilo –dijo Agatha–. Solo quiero un repaso y secado a mano, por favor.

Garry miró a su alrededor y luego se inclinó sobre ella.

–No sé qué está pasando. Al principio venían todas las antiguas clientas de Mr. John's.

–¿Van a otra peluquería?

–Me parece que se han pasado a la de Thomas Oliver, calle abajo.

–¿Tiene buena reputación?

–Nunca he estado allí.

Agatha esperó a que le lavara el pelo y la condujera al salón. Eve salía por la puerta.

–No tardaré mucho, Garry –dijo secamente–. Encárgate de la peluquería.

–Y ahora se va –explicó Garry–. Debería de quedarse. A veces los clientes se presentan sin tener cita.

–No parece que te lo estés pasando muy bien –comentó Agatha comprensiva.

–Es un aburrimiento. Demasiada tranquilidad. –Levantó el secador.

–Mr. John's siempre estaba lleno de gente y cotilleos –dijo Agatha–. ¡Y la de cosas que se contaban! Recuerdo a una mujer que hablaba de su marido Jim y su hija Betty. Llegó a contar que creía que su hija traficaba con drogas.

–Oh, esa debía de ser Mavis Burke. Uno tiene que tomarse todo lo que cuenta con ciertas reservas.

–¿Es del pueblo?

–Sí, vive en una de esas casas nuevas de la urbanización Four Pools.

Puso en marcha el secador y empezó a trabajar afanosamente.

«No puedo preguntarle su dirección –pensó Agatha–. Eso sería ir demasiado lejos. Iré a correos y buscaré los Burke en la guía telefónica.»

Sufrió con paciencia las atenciones del vigoroso Garry. La vez anterior ya había sido un desastre, pero ahora era peor si cabe. Agatha contempló con tristeza su peinado ahuecado.

–Muy mono –dijo en un tono de voz lúgubre.

Le dio otra propina, pagó a Josie y salió a High Street.

Entró en una cabina telefónica de la oficina de correos y comprobó su buzón de llamadas. «No tiene ningún mensaje», anunció la vocecita con clara pronunciación y lo que a Agatha le pareció una ufana satisfacción. Bueno, es lo que hay: Charles se había acostado con ella y se había ido; ahora estaba sola.

Pidió en el mostrador la guía telefónica de Worcestershire y pasó el dedo por la lista de todos los Burke. Había un Burke en la Four Pools y, justamente, era un J. Burke.

«Se lo demostraré a Charles, se lo demostraré a la policía, se lo demostraré a todos: puedo hacerlo sola.» Agatha recorrió a zancadas High Street de camino al aparcamiento. Atisbó su reflejo en un escaparate y se estremeció. ¡Lo que tenía una que sufrir por ser investigadora!

Fue en coche a la urbanización Four Pools. Evesham estaba creciendo muy deprisa. Se había construido un nuevo McDondald's en apenas dos semanas y un gran pub nuevo en dos meses, todo en el mismo año. Pronto se tragaría el campo. Agatha se dio cuenta de que corría el peligro de acabar convertida en una de esas personas que tanto había despreciado antes, esas que decían: «Sí, ya sé que tienen que vivir en alguna parte, pero ¿por qué no puede ser en otra parte?».

Antes de bajar del coche, sacó un peine del bolso y se lo pasó a ciegas por el pelo saturado de laca hasta que le pareció que había logrado alisárselo un poco.

Mientras se preparaba para recorrer el cuidado sendero de un jardín, se abatió sobre ella una renovada sensación depresiva. El trato displicente de Charles hacia ella hizo que volviera a sentir una abrumadora nostalgia de James, y su cabeza empezó a atribuirle una calidez y una capacidad de afecto de las que en realidad carecía.

Llamó al timbre. Se abrió la puerta. Reconoció inmediatamente a Mavis, pero esta no la reconoció a ella.

–Quiero que sepa que vamos todos los domingos a misa –dijo Mavis enfadada– y no queremos saber nada de gente como usted.

Hizo ademán de cerrar la puerta.

–No soy Testigo de Jehová –se apresuró a decir Agatha–. Era una clienta de Mr. John’s.

La puerta volvió a abrirse.

–¿El peluquero que murió?

–Que fue asesinado, sí. ¿Podemos hablar?

–Sí, pase.

Mavis tenía una cara ordinaria, sin ningún rasgo que la distinguiera, ojos azules claros y un pelo sorprendentemente suave, brillante y bien peinado.

Mientras la conducía a una acogedora sala de estar, no exteriorizó el menor signo de temor o nerviosismo.

–Siéntese, ¿señora...?

–Raisin. Llámeme Agatha.

–Muy bien, Agatha. Traeré un poco de té. Acabo de poner la tetera y me muero de ganas por una taza.

Cuando Mavis salió, Agatha miró a su alrededor. Por alguna razón había esperado que la madre de una drogadicta y traficante viviera en un lugar sórdido. Pero el salón estaba amueblado con un sofá de tres plazas de color marrón y dorado. Una chimenea eléctrica con carbón de pega resplandecía con fuerza. Había fotografías familiares enmarcadas en las paredes y un crucifijo encima de la chimenea. En la mesita baja había unas cuantas revistas femeninas y guías de televisión.

Al poco, Mavis entró con una bandeja en la que traía una gruesa tetera, tazas de porcelana decoradas con rosas y un plato con pastas que refulgían con un glaseado rosa y blanco.

–Un asunto espantoso –dijo Mavis mientras servía el té–. ¡Y pensar que yo le conocía!

–¿Como clienta?

Agatha aceptó una taza de un té muy oscuro y fuerte.

–Oh, no, incluso me invitó a cenar fuera en una ocasión. ¿Por qué le interesa a usted?

–Supongo que porque soy una detective aficionada –dijo Agatha con pudor, porque para sus adentros pensaba que no había nada de aficionada en su tarea.

–Oh, ahora caigo... Usted salió en los periódicos una vez. Se habían cargado a su marido. Qué emocionante. Como en la tele. Ya verá cuando se lo cuente a Jim.

¡Jim, el monstruo! Agatha empezaba a sentirse desconcertada.

–¿Por qué la invitó a salir si está usted casada?

–Todo empezó con una especie de apuesta que hice con Selma Figgs, mi vecina. Ella decía que John se parecía a una estrella de cine. «Nosotras no podríamos liarnos con uno de esos, ¿verdad que no, Mavis?», me dijo. Y yo le contesté: «Te apuesto diez libras a que yo sí». Yo sabía que nuestro John era un poco donjuán y que, para serle sincera, siempre parecía estar ligando con espantajos.

Agatha hizo una mueca.

–Así que le solté un rollo sobre una vida hogareña infeliz y todo lo demás. La historia que le conté la había sacado de un culebrón. En esas que me invita a cenar. Se lo conté a Jim y nos echamos unas buenas risas a su costa. «Adelante», me dijo Jim, «diviértete. Que el pobre infeliz te pague una cena cara.»

–¿Y él se le insinuó?

–Siempre se mostró muy educado y yo disfruté de una buena cena. Claro que fue una situación un tanto tensa porque tenía que mantenerme fiel a la historia.

–¿Le pidió dinero?

–Espere un momento... Supongo que hizo algo parecido. Me preguntó a qué se dedicaba Jim. Le dije que vendía lavabos en Cheltenham y se sacaba un buen salario, pero con la universidad de Betty y con nuestro Jack, que siempre necesita algo nuevo para su ordenador, era casi un milagro que llegáramos a fin de mes.

Dio un sorbo de té y frunció el ceño.

–¿Qué más? Ay, ya me acuerdo, dijo que las mujeres como yo éramos muy listas y que sin duda tendría algo de dinero apartado, y bueno, a mí me entró la risa y le dije que hasta el último céntimo que tenía era de Jim. No

volvió a invitarme nunca más. Seguramente adivinó que era una mentirosa.

«Descubrió que no tenías dinero», pensó Agatha, que dijo:

–Pero cuando le contaba esas historias..., me refiero a que la oí diciéndole que su Betty era drogadicta. ¿No temía que otra persona pudiera informar a la policía?

Mavis miró a Agatha con los ojos abiertos como platos. Entonces dijo lentamente:

–No, nunca se me ocurrió. Quiero decir que todo el mundo cotillea de todo en una peluquería, ¿no? A ver, cuando estás hablando, con el ruido de los secadores y demás, no imaginas que haya nadie escuchando. No creo que lo que le he contado le sirva de mucho. ¿Quién querría matarlo de una forma tan cruel? ¿Y por qué?

Agatha dejó la taza y se levantó.

–Bueno, aquí tiene mi tarjeta. Si se entera de algo que pudiera ser de interés, hágamelo saber.

–Muchas gracias. No ha probado las pastas.

–No tengo hambre –dijo Agatha con una sonrisa.

Mavis la acompañó hasta la puerta.

–Adiós –se despidió animadamente–. No dude en venir cuando pase por aquí.

«Y ahora ¿qué hago?», se preguntó Agatha. Esa visita había sido una pérdida de tiempo.

Mavis, sentada en aquella pulcra y ordenada casa, se llevó las manos a la boca. Entonces se sacudió y sonrió a una fotografía de ella que había colgada en una pared, una fotografía en la que Agatha no había reparado y que mostraba a una Mavis mucho más joven, una Mavis rubia y de largas piernas encarnando el papel de protagonista en una producción de *El gato con botas*.

–Podría haber sido una gran actriz –dijo Mavis en voz alta.

Agatha volvió a casa, dio de comer a los gatos y jugó con ellos un buen rato. Luego comprobó el teléfono para ver si tenía algún mensaje. Nada. Eso era una tontería. ¿Por qué no llamaba Charles? A lo mejor estaba enfermo.

Estaba a punto de llamarlo cuando sonó el teléfono. Charles, por fin. C cogió el aparato.

–Soy Roy. –Roy Silver.

–¿Qué quieres? –preguntó con brusquedad.

–Tengo unos días libres y se me ha ocurrido que podía acercarme a verte.

–Me temo que estoy muy ocupada.

–Oh.

Ese «oh» sonó a decepción, pero Agatha calculó con amargura que el repentino deseo de verla significaba que el jefe de Roy tenía algún negocio de relaciones públicas entre manos en el que quería implicarla.

–Y tengo algo en el fuego –mintió Agatha–. Oye, te llamo luego. ¿Estás en casa?

–Sí, pero no te molestes, querida –dijo Roy ofendido.

–Te llamaré.

Agatha colgó y marcó el número de Charles. Su tía respondió la llamada.

–Oh, señora Raisin –dijo con voz aflautada cuando Agatha se identificó–. Charles está ocupado con nuestros invitados. ¿Se trata de algo urgente?

–He descubierto algo que podría interesarle.

–Espere un momento y veré si puede ponerse.

El teléfono se encontraba en el cavernoso y aireado recibidor con las paredes cubiertas de madera de la casa de Charles. Agatha oyó los tacones de su tía repicando por el parqué, luego se abrió la puerta al salón, a lo que siguió un estruendo de algarabía y risas, la puerta se cerró y se hizo de nuevo el silencio.

Charles tardaba tanto en ponerse al teléfono que Agatha decidió colgar. Pero entonces oyó abrirse otra vez la puerta del salón, y de nuevo el estrépito y las risas, y luego Charles dijo en voz alta:

–Hola, Aggie.

–Creí que me llamarías –contestó Agatha irritada.

–Oh, ¿por lo de nuestro caso?

«No, no me refiero a nuestro caso –quiso gritarle ella–. ¿Es que ya no te acuerdas de que hicimos el amor?»

–Sí, para contarte lo que he descubierto.

Charles la escuchó y entonces dijo:

–Vaya, parece que lo haces mejor sola.

–He llamado porque –siguió Agatha insistente– quería saber cuándo vamos a ir a Portsmouth.

–No puedo.

–¿Por qué? ¿Ahora te parece una pérdida de tiempo?

–No, no es eso. Ha ocurrido algo maravilloso. Aquí hay una chica, una mujer fantástica. Me he enamorado.

–En ese caso –dijo Agatha con voz firme–, no te molesto más.

Colgó, se sentó en un sillón junto al teléfono y se quedó mirando al vacío, como una infeliz.

De repente, el silencio del *cottage* se volvió opresivo. Estaba sola. Y por ahí andaba suelto el maníaco que había asesinado a la señora Darry de una forma tan brutal. Nadie quería a Agatha Raisin, con la excepción, quizá, de un asesino con intenciones de silenciarla para siempre. Se había cometido un asesinato en Carsely, el pueblo de la famosa detective Agatha Raisin, y ni un solo periodista había llamado. Pero lo cierto era que la policía siempre se había atribuido todos los méritos. Con todo, había sido Agatha Raisin la que había encontrado el cadáver. Seguramente, la policía se había ahorrado de contar ese detalle a la prensa.

Marcó despacio el número de Roy.

–Lamento haber sido tan maleducada –dijo cuando él contestó–. Eres bienvenido si quieres venir.

–Cogeré el tren que llega por la mañana, a eso de las once y media.

–¿Es el Great Western o el Thames Turbo?

–No me preguntes, querida. Yo nací en los tiempos en que solo existía el British Rail. ¿Por qué?

–Porque a veces los trenes se cancelan. Si te quedas atascado, coge el tren a Oxford y te recogeré allí.

–Muy bien. Nos vemos.

Agatha colgó, de repente agradecida a Roy y a su piel de elefante que todo lo aguantaba. Y si él disponía de unos días libres, tal vez le apetecía ir a Portsmouth con ella. La asombraba la insensibilidad de Charles. ¿Cómo es posible que puedas irte a la cama con una mujer y luego, al poco, decirle que estás enamorado de otra?

Recordó cuando, de niña, iba a jugar con una pandilla de chicos que acabaron poniéndose bordes y tirándole piedras. Había corrido a casa, con su madre, mientras la sangre le caía por la cara. «Ya te avisé que no jugaras con los niños equivocados –había dicho furiosa su madre–, ¿ves lo que pasa?»

«Y nunca aprendí la lección –pensó Agatha con tristeza–. Llevo toda la vida jugando con los niños equivocados.»

Ese día hacía mucho viento y las hojas rojizas se arremolinaban en el aparcamiento de la estación cuando el tren de Roy hizo su entrada, milagrosamente puntual. Grandes nubes esponjosas recorrían un cielo azul claro.

Roy dio un beso al aire al lado de cada mejilla de Agatha, haciendo ruiditos de muá muá.

–Me alegro de verte, Aggie.

A Agatha casi le dio un espasmo: Charles también la llamaba Aggie.

–Tienes buen aspecto –mintió Agatha mientras pensaba para sus adentros que Roy parecía tan zarrapastroso y poco saludable como siempre, con el pelo lacio, la cara lívida y enjuta, los vaqueros demasiado ceñidos y una chaqueta de piloto.

–Tendré un aspecto más saludable después de respirar un poco de aire del campo. Anda, dime cómo te va con el asesinato del peluquero.

Mientras conducía de vuelta a Carsely, Agatha le resumió todo lo que había descubierto, pero sin mencionar a Charles. Acabó diciendo:

–¿Te apetece hacer un viajecito a Portsmouth? Tenía pensado husmear en su pasado y ver qué descubría.

–Dame un día de descanso y luego tal vez podríamos ir.

–¿Cómo va el trabajo?

–Muy bien. De hecho, me han ascendido. Hay un nuevo restaurante en Stratford, el Gold Duck. Me he tomado la libertad de reservar una mesa para cenar.

Ya en el *cottage*, Roy subió su bolsa a la habitación de invitados y luego se sentó con Agatha en la cocina.

–¿Y cómo está James?

–No lo sé. Anda por el extranjero.

–Esa no es razón para que te abandones.

–¿De qué estás hablando?

–Se te ven las canas.

A Agatha se le escapó un gritito de alarma y subió corriendo al lavabo. Se miró las raíces del pelo. Le crecía rápido. Su antiguo color empezaba a asomar, junto con las inconfundibles canas.

Volvió abajo.

–No lo soporto. Tengo que volver a la peluquería. ¡Dios! ¡Me paso el día allí! A ver, ¿dónde dijo Garry que iban todas ahora? A Thomas Oliver, eso es. Tendrás que entretenerte solo, Roy.

Llamó y le dijeron que había habido una cancelación, así que podían cogerla dentro de una hora.

–Nos vemos luego –le farfulló a Roy y corrió hasta su coche.

La peluquería parecía un establecimiento más profesional que Eve's o Mr. John's. Se respiraba una atmósfera afable. La invitaron a sentarse; Marie, la dueña, estaría enseguida con ella. Agatha miró a su alrededor con curiosidad. Estaba lleno, buena señal.

Entonces se le acercó Marie Steele. Era una rubia atractiva con una sonrisa amigable.

–He traído una carta de colores de tinte –dijo y la abrió sobre el regazo de Agatha–. ¿Quiere el pelo del mismo color?

–Sí –dijo Agatha–. Me gustaría parecer tan natural como fuera posible.

–¿Qué le parece este? O puede que prefiera un toque un poco más cálido de tono cobrizo.

Agatha pensó en Charles, en James, en el amor perdido.

–¿No parecerá demasiado artificial? –preguntó con cautela.

–Estará estupenda. Le diré a Lucy qué colores tiene que mezclar y luego se lo secaré yo misma.

Lucy, una chica delgada y elegante que parecía una modelo, acomodó a Agatha en una silla en el salón de atrás y empezó a teñirle las raíces con destreza. Agatha se sintió relajada por primera vez desde hacía días. El cotilleo de la peluquería la envolvía. Mort, que, al parecer, era iraní de nacimiento, charlaba sin parar. Gus, un siciliano, hacía reír a su cliente; Kevin, un atractivo joven, lavaba el pelo y traía café; y la eficiente Marie estaba aquí, allí, en todas partes.

Una vez le lavaron el pelo quedó en manos de Marie.

–Y bien, ¿cómo lo quiere? –preguntó Marie levantando el secador.

–Más bien liso. Lo llevo en melena corta y lisa.

–Muy bien. Ya verá cómo el matiz de cobrizo le queda estupendamente.

Se puso a trabajar concentrada. La peluquería se iba vaciando. Aparte de Agatha solo quedaba otra cliente.

Finalmente, Agatha contempló encantada su pelo reluciente.

–Oh, está muy bien –dijo aliviada.

–Tiene el pelo en muy buen estado –dijo Marie sentándose a su lado–.

¿Es usted de Evesham?

–No, de Carsely.

–¡Raisin! ¡Eso es! Ya sabía yo que me sonaba su nombre. Oh, querida, su marido fue asesinado.

–Sí, pero ya lo he superado.

–¿Y estaba en la peluquería cuando murió John Shawpart?

–Fue horrible.

–Sí, tuvo que serlo.

–Una no espera encontrarse un asesinato y el caos en una peluquería –dijo Agatha.

Marie rio.

–No sabría qué decirle. A veces a mí misma me han entrado ganas de asesinar a alguno.

–¿Clientas raras?

–No, a otros peluqueros. Es un poco como en el teatro, todo son celos y piques. El año pasado, justo antes de Navidad, un rival se llevó a la mayoría de mi personal. Me deprimí tanto que no me sentía con fuerzas para seguir adelante. Pero ahora tengo un equipo magnífico.

–Ya lo he visto –dijo Agatha–. Pediré otra cita.

Pagó, salió y se apresuró a llegar al santuario de su coche para evitar que el viento le fastidiara su espléndido peinado cobrizo.

–Así estás mejor –dijo Roy cuando Agatha llegó a casa–. He sacado tus gatos al jardín. ¿Les habías dado de comer?

–Sí. ¿Alguna llamada?

–Ese amiguito aristócrata tuyo.

–¿Charles?

–Sí, ese.

–¿Qué quería?

–No lo dijo. ¿Por qué no lo llamas?

–Más tarde –musitó Agatha.

–Y bien, ¿vamos a hacer de detectives?

–Tal vez, si estás preparado, yo iré en coche a Portsmouth mañana. He pasado tanto tiempo en la peluquería que hoy no queda mucho día por delante. Me daré un baño y me cambiaré. Mientras tanto, tómate una copa, ve un rato la televisión y luego saldremos. ¿Para qué hora has reservado mesa?

–A las ocho.

Agatha se obligó a maquillarse y vestirse con esmero, como si fuera a salir con un hombre atractivo en lugar de con Roy, a quien había dado su primer trabajo como chico de los recados hacía muchos años. Era un buen empleado de relaciones públicas, sobre todo con los grupos de música pop, que lo consideraban uno de los suyos.

Cuando bajó, Roy estaba tumbado delante del televisor.

–¿No vas a cambiarte? –preguntó Agatha.

–Nadie se viste de gala para salir a cenar en estos tiempos –dijo Roy cambiando sin propósito de canal con el mando a distancia.

–Yo, sí. Así que tú también. ¡Y rapidito!

Refunfuñando, Roy subió a cambiarse.

El restaurante de Stratford-upon-Avon estaba atestado. Les dieron una mesa en un rincón desde el que podía verse al resto de los clientes.

Y entonces lo vio. Charles estaba sentado con una rubia que tenía una de esas caras de ricachona de Chelsea. Él le contaba chistes y se reía ruidosamente. Agatha se fijó no sin cierto placer amargo en que la chica parecía aburrida.

Si la cena hubiera corrido a cargo de la empresa o la hubiera pagado Agatha, Roy habría pedido los platos más caros de la carta, pero, dado que no era el caso, dijo que no tenía mucha hambre y se saltaría el entrante, así que estuvo mirando malhumorado cómo Agatha se zampaba su codorniz con ensalada antes de pasar al filete con salsa *béarnaise* mientras él optaba por la pasta como único plato. Pidió el vino de la casa, diciendo con una risa fingida:

–No veo razón para pedir otro. A mí me parece que el de la casa es tan buen vino como cualquier otro.

«Oh, James –pensó Agatha–, tú nunca eras roñoso. Creo que si en este momento entraras por la puerta del restaurante te lo perdonaría todo.»

Un joven se acercó a la mesa de Charles y saludó a su acompañante. Ella presentó al recién llegado a Charles y le preguntó algo. Charles asintió con mala cara. Llamaron a un camarero, trajeron otra silla y el recién llegado se sentó a la mesa de Charles y su dama. Ella empezó a mirar sonriente al nuevo, dedicándole toda su atención, mientras Charles, tras unos comentarios jocosos a los que ninguno de los otros dos hizo caso, se sumió en un silencio taciturno.

–La venganza es mía –dijo Agatha.

Roy la miró perplejo.

–¿Qué?

–Nada. Sí, creo que mañana iremos a Portsmouth.

SIETE

Al día siguiente, Agatha se acomodó nerviosa en el asiento del pasajero de su coche mientras Roy aceleraba por la autopista hacia Portsmouth. Hubiera preferido dejar a los gatos encerrados en el *cottage*, pero Roy había comentado que el asesino podría ir a buscarla y matarlos como venganza, así que habían metido a *Hodge* y *Boswell* en sus transportines y se los habían dejado a la mujer de la limpieza, Doris Simpson, por seguridad.

Agatha se dio cuenta de que todo su dolor por Charles le había hecho olvidar el hecho de que ella podía estar en peligro.

–Portsmouth es una ciudad grande –dijo Roy–, y debe de haber un montón de peluquerías.

–Podemos preguntar, aunque solo sea en algunas –dijo Agatha–. ¡Oh, vaya!

–¿Qué?

–Se me olvidó conectar la alarma antirrobo. Siempre la dejo puesta.

–¿Quieres que volvamos?

–Ahora no. Ya estamos muy lejos. Solo espero que todo esté a salvo.

–Mira, ahora que he tenido tiempo para pensarlo –dijo Roy–, no creo que pase nada.

–¿Por qué?

–Bien, ¿cómo va a saber nuestro asesino que andas husmeando por ahí?

–Pues muy fácil –dijo Agatha–. Creo que es uno de los que fueron chantajeados, o alguien como el marido de la señora Friendly o el de Maggie Henderson. ¿Cuál es el verdadero motivo de tu visita, Roy?

–Ya te lo dije. Tenía unos días libres y quería verte.

–Te lo pregunto porque la mayoría de las veces que has venido antes ha sido porque tu jefe quiere que haga algún trabajo *freelance*.

–¿Por qué atribuyes siempre las peores intenciones a los demás? –dijo Roy irritado–. ¿O es que la idea de amistad le es ajena a tu retorcida cabeza?

–Lo siento –farfulló Agatha–. No pude evitar preguntármelo.

–Bueno, ya hemos llegado a Portsmouth. ¿Aparco en el centro?

–Sí, John habría tenido un local en el centro.

Tras varias frustrantes esperas en atascos de tráfico, Roy finalmente encontró plaza en un aparcamiento de varias plantas cerca de Queen Street.

–¿Y ahora qué? –preguntó mientras se mezclaban entre el bullicio matinal de compradores.

–Buscar una biblioteca o una oficina postal, pedir una guía telefónica de empresas y empezar por la peluquería más cercana.

Dieron en el blanco en la primera peluquería, llamada A Cut Above. La propietaria había conocido a John Shawpart. Ella se llamaba Mary Mulligan.

–Tenía un establecimiento en la parte de atrás de Queen Street –dijo–. Se llamaba Mr. John's y lo regentaba con su mujer, hará unos años de eso. Luego el local se incendió. Fue un incendio premeditado. Corrían rumores de que ellos mismos le habían prendido fuego, pero John cobró el dinero del seguro. El negocio estaba a su nombre. Después de eso, Elaine Shawpart se estableció por su cuenta, pero no le fue muy bien. A él sí, después de reconstruir el antiguo local. Pero lo vendió y se esfumó, y su exmujer, porque ya se habían divorciado en ese momento, también vendió y se marchó.

–¿Sabe dónde vivía?

–No, no lo sé. Pero espere un momento. Conservo algunas guías telefónicas antiguas en la trastienda. Nunca las tiro. A lo mejor lo encuentro en una.

Esperaron mientras ella iba a mirar. Los secadores zumbaban y el aire estaba saturado del olor a huevos podridos de las permanentes. Al otro lado de las ventanas acristaladas, la gente iba y venía. Tal vez uno de ellos había sido chantajeado por John, tal vez alguno lo siguió hasta Evesham.

–Tienen suerte –dijo Mary al volver–. Aquí está. Shawpart, el número dos de Blacksmith's End, una de esas urbanizaciones privadas que hay al oeste de la ciudad.

Les dio indicaciones.

–Ahora sí tenemos algo –dijo Roy al recoger el coche.

Blacksmith's End resultó ser una apacible calle sin salida de casas construidas en piedra, muy tranquila y residencial, con céspedes cuidados en las fachadas y visillos en las ventanas.

Recorrieron el pulcro camino de entrada al número 2 y llamaron al timbre, que repicó como el Big Ben.

Una mujercita tan pulcra como la casa –el pelo con una cuidada permanente, los rasgos delicados, falda de tubo bien cortada y una blusa a medida– les abrió la puerta.

–Nunca compro a vendedores puerta a puerta –dijo.

–Solo queríamos hacerle unas preguntas acerca de John Shawpart.

–¡Pero si ya se lo he contado todo a la policía!

Agatha se sintió como la aficionada que era. Por descontado, la policía habría estado investigando el pasado del difunto.

–Yo fui la persona que lo encontró cuando agonizaba –respondió Agatha.

–Pasen. Soy la señora Laver.

–Agatha Raisin y Roy Silver –dijo Agatha cuando la siguieron hasta su limpio y reluciente salón: sofá de tres plazas tapizado en *tweed* de Donegal, mesita de cristal, equipo estéreo: macetas por todas partes, verdes y exuberantes.

–Debió de ser espantoso para usted verle morir de ese modo –dijo la señora Laver–. Pero, en realidad, yo no sé nada de él aparte de que le compramos la casa.

–¿Vivía aquí con su mujer?

–No, supongo que se mudó aquí después de que se separaran.

Agatha miró las plantas que la rodeaban, como si buscara inspiración.

–¿Vino alguien aquí, buscándole, después de que usted se instalara?

–Un par de mujeres, pero no juntas, en visitas distintas. Parecían bastante alteradas.

–¿Les preguntó los nombres?

–No, cuando les dije que se había ido, me preguntaron que adónde, pero él no dejó una dirección a la que reenviarle el correo.

–Qué raro –dijo Roy–. ¿Qué hacía usted con su correo?

–Nada, lo marcaba, «Desconocido en esta dirección» y se lo devolvía al cartero.

Agatha se fijó en el leve rubor que apareció en el rostro de la señora Laver y en el modo en que retorció con gesto nervioso las manos sobre el regazo.

–Pues menudo trabajo –dijo Agatha–, acordarse de devolver todo ese correo al cartero. Yo también tuve que hacerlo cuando me mudé a mi *cottage*. Me harté y me olvidé de devolver un par de cartas, y al cabo de dos meses, lamento reconocerlo, las arrojé a la chimenea. ¿Usted también lo hizo? –preguntó con voz firme.

–Oh, jamás haría nada por el estilo. ¡Es un delito! –exclamó la señora Laver–. Pero...

–Pero... ¿qué? –insistió Agatha con impaciencia–. Usted todavía conserva una, ¿verdad?

La mujer volvió a ruborizarse.

–Llegó bastante tiempo después de que se hubiera ido de Portsmouth. Mi marido estaba fuera por negocios y yo tenía la gripe, así que la metí en el cajón de la cocina y pensé dársela al cartero cuando me sintiera mejor. Pero luego me olvidé de ella y más tarde me dio vergüenza devolver una carta después de tanto tiempo.

Agatha sintió que el corazón se le disparaba por la emoción.

–Si nos la da –dijo–, se la entregaremos a la policía de Worcester. No tiene por qué preocuparse. Diremos que se quedó enganchada en el dorso del felpudo.

–Oh, no pueden decir algo así –saltó la señora Laver–. La gente pensaría que no limpio debajo del felpudo de mi propia casa.

Agatha la miró con impaciencia.

–En ese caso diremos que se cayó del buzón y se metió bajo una grieta del rodapié del recibidor.

–Pero no hay grietas en el rodapié. ¡Esta es una casa muy cuidada!

A Agatha le entraron ganas de mesarse el pelo de frustración.

Tuvo que esforzarse para decir con amabilidad:

–Entonces simplemente les diré la verdad. Usted estaba enferma. La dejó en el cajón de la cocina y solo se acordó de ella cuando vinimos a visitarla.

–¿No me meteré en un lío?

–En absoluto. Mantengo muy buena relación con la policía y les he ayudado en muchos casos.

–Oh, bueno, supongo...

Se levantó y fue a la cocina.

Agatha miró a Roy y luego levantó la mirada al cielo. ¿Y si esa tonta cambiaba de opinión?

Pero la señora Laver volvió y le tendió a Agatha un grueso sobre marrón. Agatha se tuvo que contener para no arrancárselo de las manos.

Se levantó.

–Bueno, entonces nos vamos ya.

–¿No va a mirar lo que contiene? –preguntó la señora Laver.

–No, lo dejaremos en manos de la policía. Vamos, Roy.

Salieron a toda prisa. Cuando ya se subían al coche, la señora Laver les gritó:

–Más vale que tome nota de su nombre y dirección. Me dijo que era la señora Anderson, ¿no?

–¡Arranca! –le dijo por lo bajini Agatha a Roy–. Que esta tonta se crea que me llamo Anderson, no le vaya a dar por llamar a la policía.

Roy aceleró.

–Ahora que ya estamos lejos, aparca en alguna parte –le mandó Agatha– y echemos una mirada a ver qué tenemos.

Roy recorrió varias calles y finalmente se detuvo a un lado.

Agatha sacó el sobre, que había metido en su bolso. Estaba a punto de abrirlo cuando Roy le agarró la mano.

–Esto no me gusta –dijo–. Vas a meternos en un lío. Se trata de pruebas policiales.

–Lo he encontrado yo, no ellos –gruñó Agatha–. Suéltame, Roy. Yo asumiré toda la responsabilidad.

Abrió el sobre. Estaba lleno de billetes de cincuenta libras.

–Debe de ser dinero de un chantaje –dijo–. Hay una carta.

Extrajo una hoja de papel y la desdobló. Leyó.

–«Esto es todo lo que puedo pagar. Creo que eres un hombre malvado y perverso. Después de todo lo que éramos el uno para el otro, no puedo creer que me hagas esto. Harriet.» –Agatha contó el dinero–. ¡Aquí hay cinco mil libras!

–¿Tiene alguna dirección? –preguntó Roy.

–Sí, 14A de Hanson Street, Portsmouth.

–Pararé en una papelería y compraré un plano.

En el mapa, vieron que Hanson Street era una callejuela de London Road, en el centro de la ciudad.

–De vuelta al aparcamiento –se quejó Roy–, y esperemos que haya plazas libres.

Tuvieron que esperar una frustrante media hora para que saliera un coche y quedara una plaza libre. Luego fueron andando a Hanson Street. El 14A era el sótano de una tienda.

–No parece muy próspero que se diga –comentó Agatha mientras bajaban por la escalera.

Llamaron al timbre. Una mujer de mediana edad y aspecto cansado les abrió.

–¿Harriet? –preguntó Agatha.

–Sí, ¿quiénes son ustedes?

–Le hemos traído esto.

Agatha le tendió el sobre lleno de dinero.

La cara de Harriet se tornó de un color turbio.

–¿Son de la policía?

–No –dijo Agatha–. Solo un par de personas que queremos asegurarnos de que ese cabrón chantajista no siga arruinando a la gente desde la tumba. ¿Podemos pasar?

Aferrando el sobre con fuerza, Harriet los llevó a un gran salón en el que se esparcían telas de colores, con una máquina de coser en el medio.

–¿Es usted modista? –preguntó Roy.

–Sí, así me gano la vida –dijo Harriet con voz cansina. Parecía haberse quedado sin energía. Se sentó y dijo–: Ustedes ya no pueden chantajearme. Todo fue para nada.

–Solo hemos venido a ayudarla –dijo Agatha–. Tendríamos que haberle dado ese dinero y la carta a la policía, pero no lo hicimos.

–Gracias. No me vendrá mal el dinero.

–Permita que nos presentemos –dijo Agatha animadamente–. Yo soy Agatha Raisin y él es Roy Silver. Encontré el cadáver de John Shawpart y decidí averiguar cuanto pudiera sobre él. Y hay algo en lo que estamos de acuerdo: no quiere que hablemos a la policía de usted y yo no quiero que usted les hable de mí. Le contaré lo que sucedió.

De manera que Agatha le contó todo lo acaecido en Evesham, la casa incendiada, las otras mujeres que habían sido chantajeadas.

–¿Por qué ni se me pasó por la cabeza que pudiera ser tan perverso? –suspiró Harriet–. Aparten esas telas y siéntense. Me llamo Harriet Worth.

–Y dígame ¿cómo cayó en su red? –preguntó Agatha.

–De modo muy parecido a como engatusó a esas otras mujeres –explicó Harriet–. Fui a la peluquería para que me peinara. A diferencia de las otras, mi matrimonio era feliz. Luke tenía un buen empleo en una empresa informática. John me pidió que saliéramos y, por descontado, me negué. Pero él se lo tomó a risa, y era un mago con mi pelo, y a Luke le gustaba mi nuevo aspecto, así que, pese a todo, seguí yendo a la peluquería.

»Entonces, John empezó a mirarme como si le diera pena y le pregunté directamente qué pasaba. Al principio me respondió que nada, pero yo insistí. Finalmente, con muchas reticencias fingidas (él sabía qué aspecto tenía Luke porque mi marido había ido a recogerme un par de veces a la peluquería), me contó que había salido la noche anterior, había ido a un restaurante y había visto a Luke con una rubia joven. Luego me hizo prometerle que no le diría nada a Luke, y se lo prometí. Pero empecé a sospechar. Se acercaba la Navidad, y Luke a menudo se quedaba a trabajar hasta tarde en la oficina. Dijo que estaban trabajando como locos en un nuevo juego.

Harriet dejó escapar un largo suspiro. Un camión recorrió traqueteando la calle por encima de sus cabezas y un niño pasó un palo por la verja que había en la parte alta de las escaleras.

Harriet reanudó su relato:

–Una noche me presenté en la oficina. No solía ir por allí; a decir verdad, ahora que lo pienso, solo había estado una vez, cuando se me habían olvidado las llaves dentro de casa. Luke tenía una nueva secretaria, una jovencita rubia y bonita. Cuando entré, los vi con las cabezas muy juntas, riéndose de algo.

»Luego, otra noche, esperé delante de la oficina. Los vi salir juntos y los seguí. Luke y su secretaria entraron en un pub.

»Yo estaba desolada. Cuando aquella noche finalmente llegó a casa, le pregunté por qué venía tan tarde y se excusó con lo de siempre, por la presión del trabajo. Le dije que lo había visto entrar en el pub con su secretaria y él me respondió con una risa avergonzada que los dos habían estado trabajando tanto que habían ido a tomar una copa antes de volver a sus respectivas casas.

»Supongo que los celos me desquiciaron porque acepté salir con John. Bebimos un montón. John dijo: “No puedes ir a casa en este estado; la peluquería está a la vuelta de la esquina, te prepararé un café”. Pero, una vez dentro, me llevó a la trastienda y empezó a desvestirme y yo estaba tan borracha que todo parecía estar pasando en un sueño. Dejé que me hiciera el amor y luego me desmayé.

Siguió un largo silencio. Agatha y Roy se sentaban entre grandes piezas de telas coloristas y esperaban, aunque los dos sabían qué venía a continuación. «Cómo pude dejar que ese cabrón me tocara siquiera», pensó con rabia Agatha.

–Le conté a mi marido que había ido con mi amiga, Julie, a una despedida de soltera, había bebido demasiado y me había quedado en su casa. Entonces, una semana más tarde (había dejado de ir a la peluquería de John), me llamó. Dijo que más valía que nos viéramos. Su voz tenía un tono amenazador. Quedamos en el salón después de que cerrara. Él había hecho fotos de ambos desnudos, unas fotos horribles. Debía de haber colocado la cámara después de que me desmayara. Me dijo que, si le pagaba cinco mil libras, me entregaría los negativos.

–¿Usted tenía dinero? –preguntó Agatha.

–Disponía de poco más de esa suma en mi cuenta. Ni que decir tiene que pagué, pero él no me dio los negativos. Yo casi caí enferma de miedo. Con un pago más bastaría. Así que le mandé ese dinero, el que ustedes me han

devuelto. Tuve que pedir un préstamo personal.

Agatha miró a su alrededor.

–¿Su marido está trabajando?

Las lágrimas inundaron los ojos de Harriet.

–Esa es la maldita tragedia. Después de ese último pago, Luke me dejó... por aquella secretaria. La casa estaba a su nombre. Oh, supongo que podría haber recurrido a un abogado. Pero estaba tan hundida que dejé que todo siguiera su curso.

–¿Sabe que han asesinado a Shawpart? –preguntó Roy.

–Sí, y cuando lo leí en los periódicos, pensé que, si alguna vez conocía a la mujer que lo hizo, le estrecharía la mano.

–Podría haber sido un hombre –sugirió Agatha.

–Estoy segura de que fue una mujer.

–¿Y qué sabe de su esposa?

–Se separaron después de que yo empezara a ir a Mr. John's.

–¿Cómo era? –preguntó Agatha.

–Bueno, no era muy buena peluquera, aunque ella no se daba cuenta. Creía que podría establecerse por su cuenta, pero su negocio fracasó al poco de abrir.

–¿Qué aspecto tenía? –preguntó Roy.

–Rubia, una buena melena, escultural.

–¿Cree que participaba en sus chanchullos? –preguntó Agatha.

–No lo sé. Él solo me abordó después de su divorcio. –Harriet se cogió las manos y miró suplicante a Agatha–. Sigo teniendo pesadillas por culpa de los malditos negativos.

–Creo que se quemaron en el incendio –explicó Agatha tranquilizadamente–. Si no hubiera sido así, la policía habría venido a verla.

–Alguien se acerca –informó Roy cuando a través de la ventana de arriba vio la figura de un hombre que bajaba por las escaleras.

–No espero ningún cliente –dijo Harriet.

Se levantó y se encaminó hacia la puerta en el preciso instante en que el timbre sonaba con estridencia.

–Luke –exclamó Harriet dando un paso atrás.

Agatha se movió como un rayo. Cogió el sobre lleno de dinero, lo metió en el bolso abierto de Harriet y lo cerró. Entonces cogió una pieza de tela y se la echó por encima.

–¿Qué te parece? –le estaba preguntando a Roy cuando Luke entró en el salón.

Agatha había imaginado que alguien que se llamaba Luke, un nombre de *cowboy*, de amante, sería una especie de hombre misterioso con aspecto taciturno, y no este gordito con gafas que los miraba parpadeando en la penumbra del sótano.

Con voz temblorosa, Harriet presentó a Agatha y Roy.

–Veo que tiene una visita –dijo Agatha–. Me parece que este rojo estará bien.

–Te hace vieja –comentó Roy y Agatha le miró con ira.

–Nos vamos –se despidió Agatha abruptamente–. He dejado el importe de la prenda en su bolso.

–¿Qué impresión te ha dado? –le preguntó a Roy una vez fuera–. ¿Reconciliación?

–Pobre mujer. Eso espero. ¿Qué hacemos ahora?

–Estoy harto de Portsmouth y aún no hemos comido. Te propongo que volvamos a casa y de camino hagamos una pausa para comer un buen plato cargado de grasa y colesterol.

–Pero no hemos llegado a ningún sitio –dijo Agatha exasperada.

–Pues no sé qué más podemos hacer. John está muerto, no sabemos qué ha sido de su mujer. La policía sí lo sabrá y seguramente la interrogará. Tengo la sensación de que estamos en un callejón sin salida, Aggie.

Agatha se sintió de golpe engullida por una oleada de cansancio. ¿De verdad le interesaba este caso? ¿No estaría siempre buscando algo que le quitara a James de la cabeza, y ahora, de paso, también le hiciera olvidar la humillación de Charles?

Finalmente, tras consolarse con un buen plato de patatas fritas grasientas y salchichas, durmió a ratos en el trayecto de regreso a casa.

–Ojalá hubiera dejado la alarma antirrobo conectada –murmuró Agatha.

–Solo bromeaba –dijo Roy repentinamente nervioso.

–Entraremos, comprobaremos si hay algo raro y luego nos acercaremos a casa de Doris Simpson a recoger los gatos.

–Tú primero.

–Cobarde.

Agatha estaba recorriendo el camino de entrada cuando se paró de golpe. Roy tropezó con ella.

–¿Qué pasa? –preguntó en voz baja.

–Hay luz en el salón.

–Pues vamos a buscar a un agente de policía. No te la dejarías encendida, ¿verdad?

–No, te lo juro. Vamos a avisar a Fred Griggs.

Siguiendo las indicaciones de Agatha, Roy condujo hasta la comisaría del pueblo. Estaba a oscuras, pero había luz en la planta de arriba. Agatha llamó al timbre y esperó mientras Fred Griggs bajaba pesadamente la escalera.

–¡Fred! –exclamó Agatha cuando por fin abrió la puerta–. Hay una luz encendida en el salón de mi *cottage*. Debe de haber entrado alguien.

–¿Seguro que no se la dejó encendida?

–No, Fred. ¿Y si es ese asesino que está esperándome?

–Me pondré el uniforme. Espere aquí.

Roy y Agatha esperaron lo que pareció una eternidad hasta que reapareció Fred.

–¿No lleva un arma? –preguntó Agatha en voz baja.

–Solo mis puños. Ni siquiera gas lacrimógeno –contestó Fred tranquilamente.

Volvieron en el coche al *cottage* de Agatha.

–¡Mira! –exclamó Agatha–. La luz está apagada.

–Tal vez se lo ha imaginado –dijo Fred.

–No, en absoluto, ¿verdad que no, Roy?

–Bueno, tú dijiste que la habías visto, pero tal vez fueron imaginaciones tuyas –respondió Roy.

–No podemos pasarnos aquí toda la noche. –Fred se acercó a pie hasta la puerta–. Deme las llaves, señora Raisin.

Agatha se las dio. Fred abrió la puerta y Roy y ella se apretujaron detrás de él.

–¿Por dónde se va al salón?

–Por ahí.

Agatha señaló la puerta del salón. Fred la abrió y encendió la luz.

–¡Mire! –exclamó Agatha en voz baja.

Había una copa de whisky a medio beber sobre una mesa y un periódico tirado en el suelo.

–¿No son suyos? –susurró Fred.

Agatha negó con la cabeza.

–Esperen aquí.

Fred fue a mirar al comedor y a la cocina.

Volvió.

–Echaré un vistazo arriba.

–Voy con usted –le dijo en voz baja Agatha, que de ningún modo quería quedarse en el salón con la única protección del enclenque de Roy.

Siguieron a Fred escaleras arriba. Abrió la puerta del dormitorio de Agatha. Nada, nadie. Luego abrió la puerta del lavabo. Había toallas empapadas esparcidas por el suelo.

–Yo no lo dejé así –musitó Agatha.

–La última habitación –susurró Fred y abrió la puerta del cuarto de invitados.

Palpó la pared hasta encender la luz.

Sir Charles Fraith estaba tumbado en la cama, profundamente dormido.

–Es un conocido suyo, señora Raisin –comentó Fred.

–Oh –exclamó Agatha, a la que flaquearon las piernas de alivio–. No es más que Charles. Déjelo dormir.

Retrocedieron y bajaron de nuevo.

–¿Cómo ha entrado su novio? –preguntó Fred con una sonrisa maliciosa.

–No es mi novio, solo es un invitado. Le había dado un juego de llaves. Fred, ha sido usted muy amable. Roy le llevará de vuelta.

–Volveré andando. Hace una noche excelente para dar un paseo. Tiene la casa llena, ¿eh?

Fred le guiñó un ojo a Agatha, le dio una palmada en el trasero y se fue silbando.

–A la mierda tu reputación, querida –dijo Roy–. ¡Menuda patosa! ¿Qué pasa con el baronet de la cama? Nunca me has hablado de él. Quiero decir que no sabía que erais tan íntimos.

–Es solo un amigo –se quejó Agatha–. Estuvo aquí unos días y luego se fue.

–Lo he visto hace poco. –Roy frunció el ceño–. Ajá, claro, estaba en aquel restaurante de Stratford, con una chica, pero tú ni lo mencionaste.

–¿Qué tal si cambiamos de tema? Me cansa.

–Como quieras. ¿Cuál es la agenda para mañana?

–Está vacía. Me refiero a que no tiene sentido. Carecemos de los recursos de la policía. Me voy a acostar.

–Ven al salón un momento y tomemos una copa. Tenemos que hablar.

–Te lo acabo de decir, Roy, abandono el caso.

–Abandono el caso –se mofó Roy–. Escuchen a la gran detective. Quiero hablar de nosotros.

Los diminutos ojos de Agatha se entrecerraron.

–Si has venido hasta aquí otra vez en nombre de la amistad a retorcerme el brazo para que vuelva a dedicarme a las relaciones públicas, olvídale.

–He venido hasta aquí solo para verte, pero es verdad que el señor Wilson mencionó...

El señor Wilson era el jefe de Roy.

–Ya me imaginaba yo... –repuso Agatha con amargura–. Tendrás que compartir cama con Charles y espero que lo paséis muy bien juntos.

Se dirigió hacia la puerta.

–Voy a buscar a mis gatos. Mañana por la mañana te llevaré a la estación. Para que cojas uno de los primeros trenes.

–Pero, Aggie...

–Buenas noches.

Después de que Agatha se hubiera despedido de Roy, que aún seguía quejándose al subir al primer tren de la mañana, volvió al *cottage* y se encontró a Charles sentado en la cocina, envuelto en una bata y untando mantequilla en una tostada.

—¿Qué pretendías volviendo aquí a hurtadillas anoche? —le espetó Agatha—. Creí que el asesino había entrado en casa. Fui a buscar al policía local y él te encontró durmiendo como un tronco.

—Qué gracia.

—No tuvo ninguna gracia. Así que cuando hayas acabado de desayunar, por favor, vete.

Charles miró con afabilidad a la ruborizada y enfadada Agatha.

—¿Qué es lo que te ha sacado tanto de quicio?

—Tú, tú, insensible, egoísta y ensimismado cabrón. Te acuestas conmigo, luego desapareces y me dices que estás enamorado.

—Estaba enamorado. Lo estaba.

—Pues en ese caso es que no lo llegaste a estar.

—Seguramente tienes razón. Siéntate. He preparado café. Está tan caliente como el vapor que te sale de las orejas.

La ira de Agatha se aplacó. De repente se sintió terriblemente cansada. Se sentó.

—Charles, ¿no se te pasó por la cabeza que tu comportamiento conmigo era egoísta e insensible?

—No, Aggie. Creí que nos lo habíamos pasado muy bien. Luego se presentaron esos invitados, entre ellos una chica, que me pareció sumamente apropiada para mí.

—Eso no suena a amor.

—Eso suena a matrimonio. De verdad, creo que tendría que casarme. Tener un heredero y todo eso. —Agitó un trozo de tostada con mantequilla en el aire—. Pero yo ni siquiera le gustaba. Se encontró con un amigo en un restaurante en Stratford y se fue con él, dejándome plantado. Así que pensé: mejor será que vaya a ver qué hace Aggie.

—¡Ni se te ocurra insinuarle otra vez!

—Te recuerdo, Aggie, que fuiste tú la que se metió en mi cama.

—Buscando consuelo, no sexo.

–Me pareció que el sexo era muy consolador.

–No solo eres inmoral, Charles, eres amoral.

–Es posible. ¿Cómo va el caso?

Agatha suspiró.

–Estancado. Fui a Portsmouth.

–¿Y?

Agatha le contó lo de Harriet.

–Me sorprende que no te quedaras en Portsmouth. Probablemente esté atestado de víctimas de los chantajes del perverso peluquero.

–La exesposa de John seguramente lo sabe todo, pero ahora puede estar en cualquier punto del país. La policía cuenta con los medios para encontrarla. Yo, no. Oh, y descubrí otra cosa.

Le contó lo de Jessie y Mavis. Charles escuchó con atención. Luego dijo:

–Vuelve a contarme lo de Mavis.

Agatha lo miró sorprendida, pero aun así repitió lo que había pasado durante su charla con Mavis.

–¿Y te la creíste?

Charles tendió el brazo por encima de la mesa y sacó un cigarrillo de la cajetilla de Agatha.

–¿Y por qué no? Me pareció una mujer decente y sincera. Su casa estaba limpia y ordenada. Se respiraba la atmósfera del hogar de una familia feliz.

–Me gustaría conocerla.

–¿Por qué?

–Simplemente me parece demasiado bonito para ser cierto.

–Oh, bueno, supongo que no te darás por satisfecho hasta que la hayas conocido. No comprobé si habías recogido tus cosas y te habías llevado la ropa.

–No, me fui a toda prisa y lo dejé aquí. Me vestiré y nos vamos.

–No sé si estará en casa –comentó Agatha al salir de la circunvalación y entrar en la urbanización Four Pools–. Tal vez tendríamos que haber llamado antes.

–Es mejor pillarla desprevenida –dijo Charles–. ¿Tienes otro cigarrillo?

–Ya casi hemos llegado y si vas a volver a fumar, te recomiendo que te compres tu propio tabaco.

–Es un hábito repugnante. Hay un hipnotizador en Gloucester; dicen que hace maravillas.

–Tendría que probarlo –dijo Agatha–. Ya me han hablado de él. Pero, si dejo de fumar, rezo por no convertirme en uno de esos pelmazos que van por ahí convirtiendo la vida de los fumadores en un infierno. Ya hemos llegado. ¿Ves? No te da tiempo a fumar.

Mientras recorrían el camino de entrada, una cortina se removió. La puerta se abrió antes que hubieran llamado al timbre, y ahí estaba Mavis, con una sonrisa de bienvenida.

–¡Me alegro de verla otra vez! –exclamó–. Pasen. ¿Es su marido?

«Me cae bien esta mujer», pensó Agatha. La halagaba que la tomara por la esposa de Charles, dado que él era mucho más joven.

Agatha le presentó a Charles y los dos siguieron a Mavis dentro. Esta fue rápidamente a preparar té, mientras Charles daba una vuelta por el salón, mirando las fotografías.

–Aquí tenemos algo –susurró él–. Nuestra Mavis en el escenario, de joven.

–¿Y?

–Sus dotes interpretativas pudieron engañarte.

–Soy buena calibrando a la gente –replicó Agatha malhumorada.

–Excepto a los hombres.

Agatha lo estaba fulminando con la mirada cuando Mavis volvió con la bandeja del té.

Después de servirlo, Mavis preguntó sin más:

–¿Y qué la trae de vuelta?

Agatha miró con impotencia a Charles, que sonrió a Mavis y dijo:

–Aggie me contó lo que usted le había dicho y me preguntaba si le habría mentado.

Mavis lo miró pasmada y Agatha se quedó de piedra.

Entonces la expresión de Mavis se despejó y se rio.

–Oh, esa historia de que mi Betty era una drogadicta.

–No –dijo Charles–. Eso sí creo que fue una mentira. Pero resulta que sé que Shawpart la estaba chantajeando.

Siguió un silencio estupefacto.

–¡Mami! –gritó un niño con voz aguda en la calle.

Pasó un coche, una ráfaga de viento removió las hojas de la glicina al otro lado de la ventana y luego el salón se sumió de nuevo en el silencio.

Por fin, con una vocecita, Mavis dijo:

–Así que, al final, aquella carta no se quemó en el incendio.

Agatha miró a Charles en busca de ayuda, pero él no apartaba la mirada de Mavis, esperando que siguiera.

–Si mi marido llegara a enterarse –dijo Mavis–, sería el fin de nuestro matrimonio.

–No se enterará –dijo Agatha con rabia–. ¡Díselo, Charles!

Pero Charles seguía esperando pacientemente.

–Él me halagaba –empezó a explicar Mavis–. Dijo que nunca tendría que haber renunciado al teatro. Oh, me trabajó a fondo. Me pilló en un momento con la guardia baja, me sentía deprimida y aburrida y me ofreció un poco de emoción. Al principio, solo se trataba de cafés furtivos y luego dijo que no podíamos hablar con libertad si teníamos miedo de que alguien nos viese..., me dijo que me amaba. Era tan apasionado, parecía tan sincero... ¡Y era yo la que me creía actriz! Así que me acosté con él. Me enamoré hasta el punto de que estaba dispuesta a fugarme con él.

Se echó a llorar. Esperaron a que se sonara la nariz y se recompusiera.

–Entonces, él dejó de ponerse en contacto con usted –dijo Agatha.

–Sí, y yo estaba desesperada. Pensaba que había dicho o hecho algo mal. Le escribí. Cuando telefoneó y dijo que quería verme, fue como si subiera a la luna. Luego me dijo que, si no le pagaba, le mandaría la carta a mi marido.

–Creía que usted no disponía de dinero propio –dijo Agatha.

–Le mentí. Tenía un poco apartado. Pero entonces sucedió lo que parecía un milagro. Lo asesinaron. No, no fui yo, aunque soñaba con hacerlo. No vayan a la policía.

–No iremos –dijo Agatha–. Y no hay pruebas. Todas se quemaron en el incendio.

Los ojos de Mavis se entornaron.

–En ese caso, ¿a qué vienen ustedes, a torturarme? –Se levantó–. ¡Fuera de aquí!

–Solo queremos averiguar quién lo hizo –le dijo Agatha con paciencia.

–Eso le compete a la policía. Soy lo bastante sensata para denunciarles.

–Si lo hace –dijo Charles–, nos veremos obligados a contar a la policía lo que sabemos de usted.

Mavis se amilanó.

–Lo siento. Pero todo esto ha sido espantoso. Lamento haberme enfadado.

–No se preocupe. Ya nos vamos –dijo Charles–. No le dé más vueltas.

Se hizo a un lado para que pasara Agatha y entonces se dio la vuelta de golpe.

–Usted no estuvo casada con John Shawpart, ¿no?

–¡No!

–¿Sabe algo de su mujer?

–Dijo algo sobre que ella tenía celos de él. También era peluquera.

Le dieron las gracias y se marcharon.

–¿Cómo sabías lo de ella, Charles? –le preguntó Agatha cuando ya se alejaban en el coche.

–No lo sabía. Lo adiviné.

–¿Por qué?, ¿cómo?

–Bueno, Shawpart parece haber sido un cabrón muy astuto. Si no tenían dinero, las dejaba.

–¿Y por qué pensabas que no había dejado a Mavis? Ella me dijo que le había contado que no tenía dinero y yo la creí.

–Ha sido un golpe de suerte. Lo cierto es que me pareció que merecía la pena probar. Quiero decir que le contó todas esas mentiras sobre sí misma para captar su interés. Ella debió de explicarle que lo de que su hija fuera traficante de drogas era mentira porque, de haber sido verdad, él ni siquiera se habría molestado en acostarse con ella. Simplemente habría utilizado la información.

–Volvamos y tomemos notas de todo –dijo Agatha.

–¿Has recuperado el interés?

–Un poco. Tiene que haber algo que se me haya pasado por alto.

–Bueno –dijo Charles sentado ante una hoja de papel en la mesa de la cocina de Agatha una hora más tarde–, veamos qué tenemos. Por un lado, está Mavis Burke. Ella podría haber puesto la ricina en las píldoras de vitaminas. Luego está la recepcionista, Josie. Estaba enamorada de él. El señor y la señora Friendly. Maggie Henderson y el bruto de su marido. Y nuestra querida Harriet de Portsmouth o su marido.

–Pero el marido de Harriet la abandonó por su secretaria.

–Eso dijo ella. Podría ser otra mentirosa. Podría haberse hecho la sorprendida cuando Luke se presentó ante su puerta, no por verlo de nuevo, sino por si tú descubrieras que te había contado una sarta de mentiras. ¿Alguien más?

–Jessie Lang, pero es imposible que fuera esa.

Charles se recostó en la silla.

–Sí, reflexionemos sobre Jessie Lang. ¿Por qué iba nuestro chantajista mujeriego a perder el tiempo en un bomboncito sin un céntimo? Ese no es su campo.

–Estoy convencida de que ella me contó la verdad –dijo Agatha acalorada–. Crees que miente ¡porque yo le sonsaqué más que tú!

–Aunque no deja de ser una posibilidad. Luego queda la señora Shawpart.

–¡Pero no sabemos dónde está!

–¿Seguro? Lo que no sabemos es cuánto tiempo hace que contrajeron matrimonio las mujeres casadas sospechosas. Podría ser Mavis.

–Que milagrosamente tiene una hija adolescente y un hijo un año menor que su hermana.

–¿Viste alguna foto de sus hijos? Yo, no. No me fío ni un pelo de esa mujer.

–Nos estamos olvidando de la señora Darry –dijo Agatha–. Pobre señora Darry, ¿qué podría haber averiguado que nosotros no hayamos descubierto ya?

–Esos es interesante. ¿Por qué no nos damos una vuelta por la vicaría y le pedimos a la señora Bloxby que nos cuente algún cotilleo?

Cuando se acercaban a la puerta de la vicaría, Agatha deseó que el vicario no estuviera en casa y se pusiera a gritar delante de Charles acerca de «esa mujer espantosa».

Pero la señora Bloxby abrió la puerta con su habitual sonrisa de cálida bienvenida. Agatha sabía que era una mujer ocupada, pero nunca parecía incomodada por la llegada sin previo aviso de visitantes.

–Me alegro de verles –dijo la señora Bloxby–. Pasen a la cocina. Acabo de hacer café.

Agatha se sentó a la mesa de la cocina y entrecerró los ojos, dejando que la tranquilidad de la vicaría la inundara. ¿Por qué ella siempre creaba un mundo tan desquiciado para sí misma, se preguntó, donde lo totalmente inaceptable se volvía aceptable? ¿Qué estaba haciendo ahí sentada con Charles, como si nada hubiera sucedido? Tendría que haberle dicho que se fuera, que no quería volver a verle. Y, todavía más importante, tendría que olvidarse de esa tontería de fingir que era una detective y dejar que la policía se encargara de todo.

La señora Bloxby les puso delante unas diminutas tazas de porcelana con el café y unas galletas de chocolate y luego se sentó.

–¿Ayer estuvo fuera, Agatha?

–Sí.

–La prensa se presentó de repente, había periodistas por todas partes. Como ya sabe, vinieron pocos después del asesinato. La policía debe de haber informado de que había alguna relación entre la señora Darry y el asesinato del peluquero, aunque no parece que hayan aireado nada sobre las actividades de John Shawpart como chantajista. Según creo, no le dieron mucha importancia antes porque la prensa creía que se trataba simplemente de otro asesinato de una pensionista en las Midlands. ¡Qué espantoso suena! Simplemente otro asesinato. Aunque, la verdad, hay tantos... Cuanto más vive la gente, más pensionistas hay, y más mueren asesinados. Son un blanco fácil y vulnerable.

–Alguien vendrá a por Aggie, es la siguiente –dijo Charles.

–Yo no soy pensionista –le espetó Agatha.

–¿Dónde estuvo investigando ayer? –preguntó la señora Bloxby.

–En Portsmouth.

–Con su amiguito –murmuró Charles.

–¿Por qué me suena de algo? Portsmouth –musitó la señora Bloxby sin hacer caso a Charles.

–De allí venía John Shawpart –dijo Agatha.

–Sí, eso es. Pero hay algo más... Bueno, ya me acordaré. ¿Y cómo le fue?

Agatha le contó lo de Harriet.

–¡Pobre mujer! –exclamó la señora Bloxby.

–Si es que contaba la verdad –intervino Charles–. Aggie se ha vuelto muy crédula.

–Me parece que ese comentario está fuera de lugar –dijo la señora Bloxby.

–Cuéntale lo de Mavis –dijo Charles.

La señora Bloxby escuchó con atención y luego dijo:

–Pero de ahí no se deduce que Harriet mintiera. ¿Por qué iba a hacerlo? Pagó, ¿no?, y gracias a Agatha recuperó esas cinco mil libras.

–Hay demasiados sospechosos –comentó Agatha con pesimismo–. Después de lo que pasó con Mavis, ahora creo que todos me han mentido. Cuando oí a aquella mujer decirle a John que lo mataría, él contestó que era la de la tienda contigua hablando con su marido, pero resulta que no estaba casada. Así que era soltera, pero ¿y si aun así John la hubiera chantajeado?

–¿Y qué va a hacer ahora? –preguntó la señora Bloxby.

–No lo sé –contestó Agatha con aspecto derrotado.

Charles mordisqueó una galleta de chocolate. Entonces dijo:

–¿Y si vamos a ver a Bill Wong? Seguramente él debe de saber algo de la mujer de John. De hecho, probablemente sepa muchas más cosas que nosotros.

Agatha se animó.

–Buena idea. Iremos a ver a Bill. Vayamos ahora. Gracias por el café.

Charles y ella se levantaron.

Al llegar a la puerta, Agatha se volvió.

–Casi se me olvida preguntárselo: ¿sabe dónde vivía antes la señora Darry? ¿Antes de mudarse a Carsely?

–Qué tonta soy –exclamó la señora Bloxby–, ¿cómo he podido olvidarlo?

–Olvidar... ¿el qué?

–Portsmouth, claro. ¡La señora Darry procedía de Portsmouth!

OCHO

–¡Guau! –exclamó Agatha–. Me siento como si me hubiera deslumbrado un fogonazo cegador que hubiera iluminado lo obvio.

–¿A qué te refieres? –preguntó Charles mientras volvían andando al *cottage*.

–Pues a la señora Darry, claro. Ella no habría sido tan astuta para descubrir nada peligroso sobre el asesino en tan poco tiempo. ¡Tenía que conocer a John de Portsmouth! Por eso seguramente sabía quién lo mató.

–¿Y cómo iba a saberlo? –preguntó Charles–. Se habría encontrado atascada como nosotros. Con toda esa gente chantajeada, ¿a quién elegir?

–Parece razonable pensar que tuvo que ser alguien de Portsmouth.

–¿Harriet?

–Estoy segura de que no fue Harriet. Maldita sea. Vamos a casa a tomar un café y pensar un poco antes de ver a Bill Wong.

Una vez sentados delante de sendas tazas de café, Agatha dijo:

–Solo tendríamos que dar con la esposa.

–A lo mejor la policía ya la ha encontrado. Seguro que lo harán.

–Mira, tal vez la hayamos pifiado con el asunto del chantaje. Quizá se trató solo de una cuestión de odio conyugal.

–Hazme caso –dijo Charles–, cuando tienes a un chantajista en escena, tarde o temprano alguien lo acaba matando.

–Como sea, creo que iré a ver a Bill Wong.

–¿No deberías llamarlo antes?

Agatha vaciló. Pero luego dijo:

–No, mejor vamos. A no ser que tengas otros planes.

–No –contestó Charles taciturno–. He dejado a las mujeres.

«Lo que significa que yo no cuento como mujer», pensó Agatha.

En el trayecto en coche a Mircester, Agatha estuvo admirando los colores otoñales de los árboles.

–Qué deprisa cambian ahora las estaciones –comentó–. Parece como si alguien trazara una línea entre el verano y el otoño. Hace nada estábamos asfixiándonos y de la noche a la mañana llegó el otoño. ¿Crees que es por la capa de ozono?

–Seguramente se esté desintegrando por culpa de todo el humo de cigarrillo que suelta la gente como tú.

–Qué desagradable eres. Me pregunto si ese hipnotizador de Gloucester sirve de algo.

–No lo sabrás hasta que lo pruebes.

–Son los tacaños como tú los que consiguen fumar menos, Charles.

–Estás celosa porque tú eres una adicta. ¿Por qué no lo dejas ahora mismo?

Siguió un silencio y entonces, de repente, Agatha dijo:

–¿Por qué no? En cuanto lleguemos a Mircester sacaré de mi bolso los cigarrillos y los tiraré en el primer cubo de basura que vea.

–¿Y qué pasa con el cartón que guardas en casa?

–Lo quemaremos en una ceremonia ritual en la chimenea cuando volvamos.

En cuanto hubo dicho esas palabras, a Agatha le entraron unas ganas incontenibles de fumar. Se resistiría a la tentación. Solo era cuestión de fuerza de voluntad.

Aparcaron delante de la comisaría de Mircester.

–Seguramente estará fuera de servicio –dijo Charles–. Tendríamos que haber llamado.

–Ya que estamos, probemos.

Tuvieron suerte. Los hicieron pasar a una sala y les dijeron que Bill Wong se reuniría con ellos enseguida.

Llegó al poco y los saludó.

–Espero que os hayáis mantenido alejados de cualquier embrollo.

–Sí –dijo Agatha de mal humor–. Pero no podemos reprimir la curiosidad. Solo queríamos saber si habéis dado con la esposa de Shawpart.

–No creo que haga ningún daño al informarte de que no la hemos encontrado. ¿Por qué lo preguntas?

–Podría estar en Evesham.

–Lo último que sabemos de ella es que estuvo en Glasgow. Un amigo suyo recibió una postal desde allí.

–¿Qué amigo? –preguntó Agatha impaciente.

–Eso no puedo decírtelo. Cada vez que visitas a alguien, Agatha, lo siguiente que sabemos es que esa persona acaba misteriosamente muerta.

–La señora Darry vino de Portsmouth –dijo Agatha insistiendo–. Esa era la relación.

–Obviamente –dijo Bill–. Pero no sabemos qué sabía.

–¿No puedes darnos una pista? –preguntó Agatha.

–No, no puedo –dijo Bill–. Ya has causado bastantes problemas haciéndote pasar por la hermana de Shawpart y luego mintiendo al decir que no pasaste en coche por delante de su casa. Agatha, por favor, déjalo ya.

–Bueno, si no quieres mi ayuda...

–¡NO!

–No hace falta que grites.

–Mira, Agatha, ya has estado a punto de conseguir que te maten antes y no quiero que pase otra vez.

Agatha se sentía ofendida en lo más hondo.

–Vámonos, Charles –dijo con arrogancia–. Está claro que Bill no quiere contarnos nada.

Charles le guiñó un ojo a Bill y salió de la sala siguiendo dócilmente a Agatha.

–Solo está preocupado por ti, Aggie –le aseguró Charles amablemente cuando salieron.

–Que le den –gruñó Agatha–. Por mí, puede quedarse ahí sentado hasta pudrirse. Jamás volveré a ofrecerle mi ayuda.

–Eso suena un poco duro. Él se la ha jugado por ti antes.

–¿Ah, sí? ¿Cuándo?

–Cuando te mandó por fax todo aquello a Chipre. Volvamos a tu *cottage* y tranquilicémonos.

Tras un almuerzo tardío y silencioso, Charles dijo inesperadamente que se iba a pasar por su casa para ver cómo iban las cosas. A Agatha no se le ocurrió nada que decir o proponer para que se quedara. Deseaba con todas sus fuerzas que hubiera algún modo de enterarse de lo que la policía había descubierto.

Estuvo trasteando sin propósito por la cocina el resto del día, jugó con sus gatos y les dio de comer, vio un rato la televisión, o, más bien, zapeó por los canales, y finalmente decidió acostarse temprano.

Pero no paraba de dar vueltas, inquieta. Repasaba una y otra vez lo que había descubierto. Las caras se deslizaban ante sus ojos: Maggie, Jessie, Harriet, Josie y los demás. Finalmente, notó que los ojos se le cerraban. Se olvidaría de todo, visitaría a esa agradable peluquera, Marie, se peinaría y tal vez incluso se comprara un vestido nuevo.

De repente, los ojos se le abrieron de golpe. Casi oía la voz de Marie hablando de los celos y piques en el negocio de las peluquerías. Y ¡un momento! John Shawpart había dicho lo mismo. ¿Y quién había comentado que la esposa de John tenía celos de él?

El corazón le latía cada vez más rápido. ¿Y quién se había presentado en Evesham después de la muerte de John, abierto un local y contratado a su personal?

¡Eve!

A la señora Shawpart la habían descrito como rubia y escultural. Pero en estos tiempos de teñidos y tintes tan evolucionados, Eve podría haberse cambiado su rubio natural. Se trataba de una posibilidad remota, pero merecía la pena comprobarla.

Al día siguiente telefoneó a Eve's y pidió a Josie una cita, insistiéndole en que quería que la peinara Eve en persona. De mala gana, Josie dijo que podía darle hora para las tres de esa tarde, aunque Agatha estaba convencida de que habría muchas más horas libres.

Agatha pensó que debería contarle a alguien lo que estaba a punto de hacer..., por si acaso. Si se lo decía a Bill, le impediría ir; pero si se lo contaba a Charles, tal vez él podría llamar a la policía si ocurría algo.

Marcó el número de Charles. Para su alivio, contestó él. La escuchó con atención y, para su tranquilidad, no le dijo que se estuviera comportando como una idiota.

–Te diré lo que haremos –dijo Charles–. Tengo un amigo en la ciudad que es técnico de sonido de televisión. Veré si lo localizo y le convengo para que te coloque un micrófono. Nosotros esperaremos al otro lado de la calle con auriculares. Si hay el menor indicio de que ella sea la persona que buscamos, llamaré a la policía.

–No tardes –le apremió Agatha.

Esperó con impaciencia y, cuando las manecillas del reloj sobrepasaron las dos de la tarde, estaba empezando a plantearse seguir adelante sin ellos. Pero de repente el coche de Charles frenó delante del *cottage* y él se apeó seguido de un hombre alto y delgado.

–Muy bien, Aggie –dijo Charles cuando ella los dejó pasar–. Brian te preparará y podrás salir enseguida.

Agatha llevaba puesto un traje pantalón. Se sujetó el equipo de sonido en el talle del pantalón y el pequeño micrófono en el cuello.

–Ella podría fijarse en ese pequeño punto negro –dijo Charles–. ¿No tienes un broche o algo así?

Agatha subió a su joyero y encontró una pieza chillona de bisutería.

–Es horrorosa –comentó Charles–, pero evitará que repare en el micrófono.

Se fueron en el coche de Charles.

–No he pensado bien cómo plantearlo –exclamó de repente Agatha–. ¿Cómo voy a empezar a acusarla de asesinato delante de su personal?

–Prueba a ver qué pasa –dijo Charles–. Dile que quieres tener unas palabras aparte con ella.

–Muy bien, lo intentaré.

Agatha estaba nerviosa por dos razones. En primer lugar, si Eve era la asesina, corría un grave peligro. Y si no lo era, Agatha temía quedar como una completa idiota delante del técnico de sonido.

Aparcaron y fueron andando por High Street.

–Bien –dijo Charles–, esperaremos al otro lado de la calle, en esta portería. Ve, Aggie, te deseo toda la suerte del mundo.

Hacía un día soleado y excepcionalmente cálido. La gente iba y venía por High Street con las expresiones afables y nada amenazadoras típicas de los vecinos de Evesham. De repente, Agatha se sintió estúpida. A la luz del día, su idea empezó a parecerle descabellada. Estaba convencida de que lo único que sacaría de todo aquello era un espantoso peinado.

Agatha empujó la puerta y entró.

Josie se estaba pintando las uñas y ni siquiera levantó la mirada.

–Tengo hora –le espetó Agatha–. ¡Muévete!

Josie dejó escapar un suspiro melodramático y dijo:

–Sígame.

Agitando las uñas pintadas para que se le secaran, condujo a Agatha hasta los lavacabezas. Eve estaba sentada leyendo una revista. No había más clientes.

–Puedes irte, Josie –dijo Eve dejando la revista–. Tómate el resto del día libre. Yo atenderé a la señora Raisin. ¿Le apetece antes un café, querida?

–No, gracias.

Agatha no quería arriesgarse a que el café estuviera espolvoreado con ricina.

Josie salió y Eve desenganchó un peinador y se lo tendió a Agatha.

–Pero antes sí me gustaría hablar con usted... señora Shawpart –dijo Agatha.

–¿Quién es esa señora?

–Usted es la esposa del peluquero asesinado, ¿me equivoco? –preguntó Agatha.

Eve la miró desconcertada.

–Yo ni siquiera conocía a John Shawpart –dijo–. Tenía una peluquería en Worcester y me trasladé aquí. ¿Qué le ha hecho pensar tal cosa?

–A pesar del color de su pelo –insistió Agatha, aunque empezaba a sentirse una idiota y era plenamente consciente de que Brian y Charles estaban escuchando–, usted se ajusta a la descripción que me han dado de la señora Shawpart. Su marido se divorció de usted y cobró el seguro del local cuando se incendió. Usted estaba celosa de su éxito.

Eve la miró con expresión de hastío.

–Señora Raisin, no dice más que tonterías. Espere un momento.

Salió y volvió con una tarjeta comercial.

–Este era el negocio que tuve el año pasado y estuve trabajando en Worcester durante diez años. Pregunte a quien quiera.

Agatha miró consternada la tarjeta. Rezaba: «Peluquería Eve's», con dirección en Foregate, en Worcester.

–Lo siento –acertó a decir.

–Bueno, todos nos equivocamos a veces. Venga al lavacabezas. ¿De dónde sacó esa idea descabellada?

Agatha dejó que le pusiera el peinador y se sentó obedientemente ante el lavabo.

–He estado investigando porque fui yo la que le encontré cuando estaba agonizando –dijo–. Era un chantajista.

–¡No me diga!

–Sí. Así que al principio pensé que el asesino podría haber sido una de las víctimas a las que había extorsionado. Y luego, de repente, se me ocurrió que tal vez se hubiera tratado de su esposa, y como usted apareció de repente y contrató a su personal, llegué a la conclusión equivocada. Lo siento.

–No se preocupe. Eche la cabeza hacia atrás. ¿Está cómoda?

Agatha asintió.

Al otro lado de la calle, Brian y Charles, con los auriculares en las orejas, se miraron el uno al otro. Brian se quitó el suyo.

–Será mejor que apaguemos esto.

–Sigue escuchando –dijo Charles–. Pobre Aggie. Oigamos hasta dónde llega su capacidad de quedar como una tonta.

–Pero le diré una cosa –añadió Agatha–. Voy a perseverar hasta que encuentre a la desaparecida señora Shawpart.

Eve le lavaba la cabeza a Agatha con dedos firmes. De repente esos dedos se metieron a fondo en su pelo y le agarraron la cabeza con fuerza.

–¿Le ha dicho a alguien que venía? –preguntó Eve.

–No –mintió Agatha.

–Mejor.

–¿Por qué?

–Porque tú, zorra entrometida, no vas a salir viva de aquí.

Al otro lado de la calle, Charles sacó rápidamente un móvil y llamó a la policía.

Agatha intentó levantarse y aulló de dolor cuando Eve le tiró con fuerza del pelo.

–Él se lo buscó –dijo Eve con despecho–. Siempre decía que el éxito de la peluquería de Portsmouth se debía a su talento. Y yo pensé: ya le enseñaré yo a este cabrón. Después del divorcio, abrí una peluquería para hacerle la competencia, pero él emponzoñó las mentes de las clientas y las predispuso en mi contra.

Agatha se obligó a permanecer inmóvil, confiando en que el micrófono funcionara todavía.

–¿Y usted también chantajeaba a las mujeres?

–Yo no tenía ni idea de eso, no hasta poco antes de irme de Portsmouth, cuando una estúpida acudió a mí lloriqueando.

–¿Usted incendió su casa? ¿De dónde sacó las llaves?

–Cuando volví, nos hicimos amigos de nuevo. John era tan vanidoso que se creía irresistible. Pasamos varias noches juntos, por los viejos tiempos, y conseguí que me diera un juego de llaves.

–Pero ¿por qué incendiar su casa?

«Mantenla entretenida hablando y ruega a Dios que Charles haya llamado ya a la policía», pensó Agatha. Le temblaban las rodillas y el sudor de la frente le caía por la cara.

–Porque no quería que la policía encontrara nuestro certificado de matrimonio ni otros documentos.

–Pero ¡él podría haberle contado a alguien que usted estaba por aquí!

–Cuando se lo comenté, él rompió a reír y juró que no se lo había dicho a nadie. Le encantaba que sus damiselas creyeran que no había nadie más que ellas en su vida.

Agatha agudizaba el oído intentando captar el ulular de las sirenas de la policía, pero únicamente oía el insoportable hilo musical que sonaba en el salón.

–Pero ¿cómo es posible que la policía no la localizara? Si se cambió de nombre legalmente, ellos lo habrían sabido.

–Conseguí documentación falsa en Glasgow. Es fácil hacerse con ella si estás dispuesta a pagar lo que vale. Luego abrí una cuenta bancaria con mi nuevo nombre. Todo fue muy sencillo.

–¿Y de dónde sacó la ricina?

–Cuando estaba casada con John, uno de nuestros clientes me dio unas semillas de ricino que había traído de la India. Me habló del veneno. Yo las guardé en un cajón y me olvidé de ellas, hasta que me di cuenta de cómo podía utilizarlas. Conseguí que otro de mis amigos de los bajos fondos de Glasgow extrajera el veneno y lo pusiera en una jeringuilla. Luego me limité a inyectarlo en las píldoras de vitaminas de ese cabrón y me senté a esperar los resultados.

–Pero ¿por qué? –preguntó Agatha–. Él la engañaba, pero ¿asesinarle por eso?

–Hacía algo peor que engañarme –dijo Eve entre dientes–. Decía que no era buena peluquera. Me arrebató la clientela. No permito que nadie cuestione mi capacidad profesional.

–Usted tenía celos de John –dijo Agatha–. Los peluqueros son unas divas engreídas. Usted lo asesinó por celos. Pero tuvo suerte. Podrían haberla visto en Evesham. Podrían haberla...

Eve golpeó dolorosamente la cabeza de Agatha contra el lavabo.

–Cállate. Estoy harta de ti, espantajo. Se te metió en las bragas, ¿verdad? Volvió a golpear con fuerza la cabeza de Agatha, que gritó.

«Haz que siga hablando», pensó Agatha, aunque le dolía la cabeza y estaba aterrada.

–¿Así que nunca estuvo en Worcester?

–No, me imprimí unas tarjetas en una máquina, por si acaso.

–¿Y qué me dice de la señora Darry?

–La vieja foca me reconoció y...

De repente, Eve se tensó. La peluquería se llenó del ulular de sirenas de policía.

Eve soltó el pelo de Agatha.

Chillando como una loca, Agatha se levantó de un salto de la silla justo cuando la policía irrumpía en el local. No se quedó a regocijarse oyendo cómo le leían sus derechos a Eve, sino que salió corriendo de la peluquería y se echó en brazos de Charles.

–¿Por qué han tardado tanto? –preguntaba una y otra vez entre sollozos.

Después de un largo día de preguntas y declaraciones en comisaría, Agatha y Charles se encontraron al fin solos en el *cottage* de Agatha.

–Y lo único que Bill me ha dicho –comentó Agatha con amargura– fue que suponía que hacía falta ser una completa aficionada para descubrir a otra.

–La mujer de John tuvo una suerte endemoniada –dijo Charles mientras degustaba un brandi–. Aún tienes champú en la cabeza, ¿no vas a lavártela?

A Agatha se le escapó un grito de alarma.

–Tendrías que habérmelo dicho antes. Me pregunto cómo pensaba matarme.

–Bueno, para empezar, estaba golpeándote en la cabeza. Seguramente no pensaba detenerse hasta dejarte como a la señora Darry.

–¿Y luego qué habría hecho?

–Bueno, ya tenía una identidad falsa. Probablemente pensaba huir a Glasgow y conseguir otra. Estoy muerto de hambre. Anda, ve a lavarte la cabeza y te invito a cenar fuera.

–Muy bien. No te bebas todo el brandi.

Agatha subió al lavabo, se desvistió y arrojó todo lo que llevaba puesto al cesto de la colada. Luego abrió el grifo de la ducha, cogió un frasco de champú, se metió bajo el chorro de agua y se lavó la cabeza con vigor.

Salió de la ducha y se secó el pelo con una toalla. Tiró la toalla al suelo y se secó la cara. Notaba cierto frío en la cabeza. Se miró al espejo y chilló.

No había cerrado la puerta del baño. Charles subió ruidosamente las escaleras, abrió la puerta de golpe y entonces se echó a reír.

Demasiado alterada para preocuparse por su desnudez, Agatha se agachó y recogió la toalla con la que se había secado el pelo. Unos mechones de cabello húmedo cayeron al suelo del baño.

–Esa zorra debió de utilizar crema depilatoria –dijo Charles cuando por fin pudo hablar.

Consciente de que estaba completamente desnuda, Agatha se envolvió en una toalla de baño.

–¿Qué voy a hacer? –gimoteó.

–Cómprate una peluca. No te has quedado completamente calva. Aún te queda un poco de pelo. Dios, tienes una pinta muy graciosa.

–No voy a salir a cenar con este aspecto.

–Tonterías. Cúbrete la cabeza con un pañuelo.

–Sal de aquí, Charles, hasta que me recupere.

Charles salió riéndose. Agatha se secó de mala gana, se vistió y se envolvió la cabeza con un pañuelo de raso, como si fuera un turbante.

Cuando bajaba por la escalera, llamaron al timbre.

–Hay montones de periodistas ahí fuera –dijo Charles animadamente–. ¿Quieres salir y hablar con ellos? Ha llegado tu momento de gloria.

–No –dijo Agatha retrocediendo–. Así, no, Charles. ¡No quiero que nadie sepa lo que me ha hecho esa arpía!

–¿Por qué?

–Me convertiría en el hazmerreír de todos. Habla tú con ellos. A mí déjame al margen.

Charles se encogió de hombros y salió. Agatha oyó el sonido de su acento de clase alta charlando tranquilamente.

Finalmente, volvió a entrar.

–Con lo que les he contado se darán por satisfechos –dijo–. Se han comprometido a no molestarnos más esta noche.

–Bueno, al menos la policía no puede arrebatarme la gloria esta vez –dijo Agatha–. Todo estará en la prensa mañana y quedará claro cómo resolví el caso. ¿Qué me dices de la cena?

–Si estás bien, me parece que, pensándolo mejor, recogeré mis cosas y me iré a casa. Mi tía empieza a preocuparse porque estoy descuidando mis tareas en la finca.

Agatha se sintió decepcionada.

–Si es lo que tienes que hacer, hazlo. Pero no me habría venido mal un poco de compañía esta noche.

–Te llamaré.

Se dirigió a la planta de arriba y reapareció al poco con una maleta.

Le dio un beso en la mejilla.

–No te preocupes, tu pelo no tardará en crecer. Te llamaré.

Y se fue.

Agatha se sentó y miró a su alrededor. Los gatos se subieron a su regazo y los acarició. El timbre sonó con fuerza, sobresaltándola.

La prensa. Tal vez había hecho una tontería dejándolo todo en manos de Charles. Se miró en el espejo para asegurarse de que el pañuelo rosa estaba bien colocado y luego abrió la puerta.

–Oh.

La señora Bloxby estaba allí.

–Acabo de enterarme de que usted atrapó a la asesina. Quería asegurarme de que estaba acompañada, si no puedo quedarme con usted.

–¿De verdad? –dijo Agatha, aunque miró detrás de la mujer del vicario para asegurarse de que todos los reporteros se habían marchado–. Charles se ha ido.

–Oh, es muy insensible por su parte, ¿no le parece?

–Bueno, es difícil entender a Charles –repuso Agatha con voz cansina–. Pase. Me alegro de verla.

La señora Bloxby dejó un bolso grande en el suelo del recibidor. Se agachó, lo abrió y sacó una cazuela.

–No creí que estuviera de humor para cocinar, así que he traído un guisado de conejo.

–Qué amable. Oh, se ha fijado en el pañuelo. Aquella peluquera del infierno me puso crema depilatoria en el pelo.

–¡Dios santo, querida! ¡Qué espanto! Pero, bueno, crecerá rápido.

–Espero que James no reaparezca hasta que haya crecido.

Con la cazuela en las manos, la señora Bloxby se encaminó a la cocina.

–Todavía piensa en James, ¿eh? Yo creía que lo habría superado.

–No tanto como antes –dijo Agatha quitándose el pañuelo de la cabeza y siguiendo a la mujer del vicario hasta la cocina–, ahora es como una especie de jaqueca atenuada.

La señora Bloxby encendió el horno e introdujo la cazuela.

–No tardará mucho –dijo enderezándose–. Le he añadido patatas y masa rellena. Cuénteme, ¿cómo le ha ido con la prensa?

–No quise que me vieran así –contestó Agatha–. Quítese el abrigo y siéntese. Abriré una botella de vino. Sí, me sentía un poco ridícula, así que mandé a Charles a que hablara con ellos.

–¿Le pareció buena idea?

–¿A qué se refiere?

–Era su momento de gloria. Y con ese pañuelo de raso alrededor de la cabeza como un turbante, tenía buen aspecto.

–Estaba muy alterada, apenas me había recobrado de la conmoción. Tal vez tendría que haber hablado yo con los periodistas. Me pregunto si puedo pedirle un favor. ¿Podrá escaparse por la mañana y traerme todos los periódicos?

–Encantada.

Tuvieron una cena agradable. Agatha sintió que todo el horror vivido se desvanecía y casi estuvo tentada en cierto momento de decirle a la mujer del vicario que estaría bien a solas. Pero la idea de que el horror volviera en cuanto hubiera apoyado la cabeza en la almohada hizo que prefiriera que la señora Bloxby se quedara.

Para su sorpresa, Agatha durmió profundamente y no se despertó hasta las nueve de la mañana del día siguiente.

En la mesa de la cocina encontró una nota de la señora Bloxby.

Lo siento, he tenido que volver corriendo a la vicaría, por una urgencia. No he tenido tiempo para comprar los periódicos. No se preocupe por ellos. Si yo fuera usted, me pasaría el día descansando tranquilamente en casa.

–Pero tengo que ver qué dicen los periódicos –dijo Agatha en voz alta, pensando que debía de tratarse de una urgencia grave para que la señora Bloxby se marchara de ese modo y no cumpliera lo prometido.

Concluyó que no podía esperar. La tienda de correos solo recibía unos pocos periódicos y cuando no iba temprano, ya habían vendido todos los ejemplares. Se envolvió la cabeza con el pañuelo a modo de turbante, cogió

el coche y fue hasta Moreton-in-Marsh. Se sentía famosa. Su fotografía estaría en todos los periódicos. La noche anterior no la habían fotografiado, pero, tras el asesinato de su marido, sabía que todos tenían su foto en los archivos.

Compró todos los periódicos y los pagó sin mirar los titulares, esperando saborearlos dentro del coche. Empezó con el *Express*. No traía nada en primera plana. Lo hojeó. De repente, mirándola desde una hoja vio una fotografía en grande de Charles con el titular: «BARONET RESUELVE EL CRIMEN DE LA PELUQUERÍA».

Leyó por encima la noticia. Ella aparecía mencionada tan solo como «una amiga». Pero sabían que había sido ella la que había resuelto el asesinato porque todos se habían presentado ante su *cottage*. Revisó un periódico tras otro con furia creciente. Solo dos de ellos llegaban a mencionar su nombre. Todos decían lo mismo: el astuto baronet había mandado a una amiga a tender una trampa a Eve y luego había avisado a la policía.

Agatha regresó conduciendo a su *cottage* de malas pulgas, e intentó hablar por teléfono con Charles, pero su tía le dijo que se había ido de viaje no sabía adónde.

Entonces fue andando a la vicaría.

Abrió la señora Bloxby, que la miró apenada.

–Usted lo sabía –la acusó Agatha–. Por eso no me dejó los periódicos.

–Sí –admitió la señora Bloxby con un suspiro–. Pase. No entiendo por qué la mayoría de ellos ni siquiera mencionan su nombre.

–Charles –dijo Agatha con amargura–. Él se ha llevado toda la gloria y ellos tenían un baronet detective de carne y hueso dispuesto a seducirlos, así que se olvidaron de mí. Yo fui la que resolvió el caso. ¿Sabe cuál fue el motivo del asesinato? Los celos. Simplemente los celos. Y no porque él le fuera infiel. Nunca hubiera imaginado que el mundo de la peluquería estuviera tan desgarrado por odios y celos.

–Supongo que es como el teatro, y si encima no son muy buenos en la profesión, su vanidad aún es mayor –dijo la señora Bloxby–. Le prepararé un café. Venga a la cocina. ¿Averiguó por qué mató a la señora Darry?

Agatha la siguió.

–La policía me dijo que habían encontrado una nota de la señora Darry a Eve que decía: «Sé quién es usted y voy a informar a la policía. Si quiere hablar antes de que los llame...», y luego añadía su dirección.

–Pero ¿por qué hizo algo así? ¿Es que quería chantajear a Eve?

–Me parece que la señora Darry, que Dios la acoja en su seno, era una mujer desagradable y no imagino que creyera ni por un instante que Eve fuera una asesina. Supongo que solo quería atormentarla. Y lo pagó muy caro.

Agatha suspiró hastiada. Pensó en James, y también en Charles.

–Estoy harta de todo. Estoy harta de los hombres. Todos son como ratas.

–No, solo aquellos con los que usted tiende a relacionarse. Se merece algo mejor, señora Raisin.

–No creo que pueda perdonar jamás a Charles.

–Me parece que se debe al título. Se supone que vivimos en una sociedad sin clases, pero los periódicos se entusiasman cada vez que ven un título nobiliario.

–Pues yo creo que Charles se aseguró de llevarse toda la fama y dejarme sin nada. Estoy harta de todo. Estoy harta de Carsely.

–Pobre Carsely, no ha tenido nada que ver con que usted pierda el pelo ni con que un baronet la haya eclipsado.

–Es verdad, pero tengo ganas de dar una patada a alguien o a algo.

–Pues no me la dé a mí. Tome un poco de café.

Cuando Agatha se fue, el vicario entró en la cocina.

–¿Se ha ido por fin esa mujer espantosa?

–Pues resulta que esa mujer me cae muy bien. Es muy valiente.

–La vi llegar. Menuda pinta tenía con ese pañuelo alrededor de la cabeza. Las mujeres de mediana edad nunca deberían ir de rosa.

–Esa horrorosa peluquera le puso crema depilatoria. La dejó casi calva.

El vicario se echó a reír.

–No tiene gracia –dijo la señora Bloxby secamente.

–¿Y cómo reaccionó cuando le dijiste que el amor de su vida estaba a punto de volver?

–¿James Lacey? No, Alf, no se lo dije. Ojalá se olvidara de él. No podía decírselo. Con el aspecto que tiene, le entraría el pánico.

–Pues tendrías que habérselo dicho y así le dabas a la buena señora tiempo para comprarse una peluca –dijo el vicario en un tono poco piadoso.

La señora Bloxby le puso delante una taza de café.

–De verdad, Alf –dijo–, hay veces en que realmente dudo de que seas un buen cristiano.

EPÍLOGO

Dos días más tarde, Bill Wong le hizo una visita a Agatha.

–¿Qué le has hecho a tu pelo? –le preguntó.

–Es una peluca –contestó Agatha–. Eve me puso crema depilatoria en vez de champú.

–Oh, vaya. Pero déjame decirte que es una peluca un poco rara, Agatha.

La cara de Agatha se asomó para mirarle desde detrás de un largo pelo de nailon castaño con un peinado estilo paje.

–Hay una buena peluquera en Evesham, Marie. Su hijo, Brian, que vive en Bidford-on-Avon, está confeccionándome una como es debido. Esta la odio. La compré en unos almacenes y me pica, además de darme calor. Discúlpame un momento, voy a quitármela y me pondré un pañuelo de seda.

Subió a la planta de arriba y cuando bajó se había envuelto la cabeza en un pañuelo de seda Paisley.

–Así está mejor. Bueno, ¿has venido a sermonearme sobre la estupidez de interferir en el trabajo de la policía?

–No, he venido a darte las gracias –dijo Bill–. Todavía estábamos siguiendo las pistas del chantaje, aunque también buscábamos a la mujer. Pero corriste un gran peligro. Tenemos la cinta que grabó Charles.

–¡Charles! –exclamó Agatha con desprecio.

–Sí, explícamelo bien. ¿Cómo es posible que todos los titulares se centraran en él?

Agatha se lo contó.

–Siempre escoges a los equivocados –dijo Bill en tono comprensivo.

–Bueno, ya no quiero saber nada de él.

–¿Y qué me dices de James Lacey?

–Me había olvidado de él –mintió Agatha–. Cuéntame lo de la señora Darry. ¿Qué pasó allí? ¿Aclaró algo más la señora Shawpart en su declaración?

–Oh, sí. No paró de hablar. Es una psicópata en estado puro. La señora Darry la reconoció y, ¿puedes creértelo?, intentó chantajearla. Así que lo único que hizo la terrorífica Eve fue aceptar dócilmente las condiciones y decir que iría a verla. Pero aún hay más. La señora Darry le puso las cosas fáciles cuando le contó dónde estaba la entrada trasera, porque dijo que no quería que nadie del pueblo viera que la visitaba.

–De algún modo eso me hace sentir más tranquila –dijo Agatha despacio–. Creía que era una víctima inocente.

–Si la señora Darry hubiera acudido a nosotros, aún seguiría con vida. Tenlo muy presente, Agatha, la próxima vez que decidas ocuparte de algo sola.

Agatha estuvo a punto de confesarle que había estado en la casa de Shawpart cuando le prendieron fuego, pero se contuvo. Bill era un amigo, pero por encima de todo era oficial de policía.

–Y bien, ¿ qué vas a hacer ahora? –preguntó Bill.

–No lo sé –dijo Agatha, abatida–. Creo que cogeré algunos buenos libros y pasaré unos días tranquila.

–Te diré qué podemos hacer: todavía me deben unos días de vacaciones que puedo tomar la semana que viene. Me pasaré a recogerte. A mis padres les gustaría verte.

Agatha lo miró parpadeando, sabedora de que no les caía nada bien a la señora y el señor Wong.

–Es muy amable por tu parte –dijo.

Ya se le ocurriría alguna excusa más tarde.

Durante los días siguientes, Agatha se relajó, asistió a una reunión de la Carsely Ladies Society, leyó y dio largos paseos. Marie la llamó para avisarla de que su peluca estaba lista y, después de recogerla y ponérsela, empezó a sentirse como la Agatha de siempre.

Al menos, así fue hasta que se acercó a comprar víveres a la tienda del pueblo, y oyó decir al chico de los recados:

–Ya he metido en cajas la comida del señor Lacey. ¿Cuándo hay que entregarlas?

Agatha se quedó paralizada.

Desde la trastienda, una voz gritó:

–Esta tarde, a las cinco. Es la hora a la que llega.

Agatha pagó lo que había comprado y corrió de vuelta a casa. James no podía verla con esa peluca.

Había pensado en él, soñado con él, y ahora que estaba a punto de regresar de nuevo a Carsely, de repente Agatha se sentía absolutamente incapaz de afrontar todo el dolor y la frustración de nuevo y, además, casi calva.

Se puso manos a la obra. Llamó a Doris Simpson, que aceptó cuidar de sus gatos. Hizo una maleta a toda prisa.

A las cuatro, se subió al coche y se fue de Carsely. No tenía ni idea de adónde ir. Lo único que sabía era que tenía que marcharse de allí.

James Lacey llegó a su *cottage*. Estaba a punto de meter la llave en la cerradura cuando se envaró. Delante del *cottage* de Agatha vio a sir Charles Fraith, con un enorme ramo de flores. Los dos hombres se miraron. Charles llamó al timbre.

La mujer de la limpieza de Agatha, Doris Simpson, que había ido a revisar el *cottage* y ver si los gatos estaban bien, abrió la puerta.

–Vaya, sir Charles –dijo–. Se habría cruzado con Agatha de haber venido hace una hora.

–¡Querida! –gritó Charles–. ¿No me vas a pedir que pase?

La mujer pareció desconcertada, pero dio un paso atrás. Charles se deslizó dentro y cerró la puerta de golpe tras de sí.

James permaneció inmóvil unos instantes, mirando con rabia. A continuación, entró en su casa y también cerró dando un portazo.

Nota

1. Juego de palabras con el apellido de la respetable dama, *friendly*, «amigable» en inglés.
(N. del T.)

Agatha Raisin y el mago de Evesham

M.C. Beaton

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte y Diseño

© M.C. Beaton, 2018

© de la traducción, Vicente Campos González, 2018

© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2018

ARROBABOOKS

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.arrobabooks.com

Un sello editorial de Círculo de Lectores

www.circulo.es

Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): Octubre de 2018

ISBN: 978-84-16826-32-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com